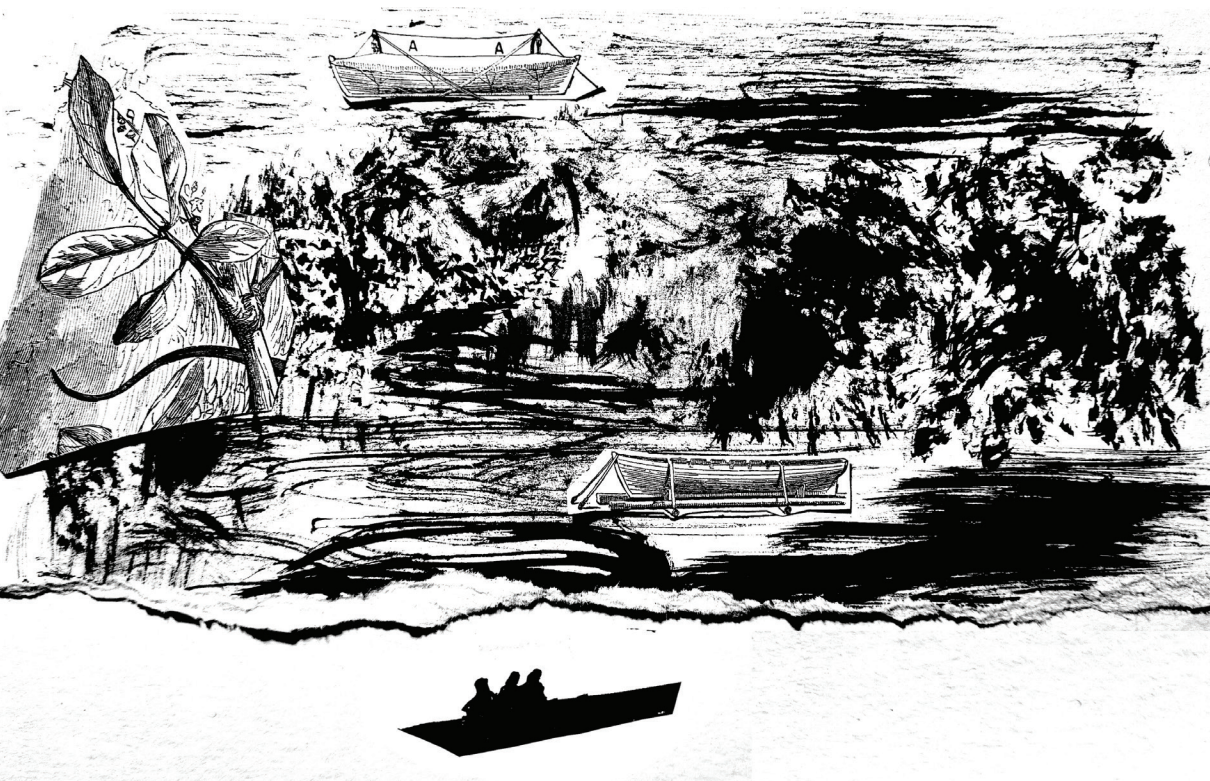


GUILLERMO HAUT

LA CANOA VIEJA SE HACE BICHO

...y otras historias con barcos y barquitos



Ilustraciones
Eduardo Stupía

M VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

LA CANOA VIEJA SE HACE BICHO

...y otras historias con barcos y barquitos

GUILLERMO HAUT

LA CANOA VIEJA SE HACE BICHO

...y otras historias con barcos y barquitos

Ilustraciones
Eduardo Stupía

 VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Fundación de Historia Natural Félix de Azara

Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas

Universidad Maimónides

Hidalgo 775 - 7° piso (1405BDB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Teléfonos: 011-4905-1100 (int. 1228)

E-mail: secretaria@fundacionazara.org.ar

Página web: www.fundacionazara.org.ar

Las opiniones vertidas en el presente libro son exclusiva responsabilidad de su autor y no reflejan opiniones institucionales de los editores o auspiciantes.

Reservados los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia, CD Rom, Internet o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Primera Edición: 2025. Se terminó de imprimir en Enero de 2025, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

VAZQUEZ MAZZINI EDITORES

info@vmeditores.com.ar

www.vmeditores.com.ar

Haut, Guillermo

La canoa vieja se hace bicho : y otras historias con barcos y barquitos / Guillermo Haut. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8989-69-3

1. Cuentos. I. Título.

CDD A863

Un agradecimiento especial

Hace unos diez años, la **Fundación Azara**, dedicada a las Ciencias Naturales y Antropológicas, encaraba su importante colaboración en la reforma y modernización del Museo de La Reconquista. Así la conocí, cuando yo era director coordinador de museos en Tigre. Y desde mucho tiempo antes, yo admiraba a quien eligieron para darle nombre, el Tte. de Ingenieros Félix de Azara, comisionado entre 1781 y 1801 para determinar los límites del virreinato del Río de la Plata con las posesiones portuguesas, según los tratados de San Ildefonso y El Pardo. Un gigante, quien en su tiempo libre realizó un vasto mapa de la región, que incluyó apuntes de su naturaleza y sus gentes, publicado más tarde como *Viajes por la América Meridional*, libro indispensable para quien se interese por el fin del siglo XVIII suramericano.

En ese momento, mi cuento “Un explorador de la América Meridional de paso por Las Conchas” entusiasmó al doctor Adrián Giacchino, director de la Fundación. Y así comenzó esta feliz relación que nos une en el trabajo por la conservación del patrimonio natural y cultural. La Fundación me honró publicando ese y mis restantes cuentos de ficción sobre la historia de Tigre. Fueron dos libros: “Un amor de Tigre” y “Sudeste justiciero”. Y ahora me honra otra vez, brindando su apoyo a esta publicación con mis nuevos cuentos, los cuales siguen hablando de las gentes y naturaleza de Tigre y el Delta, pero también del Río de la Plata, el mar y los barcos, siempre los barcos. Entonces, vaya mi agradecimiento...

A la Fundación Azara, Adrián Giacchino y a Fernando Vázquez Mazzini.

Y también a:

Rodolfo Petriz quien me acompañó en la admiración por Vito Dumas y corrigió mis errores sobre la biografía del navegante.

Eduardo Stupía y su arte.

Mis compañeros del Taller Literario “Haroldo Conti en el Delta” donde nacieron algunos de estos textos. A Juan Bautista Duizeide, quien estuvo al timón.

Guillermo E. Hudson y Rodolfo Walsh.

Berta Elena Vidal de Battini,

Juan Antonio Varese,

Mabel Moreno de Bosch,

y Andrés Zuccolotto.

Federico y Emma, mis viejos.

Mónica Ávila, siempre.



El autor:

Foto: Fabiana Di Luca



Guillermo Haut

Biólogo y Profesor de Enseñanza Media y Superior (UBA)

Fue docente de Didáctica de las Ciencias en la Fac. Cs. Exactas (UBA); autor de textos escolares para Santillana, Kapelusz, Puerto de Palos y Edelvives; profesor en colegios de CABA y Pcia. de Buenos Aires, capacitador docente Región VI de Bs. As.; Director de Museos en la Agencia de Cultura del Municipio de Tigre; autor de "Un amor de Tigre" y "Sudeste justiciero", cuentos de ficción histórica publicados por la Fundación Azara. Mención por el cuento Sudeste justiciero, del Premio Mujica Láinez 2019, publicado en Antología del PML XIII edición, Notanpuan. Está jubilado y vive en Villa de Las Rosas, Traslasierra, Córdoba desde 2023.

El ilustrador:

Foto: Viviana Gil



Eduardo Stupía

(Vte. López, 1951) es un artista plástico, curador, escritor y docente argentino, cuya obra pictórica combina elementos del surrealismo y el expresionismo. Utiliza una variedad de técnicas, incluyendo el óleo, acrílico, collage y grabado, lo que resulta en obras de gran riqueza visual y conceptual. Considerado una referencia en el arte contemporáneo argentino, ha incursionado también en la ilustración y la escultura.

"...soy curador cuando actúo como tal, intelectual cuando se trata de poner en marcha predominantemente el músculo del intelecto, y artista cuando pongo en acción el oficio o ciertas capacidades."

Contenido

| | |
|---|-----|
| Prólogo. Por Rodolfo Petriz..... | 8 |
| Mar de fondo. A modo de prefacio..... | 11 |
| A bordo del Edy | 13 |
| Lejos del agua dura | 17 |
| ¡Pampero! | 21 |
| El bronce y el mimbre | 27 |
| El Reino, el Poder y la Gloria | 35 |
| El cúter del marajá | 39 |
| Como quien reza | 43 |
| El Paraíso, con fondo de glaciar. Una crónica de viaje | 47 |
| Alrededor de Banco Chinchorro (Historias con langosta y palo de tinte).... | 55 |
| De vuelta encontrada con la mufa | 63 |
| Sudeste justiciero | 73 |
| La canoa vieja se hace bicho | 79 |
| Don Guillermo y el Bonito | 89 |
| Amanecer en el Delta (óleo) | 97 |
| El Turbio (Muerte en la Hidrovía)..... | 101 |
| Algodón egipcio | 107 |
| Carrizo y junquillo (Diario de Soledad) | 113 |
| Infierno y virada | 117 |
| Coda | 119 |
| Dígame quién soy. A modo de epílogo..... | 123 |
| Apuntes finales | 125 |

Prólogo

Leí por primera vez un relato de Guillermo Haut, a quien no conocía, en abril o mayo de 2020. Unos meses antes yo había estrenado en el cine Gaumont *El Navegante Solitario*, un documental sobre el legendario Vito Dumas. De vuelta encontrada con la mufa, era el cuento que por afinidad temática con la película me envió Guillermo –y que hoy forma parte de este libro- me atrapó.

En él Haut retoma y enriquece la leyenda de nuestro inigualable aventurero y lo hace de la mejor manera posible, uniendo ficción y realidad, entrecruzando sus propias vivencias y recuerdos (todo navegante argentino tiene una relación con Dumas que va más allá de lo deportivo) con la historia de sus hazañas, con las infamias de sus detractores y con futuros posibles y deseables.

Creo que basta con leer dos o tres párrafos -una página como mucho- de cualquier texto, novela, cuento o ensayo, para reconocer y valorar el estilo de su autor. El lugar del narrador, la adjetivación, el desarrollo de los diálogos, la ironía y otras figuras literarias, son marcas que están siempre presentes, forman el ADN de un escritor.

Ese estilo literario, esa particular forma de entrelazar experiencias personales con hechos del pasado y personajes ficticios que descubrí mientras disfrutaba de la primera lectura de *De vuelta encontrada con la mufa*, son elementos que, al igual que el ADN que se replica en las células de un cuerpo, también se encuentran diseminados en los textos que forman parte de este libro. Constituyen lo que se suele denominar “el universo de un autor”. O al menos, en este caso, una porción del amplio universo de Haut: todos estos relatos tienen como común denominador las embarcaciones y el agua sobre las que flotan. Y también, por qué no, el barro donde descansan o las costas donde naufragaron.

Ya en el prefacio Haut nos confía los lejanos orígenes de este libro. Una madre lectora, una nutrida biblioteca que incluía unos pocos libros náuticos, y el *Zonda II*, un velero en el que navegaba con su padre cuando era niño. Todos elementos que prefiguran un destino de amor a la navegación y a la literatura.

A partir de allí, Haut hilvana una docena de atrapantes cuentos que tienen protagonistas de lo más variopintos. Marajás de Kapurthala, cupleras, canoas

que sangran, marinos alemanes, pescadores de langostas, oligarcas snobs, el naturalista Guillermo Hudson e historiadores del futuro se suceden en relatos en los que resuenan ecos de Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Joseph Conrad, o el mismísimo Vito Dumas, que supo narrar como nadie sus aventuras en el mar. Y también de Werner Herzog y su alter ego Fitzcarraldo.

En sus líneas hay embarcaciones de todo tipo: botes de remo, galeones españoles, veleros, remolcadores y hasta U-Boote alemanes. A bordo de ellos Haut nos invita a seguir un derrotero que incluye lugares tan disímiles como los arroyos del Delta, los hielos del continente blanco y las suaves arenas del mar Caribe, entre otros destinos visitados en persona por el autor y revividos a través de sus palabras.

Todas historias que concluyen en un final post-apocalíptico, en donde los resultados de la catástrofe medioambiental hacia la que se dirige el planeta Tierra si la humanidad no toma medidas a tiempo, son padecidos y observados desde el centro geográfico del universo de Haut, el delta del Paraná en cercanías de Tigre.

Creo que en el prólogo de toda obra en donde sus protagonistas principales son los barcos no puede faltar una metáfora náutica. La canoa vieja se hace bicho es un libro puesto “a son de mar”, en el que cada oración ocupa el mejor lugar posible. Ya está listo para salir a navegar. Le deseo, y auguro también, los mejores vientos.

Rodolfo Petriz

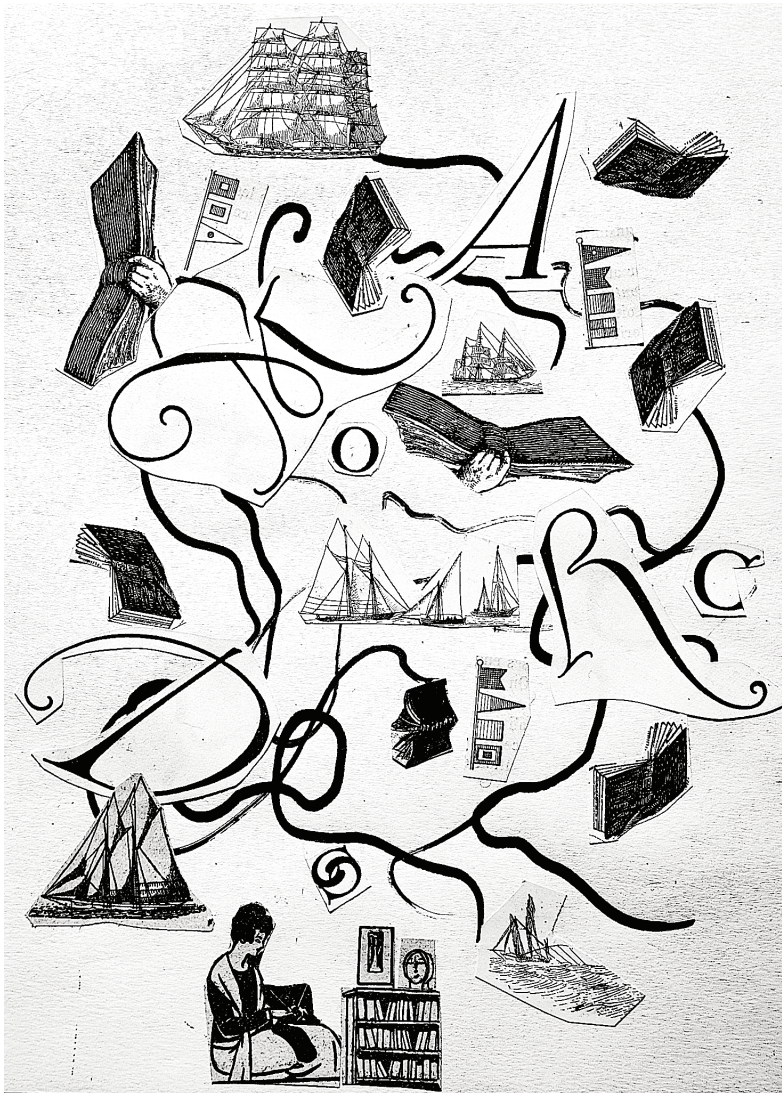
Gentileza DAC. Foto: Carlos Morseleto



Profesor de Filosofía (UBA) y Magister en Periodismo Documental (UNTREF). Complementa su actividad de documentalista con la docencia universitaria y la divulgación científica. Produjo, dirigió y fue guionista de los documentales “El navegante solitario” (2019, una reivindicación de Vito Dumas) y “Varsavsky. El científico rebelde” (2022). “Dos personajes atravesados por el momento político que les tocó vivir y comprometidos con el país”. Actualmente se encuentra rodando “Los Fusilados de Racing”, que trata de una masacre perpetrada por la dictadura en 1977.

A modo de prefacio

Mar de fondo



Era una biblioteca bajita, provenzal como el resto de los muebles. Tenía retratos y porcelanas en su estante superior y libros de mi vieja, muy lectora en su juventud. De mi viejo solo recuerdo tres: *Piloto de stukas (2500 vuelos contra el bolchevismo)* de Hans. U. Rudel, ese piloto alemán que terminó de instructor en Chile; *Mis viajes* de Vito Dumas, con el sello de la biblioteca del Yatch Club Olivos; *Scapa Flow* de Günther Prien, y uno grande de gruesas páginas con olor a humedad, con el nombre en relieve en su oscura y dura tapa, *El Náutico* del capitán Fagrise. Al viejo le interesaba el lado alemán de la guerra. También navegar en el "Zonda II", pero cada vez menos, hasta mis seis años, cuando lo vendió. Yo leería y releería esos libros, casi tantas veces como el *Robinson Crusoe* de Defoe. Casi.

El Náutico, aunque muy técnico, tenía páginas muy atractivas que me sumergían en los misterios del mar y la navegación. Esquemas de embarcaciones: bergantín, fragata, goleta, buceta, bricbarca, balandra... Y los extraños nombres de los nudos. Ballestrinque, cote, as de guía, vuelta de cornamusa. Sobre un fondo azul oscuro, blancas estrellas unidas por líneas, las constelaciones. Y en una doble página desplegable, las coloridas banderas de señales. Pero cuando mi vieja me veía con ese libro me hacía caras. Y si le preguntaba algo al respecto...

—Preguntale a él.

Yo no hablaba de libros con mi viejo, pero sí con la vieja. Antes de meterme en las historias de Cronin, Fielding, Zola y tantos otros, los libros me interesaban más como objetos que por su contenido. La ilustración de sus tapas, el tamaño, algún boleto de colectivo o una postal en su interior. Una dedicatoria, por ejemplo. Un día, hojeando *El Náutico*, descubrí una primera página que había quedado oculta, pegada a la tapa. La encabezaba un texto, manuscrito con bella caligrafía.

Al Capitán del Zonda II / María Teresa Martínez Solá / Navidad de 1947.

Hoy, 23 de marzo de 2019, Emma, mi vieja, cumpliría 94 años. Aquella vez no le pregunté más.

A bordo del Edy

Navegar é preciso; viver não é preciso.
Fernando Pessoa, citando a Pompeyo/Plutarco/Petrarca

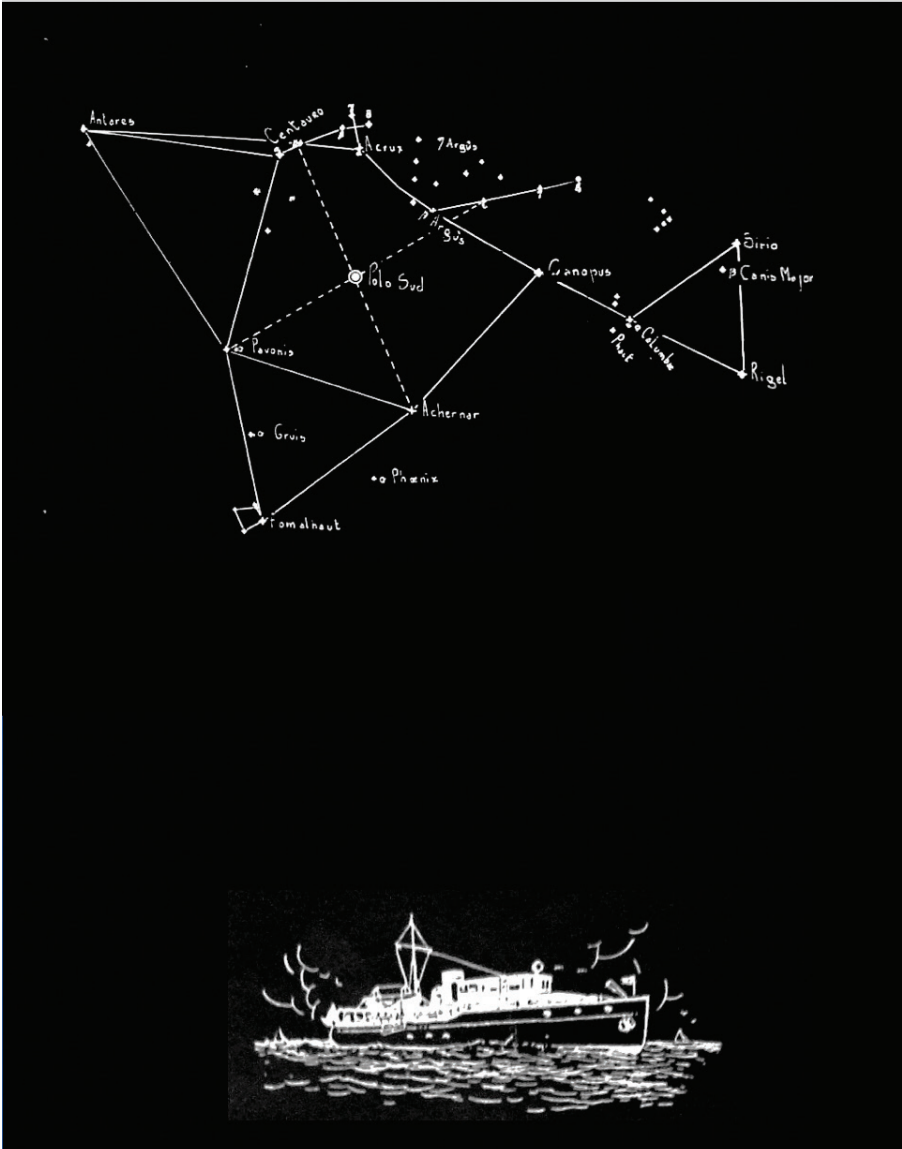
Primero comienzo a bostezar. Como siempre me ocurre, cuanto más chico el barco, más bostezo. Todo mi cuerpo se relaja y los músculos corrigen en forma automática mi posición de equilibrio alterada por el balanceo, roldo, cabeceo y demás movimientos provocados por el andar entre las olas. Y me voy durmiendo. Aunque ya estoy dormido: apenas puse la cabeza en la almohada me fui instalando poco a poco a bordo del Edy, un velero más grande que el Zonda de mi viejo, ese lindo dibujo de Campos con aspecto de grumete crecido. Así desde siempre. Alguna vez debo haber dicho “no me puedo dormir” y mi vieja me sugirió, una vez más, pensar en cosas lindas...

Me gusta estar con mi abuelo Fritz. Un alemán del norte, con la tez mate, el pelo muy negro y un sorprendente parecido con Dalmiro Sáenz. Rasgos, que al igual que su cuidada elegancia, no transmitió a mi padre y a mis tíos mellizos, ni a mí. Sí heredamos todos, el gusto por la FerroQuina Bisleri y la habilidad para los asados. Tiene una mano en el timón y con la otra se cuelga de la botavara, fija en un caballete a popa, donde también se ve un arbotante, creo que para afirmar la escota de mayor. Obvio, está navegando a motor, un motor interno, y posa para la foto. A mí no se me ve en ella, pero estoy allí, sentado a su lado.

Otra foto muestra en primer plano una pequeña parte de la banda de estribor a proa y el botalón apuntando al Zonda, que navega a pocos metros adelante, solo con vela mayor y amurado a babor. Imagino a uno de los mellizos tirado a proa del Edy, panza abajo y tomando la foto casi a ras del agua. Mi vie-

jo, a quien reconozco por la gorra, mira un papel, una carta náutica supongo, y lo acompaña el otro hermano al timón. No sé cuál de ellos.

Hay más fotos, en blanco y negro. Sentado en la arena al lado de un ancla almirantazgo, más grande que yo. Con mi hermano, tirando del cabo de proa del Zonda, desde la orilla arenosa de una de las dos islas Bikini, según el epígrafe



manuscrito con la bella caligrafía de mi madre. Islas -el sustantivo es excesivo- que escaparon al relevamiento del Islario Fantástico Argentino de Winograd, Monterroso y Muñoz, y que la tradición oral atribuyó a Perón. Algo de cierto hubo: durante su gobierno, el Ministerio de Obras Públicas comenzó a verter el refulado de los dragados sobre dos afloramientos de tosca que dificultaban la navegación. Al tiempo, con el agua no muy alta, aparecían los dos islotes, que devinieron en breve y muy cercano destino de fin de semana. Mate, bizcochitos y a seguir navegando. Hasta ostentaron un efímero chiringuito que ofrecía cigarrillos, bebidas y alguna cosa más.

La toponimia popular las debe haber nombrado luego, en la época del traje de baño de dos piezas y las sesenta y siete explosiones nucleares yanquis en el atolón Bikini de las islas Marshall, en la Micronesia. La más famosa, el 1º de marzo de 1954, una bomba de hidrógeno mil veces más potente que la de Hiroshima. Yo tenía casi tres años. Hoy, nuestras Bikini apenas afloran. Hubo dos boyas “Este” (peligro al Oeste) para cada una, la Norte frente a la estación Anchorena del Tren del Bajo y la Sur, frente a La Lucila. Debido a los constantes robos de luminarias, fueron reemplazadas por balizas.

Ahora hemos dejado las Bikini a popa; y el Zonda adelante, siempre a proa. Una brisa fresca comienza a soplar del sudeste. Por suerte estoy a barlovento: mi abuelo fuma y fuma sus Particulares negros, sin filtro, sin cesar. La causa de su muerte, antes de que yo naciera.

Lejos del agua dura



El interior de las islas del Delta, el pajonal, es un terreno más bajo que el de sus orillas, el albardón. Una palangana es la figura que mejor ilustra la isleña forma. El agua de la crecida, al encontrarse con la orilla, baja su velocidad, lo que aumenta la sedimentación, y genera esa elevación de la costa que contrasta con el bajío interior. Es el albardón, donde crecen sauces, alisos, ceibos, y ca-

suarinas y cipreses calvos, que aunque exóticos son valiosos pues retienen la costa. Esto hace que el paseo en bote por esos ríos y arroyos sea una verdadera fiesta para los ojos, en cualquier estación. Siempre todos los tonos del verde, a los que se agregan en primavera encarnadas flores y en otoño, marrones, rojos y dorados.

A fines de los sesenta, en algún lugar del pajonal entre los ríos Sarmiento y Abra Vieja, los hermanos Federico y Guillermo, con Roberto, su amigo del club, han dejado atrás la ribera fresca, verde y florida. Misterios del pensamiento adolescente: cruzado el albardón, arrastran por el barro de la isla, sendas canoas de paseo. Reemplazadas hoy por los ligeros kayaks, ya no se ven más por el río, construidas de madera con un asiento de respaldo que llama más al descanso que a remar, con gran chubasquera a proa y popa, alta brazola y un timón movido con pedales. Lentas, pesadas, incómodas. Tirando del cabo de proa, ellos piensan más en esclavos egipcios y construcción de pirámides, que en remo y placer. El avance es lento, los pies se hunden en el barro, los mosquitos no dan respiro, no hay aire y hace calor. El sufrimiento es similar a uno de su pasado reciente.

Un día de gran bajante, al salir del Abra Vieja y encarar el regreso por el Canal Rompani, lo encontraron transformado en una zanja barrosa con un fondo de quince centímetros de agua. La única forma de mover las canoas era la ya mencionada, aunque vacías, por lo menos se deslizaban con más elegancia sobre el largo charco que desembocaba en el río Sarmiento... ¿Volver por el Abra? No, ya estaban allí.

Los tres noveles integrantes del equipo de competición del Club de Remo Teutonia deben presentarse a las cinco en el edificio que en el presente ocupa la Prefectura de Zona Delta, en la confluencia del Luján y el Tigre. Entonces carrera por Paseo Victorica Liniers avenida de las Palmeras (del Libertador) Lavalle Teutonia su ruta. Una vuelta de cuatro kilómetros. Gimnasio y luego salir a remar hasta el Río de la Plata, animados por el dulce megáfono del entrenador que los persigue implacable en bote a motor. ¡Enderece la espalda! ¡Se le va el carro! ¡Hunda el remo! ¡Busque el agua dura! Y otras sutilezas.

Habían salido a la mañana. Luego de recorrer el Sarmiento, el Capitán, y chamuscar unas tiras de asado, volvieron aprovechando la bajante por el Abra Vieja y se tentaron con un arroyito en la margen derecha, que algunos llaman Rana Negra, ojo, no confundir con el más importante Rama Negra. El arroyito tenía cierta personalidad propia: más salvaje que el resto, un túnel de vegetación, donde era un placer remar. A los doscientos metros se angostaba y curvaba a la izquierda formando un desembarcadero natural que invitaba a la exploración. Una breve caminata les reveló un banco y un farol de plaza, donde



menos se esperan dichos elementos, en los que encontraron la sigla BARC. Era el fondo de la ¡Isla Centenario del Buenos Aires Rowing Club!, con entrada por el Sarmiento. Si prestando atención se escuchaba el ronquido de las colectivas, ahí nomás... Pero ya estaba bien, había que volver al club, y presentarse al entrenamiento en horario, de lo contrario enfrentarse a la ira de Rodilla, el calvo encargado del club alemán.

¿Qué hora sería? Por el sol calculaban las cuatro. ¿O era más tarde? Nunca llegarían a tiempo. Había que retomar el Rana, y bajar por el Abra Vieja hasta el Luján, donde tendrían la bajante en contra. O volver por el Abra hasta el Rompani, cruzar el Sarmiento y por el Gambado llegar al club. Camino más largo, aunque evitaba la corriente en contra del Luján. No, no llegarían a tiempo. Los dos hermanos tenían ascendencia teutona, y uno de ellos hacía alarde de la famosa puntualidad que caracteriza a la etnia. Roberto Mayorga, el fornido morocho y único amigo que tenían en el club, no. Sentados en el banco de plaza, mirando el farol y la inscripción BARC, la idea debe haber aparecido al mismo tiempo en los tres.

Y para filmar Fitzcarraldo faltaban casi veinte años...

¡Pampero!

*De cómo un pescador de Las Conchas deviene
navegante... y espía, en enero de 1680.*

Diego descansa a bordo del pequeño bote que ha construido con los restos de una vieja chalupa portuguesa. Alguna vez sirvió para el contrabando y tuvo dos palos. Hoy, con solo uno, es una herramienta de trabajo y elemento de diversión. El bote apenas se mueve en las tranquilas aguas costeras, solo se escucha el rítmico *plip* de las pequeñas ondas al dar en el casco. Cada tanto un tirón lo sacude cuando se tensa el cabo de fondeo, un poco por la corriente, otro poco por el Norte que sopla hace días. Bajo la única sombra de una lona a manera de toldo, Juan comió un poco de chorizo seco con pan y unas frutas, y ahora dormita entre ocasionales chapoteos de peces y tirones del ancla... Cada tanto aprovecha para cambiar el agua al cubo con su pesca y prestar atención a la red, que la bajante mantiene tensa. Además de pescar con red, como le ha enseñado su amigo Francesc, un catalán acriollado, también ha tirado una línea de fondo con la idea de capturar algo grande, un *pirá-guasú* como decía su padre; un patí, un pacú, o por lo menos un armado... La cercanía de la desembocadura de un arroyo asegura el éxito, aunque no la hora: el sol está muy alto para el pique.

—¿Se habrán comido la carnada...? — se pregunta Diego, mientras mide la tensión de la línea. Su piel morena con tintes rojizos brilla por la transpiración. El agobiante calor lo lleva a hundir la cabeza una vez más en el agua para refrescarse; al incorporarse, la brisa parece menos calurosa por un rato nada más, luego su fuerza va en aumento. Con ese viento, hoy no podrá volver a vela, su pasión que lo lleva a escuchar extasiado las historias de marineros en la pulpería.

Piensa en regresar. Esta vez no lleva mucho pescado para vender, pero, por lo menos, tiene para comer; el resto lo secará y salará al sol para cuando falte. Con el pescado, los durazneros y un poco de maíz y trigo, no necesita más. Leña sobra y siempre se puede conseguir carne del ganado mostrenco, campo afuera. Y si no hay leña, buenos son los cardos, aunque ahúmen. Lástima que ya no esté su padre, para poder demostrarle que hay otras formas de ganarse la vida además de alistarse en el fortín o la milicia... y seguir disfrutando del río. No entiende cómo hay tanta gente con aversión al río y los barcos en una región con tanta costa. Pero sí está su hermano mayor, Juan, que le ha entendido.

Muy cerca del bote, un sábalo olfatea la carnada de la línea de fondo. El agua está revuelta y barrosa por los remolinos del arroyo que desemboca allí nomás, por lo que el sábalo no puede nadar con toda la habilidad que lo caracteriza. Se acerca cauto a la línea de fondo y cuando se apresta a dar un mordisco a la carnada llega a detectar, tarde, la cercanía de un voluminoso enemigo. En un instante sábalo y carnada son devorados por un monstruo de más de dos metros de largo y más de doscientos cincuenta kilos de peso. Al sentirse tironeado por los anzuelos, el gigante pega un fuerte coletazo que golpea al bote y se mete casi de lleno en la red, donde desata su furia.

Diego se sobresalta por el golpe y se toma del mástil mientras el bote se sacude de banda a banda y embarca agua. Por momentos llega a ver la enorme cola de un pez de un tamaño que jamás imaginó en el río, pero del que alguna vez escuchó hablar... Los lentos pero fuertes tironeos del animal amenazan con hundir la popa y piensa, por un momento, en arrojarle al agua y nadar hacia la costa. Pero la posibilidad de perder su bote le hace cambiar de idea: si fuera más grande se animaría a pelear con el pez, no, no podrá resistir los embates del gigante. Cuando se da cuenta de que el pez está enganchado en la línea y la red, decide que debe cortarlas para liberarlo; en ese mismo momento se suelta el fondeo y el bote comienza a alejarse de la costa en zig-zag, arrastrado por el monstruo. Busca desesperado la navaja, un cuchillo, pero no encuentra nada cortante a mano. Quizá el pez se canse, piensa, mientras sigue buscando algo cortante y el bote sigue alejándose de la costa. ¿Es posible que haya salido a pescar sin su navaja? Ya sin otra alternativa, se le ocurre tratar de cortar los cabos de la red y la línea de fondo con golpes de remo sobre la regala. Por momentos nota que el pez tira hacia el fondo, pues el bote hunde la popa. Otra vez piensa en saltar y nadar, pero la costa ahora está muy lejos.

Tiempo después, cortados los cabos gracias a los golpes, el enorme pez queda en aparente libertad, pues cesa el tironeo. Como si fuera una despedida, saca su cabeza fuera del agua y se sumerge luego de mostrar todo su cuerpo marrón y manchado hasta la cola: un enorme *manguruyú*, tigre de los ríos.

Diego, exhausto, confirma así los rumores sobre la existencia del gigantesco pez y se queda observando el efímero remolino que deja el animal al sumergirse. Cae rendido en el fondo del bote, al tiempo que registra que el viento Norte ha cesado y ahora impera una calurosa calma. Ya no divisa costa alguna, y allá al oeste, el cielo se pone cada vez más negro. Un reflejo en la sentina inundada llama su atención: allí está la maldita navaja, la próxima vez la atará con un cabito a su cinturón.

Mientras achica la sentina con el cubo, mira de reojo al oeste. Ahora, sobre el cielo gris claro del suroeste se va formando un fantasmal cilindro oscuro, casi negro, que se ve cada vez más grande. El calmón reinante y el agua inmóvil solo aumentan la tensión del momento. En el quieto aire flotan etéreas babas del diablo. Parece como si todo descansara, hasta las aguas y el viento... aunque viene a su mente un dicho del “francés”, como le dicen en la pulpería al catalán Francesc: “Norte duro, Pampero seguro”. Previniendo lo peor, Diego asegura los elementos sueltos de la embarcación, dobla la lona y luego comienza a arriar bien la vela (que con la calma no molestaba) mientras observa que el liso espejo del agua se va rompiendo en la lejanía: son las primeras rachas de viento. Sin darle más tiempo, un repentino y frío viento del oeste, quizá suroeste, le quita de un plumazo la sensación de bochorno y cansancio que le habían dejado la lucha con el pez y la calurosa calma. De inmediato el río se encrespa. Por un bandazo, el cubo cae al agua seguido del cabo que lo aseguraba; cuando Diego intenta recuperarlo, nota que el cabo se enganchó con los restos de la red que arrastra por popa. Otro bandazo le hace dejar la tarea para otro momento.

El viento cada vez más intenso hincha una pequeña parte de la vela que no quedó afirmada, y mientras el bote escora con el viento que le llega del través, Diego atina a colocarlo popa al viento ayudándose con el timón. Se alegra de no haber achicado todo el trapo, pues con el pequeño trozo de vela que quedó, el bote es un poco más estable, y le permite correr el temporal. Se da cuenta de que navega a una gran velocidad, aunque no puede precisarla por la falta de referencias fijas: no hay costa alguna a la vista. Aferrado a la caña del timón no sabe hacia dónde va, pero siente que ese es su bautismo de fuego en el río. “El Oeste que sopla ahora tiene que cambiar en algún momento, y cuando lo haga, me llevará de regreso a casa...” piensa. Mientras el viento frío y la llovizna le azotan el rostro, piensa que nunca imaginó al tranquilo río marrón con esas ínfulas de mar. Siente un poco de miedo, pero no deja de saborear el momento. Las olas son muy grandes, pero mientras el bote navegue a esa velocidad, no embarcará agua... Los restos de la red y el cubo que arrastra por popa, actúan como un “áncla de mar”, de la que oyó hablar a marinos en la pulpería, sin en-

tender mucho, pero ahora sabe que evitó su naufragio. Así, entre pensamientos y recuerdos, sigue capeando el temporal durante dos, cuatro horas ¿quién sabe? Hasta que el fuerte viento comienza a amainar y reaparece en rachas. Ya no llueve.

Entre racha y racha logra descansar y hasta dormirar un poco, hasta que cree ver... ¡sí! es una costa, apenas visible a estribor. Pronto se da cuenta de que es una pequeña isla a la que no puede llegar, pero a proa divisa otra más grande, a una milla y media. A medida que se acerca, nota que las olas rompen con espuma, ¡rocas!, deberá tener cuidado. A babor hay una isla mucho más pequeña. Al final, el viento, la corriente y lo que puede hacer con el timón, lo llevan a pasar entre las dos. Una vez que deja la isla chica a babor, siente el alivio enorme del reparo del viento, por lo que toma los remos y vuelve hacia atrás enfilando hacia la costa de la isla grande, evitando las espumas. Al sentir la arena bajo la quilla, pega un par de fuertes remadas, que embican al bote en la playa. Desembarca y con la ayuda de algunas olas, lo empuja más a tierra e improvisa un fondeo con una pesada roca. Recoge el cubo y los restos de la red y camina por la playa tratando de desentumecerse. Mientras las rachas aúllan en las copas de los numerosos árboles de la isla, comienza a oscurecer.

Al poco tiempo ha prendido un fuego gracias a la numerosa pinocha, hojarasca y leña que encuentra, y en él asa un sábalo mediano, lo único que quedó de su pesca de la mañana en el bote. Luego de virar al sureste, por fortuna sin lluvia, el viento amaina cada vez más. Al lado del fuego recupera calor, y el aroma del pescado asado le reconforta. Con la vista perdida en el oscuro horizonte, de pronto cree ver luces, ¿habrá una costa cercana? Luego de comer, improvisa un jergón con la vela y la lona dentro del bote, y se acuesta. Aunque apagó el fuego, huele humo y también cree escuchar voces en la lejanía, mañana podría pedir ayuda... Lo último que ve antes de dormirse, es el cielo donde comienzan a verse algunas estrellas entre huidizas y blancas nubes.

La luz y el calor del sol en la cara lo despiertan a media mañana. Un estruendo de aves parte del interior de la isla. El viento sopla débil del sureste. Desayuna los restos del sábalo asado, luego de espantar los cangrejos marrones que habían tenido la misma idea. Decide hacer un análisis de su situación: por el viento y las corrientes del día anterior, estima que se encuentra cerca de la costa de la Banda Oriental... Al aguzar la vista hacia el horizonte, encuentra la costa a unas dos millas hacia el este. Y la isla donde se encuentra no puede ser otra que la San Gabriel, de la que oyó hablar, un lugar donde muchos vienen a buscar leña y rocas. Recuerda el catalejo que siempre lleva en el bote, bien estibado bajo el banco. Con él, divisa una gran bahía rematada al sur por una punta más cercana a la isla. De pronto llama su atención una embarcación a

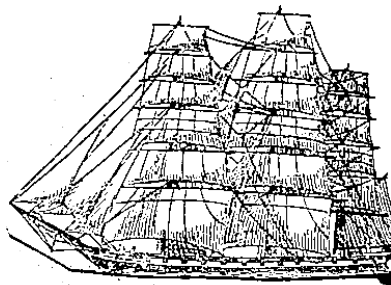
remo que se acerca al extremo este. A poca distancia se encuentra fondeada una pequeña fragata. Su primera reacción es buscar leña para hacer señales de humo, pero un presentimiento le hace detenerse y seguir observando. Dirigiendo el catalejo más al norte y mirando con detenimiento encuentra que en la bahía se encuentran fondeadas cuatro o quizá cinco naves. Las más grandes, con dos palos y de no más de trescientas toneladas, están armadas con unos quince cañones por banda... No parecen naves británicas ni holandesas en busca de cueros, ni mucho menos españolas. ¿Contrabandistas? No, no vienen con tantas naves. ¿Serían estos los enemigos de la Corona que siempre mencionan en el fortín de Las Conchas? Lamenta no estar más informado, pero se alegra de reprimir su primer impulso de hacerse ver. Decide esconder su bote bajo ramas y acercarse más al este de la isla para observar de cerca el bote y las naves fondeadas.

La isla tiene una estrecha restinga, una lengua de tierra de un cuarto de milla hacia el este, arbolada en su línea media y con playas de arena laterales. Al llegar a ella, camina oculto por los árboles hasta llegar al extremo, y desde allí vuelve a observar con el catalejo. El bote ya había arribado más o menos al nacimiento de la restinga y sus ocupantes bajaban distintos bastimentos, que seguro venían en la fragata. El nuevo ángulo de visión y la mayor cercanía le permiten observar con más detalle las naves en la bahía. Estandartes de color blanco y verde, algunos con un escudo rojo en su interior, y en la popa de la mayor, se lee muy claro: “*Santa Veríssima*”. ¡Portugueses!

Su ignorancia en cuestiones de estado no le impide recordar que hace ya más de tres décadas se ha separado Portugal de Castilla, y que ahora son enemigos, por lo que más de uno ha propuesto expulsarles del Río de la Plata. Solo se le ocurre que debe dar aviso cuanto antes. Desanda el camino por el interior arbolado de la restinga y, ya en la isla, da un rodeo, pues ve a lo lejos unas chozas a medio construir y escucha golpes de hacha. Se acerca sigiloso y, desde un tronco en “V”, espía a los invasores. Los oye hablar animados en portugués mientras ordenan armas y herramientas. Escucha conversaciones y en ellas solo registra palabras sueltas: “*capitao lobo*”... “*nova colonia do sacramento*”... “*o rey pedru*”.

Al llegar a su bote, luego de cerciorarse de que no ha sido visto, prepara su partida. Con este viento llegaría directo a Las Conchas, pero si virara al nores-te, que es lo que espera, le daría para arribar a la Trinidad, y en menos tiempo. Por fortuna, la creciente nocturna que provocó el sureste le permite mover su bote con facilidad y, con rápidos golpes de remo se aleja de la isla, por donde había llegado.

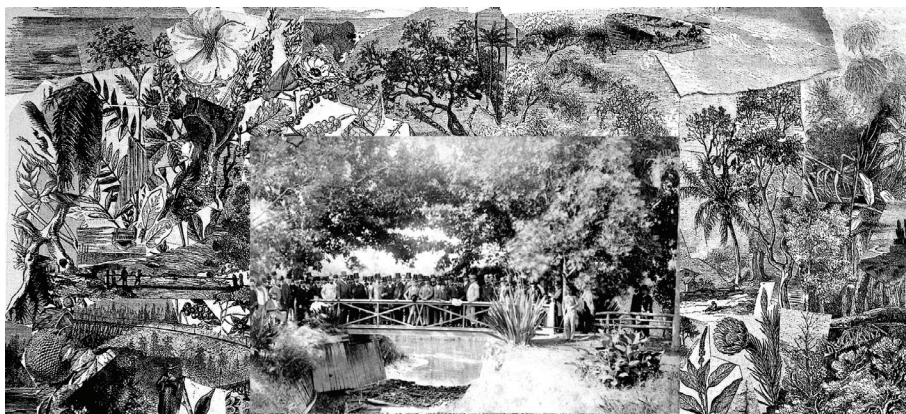
Cuando deja la isla pequeña a estribor, iza la humilde vela y deja que el viento le aleje cuanto antes. En el momento en que deja aquella pequeña isla de espumosas costas a babor, comienza a soplar el noreste, “¡Buena fortuna! Dios me ha enviado el Pampero para que vea la invasión portuguesa, y ahora me lleva de regreso a dar el alerta”, piensa. Mientras, se pregunta qué va a decir al llegar, y cómo llevar su bote de regreso a Las Conchas. Se le ocurre que no estaría mal alistarse, pero como marinero...



El bronce y el mimbre

Para Susana Bruzzone

Dos paseos por las islas, dos décadas, dos hombres/el mismo



“En la orilla del Luján, observa pasar los camalotes, arrastrados por la bajante hacia el Río de la Plata. Su mirada pasa de los reflejos del amanecer en el agua, a la otra orilla, donde las siluetas de la isla comienzan a iluminarse. Se aísla del parlanchín grupo que lo acompaña, un poco por su sordera y otro porque sus pensamientos deben estar volando por el Carapachay, esa isleña “masa de verdura” que tanto lo atrae. De pronto un sonido de locomotora que se hace cada vez fuerte, anuncia el inminente arribo del “Talita”, el pequeño vapor de la Capitanía del Puerto del Tigre. De solo doce metros y pico de eslora, un regalo de los astilleros ingleses para el presidente, una yapa por la compra de doce buques fluviales hace dos años. El hombre que mira pasar los camalotes fue ese presidente, el mismo que donó la nao a la Capitanía de Puertos, y pide permiso cada vez que la requiere”.

Está bien para empezar, pensó Perico Espasa. Si volvemos temprano, “El viaje de Sarmiento a las Carabelas” puedo ofrecerlo mañana en algún diario, La Tribuna o el que sea.... Y si no me lo compran, el mes que viene, en la Ilustración (mira el ejemplar de “La ilustración española y americana” de febrero de 1875 en su escritorio) ¿vale? Dejó la moderna (y vacía de tinta) Waterman que le habían regalado en Pennsylvania, y volvió a su viejo plumín de acero y al tintero. Corre lagarto, que *time is money*...

“Luego de una deliciosa navegación por la Abra Nueva, encaramos la Rama Negra a las siete de la mañana, con el sol comenzando a calentar nuestras espaldas. Es increíble este paraíso de ceibos en flor y coloridas aves a treinta kilómetros de la ciudad. Hasta llegar al río del Capitán fui cambiando de banda para evitar el humo de la caldera, el que de acuerdo con las curvas del arroyo entraba ya por estribor, ya por babor... Superada la embocadura del Toro y la Vuelta Mala, la navegación prosiguió con un fresco sudeste que nos empujó al Paraná. En todo ese tiempo, Sarmiento permaneció sumido en sus cavilaciones y usando de respaldo el guardapatrón que nos separaba del marinero. Esta pieza de madera tiene labrado el escudo nacional, y a este parecía que se aferraba don Domingo. Aprovechando una mirada que me concedió, me animé a iniciar la conversación.

—¿Puedo preguntarle qué lo tiene tan pensativo, Teniente Coronel?

—Eh... Señor Sarmiento está bien. La Ley de Islas, m'hijito. ¿Cuánto falta para que dejen de darle vueltas y se apruebe? Los isleños están realizando de facto la ley de homestead norteamericana. No queda un palmo de tierra que no reconozca poseedor por su trabajo. ¿Ha visto usted las pepineras, los criaderos de magnolias, los cultivos de hortalizas y frutas a lo largo de la navegación?

—Si... Usted se refiere a la Ley de asentamientos rurales de Lincoln...

—¿Sí, señor! El duro trabajo del hombre ha desnudado las islas de su ropaje salvaje para vestirlas con las galas de los cultivos útiles. Sé lo que es eso, yo mismo necesité dos o tres días para liberar solo cuarenta varas de duras malezas. Antaño fue cruel aquí la vida, hasta que se levantó la prohibición de vender frutos en el puerto. Pero hogaño, la región es próspera y feliz. —Se levantó de su asiento y prosiguió como si estuviera en el Senado— La posesión, base natural de la propiedad, está consumada. Solo hace falta la ley para reglamentarla, para consagrarla. Pero Buenos Aires está todavía gobernada por las vacas... Y además Dios favoreció a esta región con un transporte de los productos que no es el macadam ni el camino de hierro: canales como los vénetos; así que los locales tendrán que aprender de los ingleses a dominar las aguas. Pero no se pierda esta vista gloriosa, amigo, estamos por atravesar el Paraná de Las Palmas, que aquí tiene casi media legua de ancho”.

Perico dejó el plumín al recordar un detalle: Sarmiento, ya en el Paraná, volvió a su estado contemplativo, pero ahora tenía un papel manuscrito, una carta, que leía, doblaba y guardaba en un sobre, proceso que repetía varias veces...

*

Mi querida Petisa, yo aquí pensando en la respuesta a su carta mientras navego por la Delta. Dando fiestas en Prócida, y usted acompañando a su Tatita Vélez, tan enfermo, mi pobre amigo. Lo único que tengo ahora de usted, y no es poco, son sus cartas. ¡Ah! La Delta... cómo ha cambiado este Carapachay en veinte años, la Rama Negra está ahora más lejos de la Reculada, las islas ya llegaron a San Fernando y siguen avanzando hacia el mar. Tremenda guerrilla de descubierta del junco, esa coladera natural de limos y semillas que prepara el terreno a los que siguen. Y así se llega a estos ceibos que encarnan las orillas ¡allí un blandengue con su cogote colorado, y allá una garza mora!... la Vuelta Mala sigue siendo tan mala como siempre para la vela. Pero gracias a Fulton, Watt y Herón de Alejandría, tenemos estos ingenios a vapor que nos permiten conquistar los desiertos con menos esfuerzo. Algo de esto tengo que escribir para La Tribuna. ¡Cómo la extraño, mi adorada Aurelia! Casi no tengo con quien hablar de tantas cosas... ¡Qué gloria la sombra de este remanso donde hemos fondeado!

Sí, veinte años han pasado de aquellos tiempos heroicos, cuando convencí a Somellera para que doce robustos remeros de la Capitania del Puerto me ayudaran a mostrar a algunos capitostes estas tierras que ignoraban. Conocidas solo por Sastre, Crousa y otros pioneers... Mi primera discusión con Mitre, hoy un enemigo. El mimbre. La casa de Toledo en La Reculada, luego mía, donde tuve mi pony, el arado y mis árboles. Welcome to the shade, ja... Prócida, Dominguito la disfrutaba, Dios lo guarde, y también Aurelia. Miro el agua quieta, los ceibos y sauces. ¡Ah! allí salta un doradillo y vuelve a caer en el agua, con una fiesta de luces y reflejos. Es como si volviera a vivir aquel ocho de septiembre del 55...

*

Éramos doce marineros adormilados por el madrugón y el balanceo de la lancha, la cabeza apoyada sobre las manos cruzadas en el remo. Yo sentado bien a proa y babor, solo veía las espaldas de mis compañeros. A popa, el timo-

nel y el comandante Somellera, patrón de la nave. De pronto, un movimiento en el muelle rompió la monotonía de la mañana. Sonó un fuerte y prolongado silbato y el patrón gritó una orden: ¡Atención, saludo, uno!

De inmediato nos levantamos de la bancada, sacamos los remos de sus chumaceras y los arbolamos. Eran personajes importantes... Y después: ¡Prepararse para embarcar pasajeros! Todas las órdenes se daban con el silbato, a la segunda ya estábamos bastante despiertos...

—¿Qué son “chumaceras”? ¿Y arbolar?

—Ya lo ha olvidado, niña... Las chumaceras son el lugar de la banda en que se fija el remo, y “arbolar los remos” significa ponerlos verticales, a modo de saludo. Es una tradición náutica, se deja la embarcación sin gobierno para demostrar intención pacífica al saludar. Si hay velas, se arrían y si hay pólvora se gasta en salvas...

—¡Ah!

—Nos volvimos a sentar y repusimos los remos en las chumaceras, los de estribor perpendiculares a la banda, para dar estabilidad, la lancha arrimada de babor al muelle. ¡Aguanten, marineros! nos ordenó Somellera, y todos lo de la banda de babor nos afirmamos a las maderas del muelle. Los pasajeros fueron embarcando y tomando asiento en el medio de cada bancada, con la bienvenida del patrón a bordo, en alta voz, como para reforzar su importancia. Señor Ministro Mitre, Ingeniero Pellegrini, Ingeniero Arcos, señor Toledo, Teniente Coronel Sarmiento, señor Crousa, señores Municipales de San Fernando cuyos nombres ya no recuerdo, etc... eran más de diez. Al único que conocíamos de nombre, era al Ministro de Guerra y Marina, el Coronel Mitre... También embarcaron un hatillo de ramas verdes de sauce, que traía Arcos.

—Pero Tata, entonces usted llevó a tres presidentes en esa lancha...

—Mitre y Sarmiento fueron presidentes después, pero el ingeniero Pellegrini era el padre del presidente actual, que se llama igual. Bueno, ahí nomás empezamos a remar, uno, dos, uno, dos... ¡Bogar a babor! Clavar remos de estribor. Así salimos esa madrugada del río Tigre y entramos en el Luján, en contra de la corriente y luego por el Abra Nueva, a favor de la creciente hasta la Reculada.

—Donde Sarmiento tenía una casa ¿no?

—No, todavía era de su amigo Toledo, eran treinta hectáreas, un año después las hizo suyas. La llamó Prócida.

—Leí en un diario que la inauguró a los tiros...

—Sí, La Nación, que le tiene inquina. Sarmiento era muy gruñón y cascarrias, pero con gran sentido del humor, muy bromista. Cuando tomó pose-

sión de su isla, disparó tiros al aire con una carabina, como si fuera un conquistador o un pionero del oeste norteamericano.

—Y después, ¿adónde fueron?

—Hija querida, ¿cuántas veces le conté esto para que se duerma? Ya está en edad de merecer, m'hija...

—Me gusta que me cuente estas historias, y siempre me entero de algo nuevo... Y no tengo sueño.

—Seguimos por el canal de la Esperita hasta la finca de Crousa entre el Toro y el Carapachay. Allí desembarcamos. Crousa nos esperaba con un almuerzo, que fue muy bien recibido por los que habíamos remado hasta allí. Me llamó la atención que la quinta tenía un aspecto distinto al resto de las islas. Había ceibos y sauces, naranjos y duraznos, lo de siempre, pero además membrillos, papas, cebollas, habas, maíz y también gardenias, un jazmín que llaman del Cabo, todo separado por unas verjas de cañas tacuara. Luego de la comida y supongo que por efecto de los vinos, el ambiente era muy cordial y jocoso. Nuestros pasajeros pronunciaban pomposos discursos entre carcajadas. Se divertían mucho, y nosotros no entendíamos ni la mitad de lo que decían. Pero en un momento Sarmiento se puso serio y comenzó a hablar de las estaquillas de mimbre que Arcos había traído de Chile, que ya se había plantado en Mendoza, y que ahora daría trabajo a los isleños y qué se yo cuántas cosas más. Al terminar, todos aplaudieron, brindaron y...

—¿Cómo volvieron? —reprimiendo un bostezo.

—Por otro camino. Primero por el Torito salimos al canal de Gélvez, y por la Rama Negra, creo, porque ahora la Delta está muy cambiada, se secan arroyos y aparecen otros nuevos, cambian su curso... Volvimos a aparecer en el canal de la Reculada, y por allí avanzamos un trecho, creo que hasta lo que llaman Tres Bocas, para volver, y llegamos al Puerto del Tigre por el mismo camino de ida.

—¿Y eso fue todo?

—Hubo muchas discusiones a bordo, distintas opiniones vertidas sobre el desarrollo del Carapachay, construir una iglesia y advocarla ¿a la Natividad de la virgen? ¿o a San Marcos de Venecia, patrono de las repúblicas náuticas? Esas cosas... todo con mucha educación. Pero hubo sí una discusión fuerte entre Mitre y Sarmiento, sobre el tema de la posesión de las islas y su legislación. No se pusieron de acuerdo y lo dejaron para más ver. También se le criticó a Sarmiento que la región era muy inundable y recuerdo su respuesta: "*El pueblo de Las Conchas no se inunda ni un palmo más ni menos que las islas y los concheros siguen con sus vidas*". Al regreso vinimos ayudados por la bajante hasta el Luján, pero hasta el puerto hubo que remar duro en contra de la corriente.

Todos estaban muy callados, y Mitre y Sarmiento muy ofuscados... ¡Ah! Ya se durmió, hija—susurrando—. Buenas noches.

*

Vuelvo a vivir aquellos vitales días, en que nuestra jornada de exploración y descubierta en un bote a remos, provocó un aluvión de viajes de botánicos, arboriculturistas, gente común que se aquerenció, se levantaron astilleros, gran cantidad de fruticultores utilizó canastillas de mimbre para llevar sus productos a la ciudad... El mimbre. Si de algún discurso estoy orgulloso, es de aquel, en que tanto dije, con tan poco. ¿Cómo era? Si ningún otro recuerdo quedara...

Si ningún otro recuerdo hubiese de quedar en estas islas de mi presencia, sean ustedes señores, testigos de que hoy 8 de setiembre planto con mis manos el primer mimbre que va a fecundar el limo del Paraná, deseando que sea el progenitor de millones de su especie, y un elemento de riqueza para los que lo cultiven con el amor que yo le tengo.

*

Durante una pausa para el café, Perico cargó con tinta la Waterman y prosiguió con su relato.

“El Talita siguió río arriba por el Paraná (nombre que en guaraní, y con toda justicia, significa “parecido al mar”) en dirección a Zárate; después de unas dos leguas, viramos a la derecha y entramos en Las Carabelas. Un ancho y recto camino fluvial de catorce leguas, ornadas sus orillas de ranchos y cultivos de trigo, maíz, papa, habas, duraznos... Y también gallinas y huevos. Hemos parado en una de las chacras y compramos bolsas de choclos a diez pesos cada una y varias docenas de huevos”

“La navegación de regreso prosiguió por el Antequera, para pasar por la pepinera modelo de Brunet, donde nos encontramos con algunos jóvenes remeros (ingleses, según afirma Sarmiento) del Buenos Aires Rowing Club. El tiempo de la bajada por el Antequera hasta el Luján lo invertí en otra charla con Sarmiento sobre cuestiones legales de la posesión de las islas. La detallo aparte. También traje a colación una vieja idea de la que había leído un folleto...”

Aquí Perico interrumpió su escrito, al recordar una de sus últimas conversaciones con Sarmiento en la Talita.

—¿Qué pasó con la idea de crear un estado trinacional con Uruguay y Paraguay?

—Argirópolis... con capital en Martín García. ¿Sabe que esa isla tiene un origen geológico distinto a estas que vemos? Está fundamentada en roca... No, fue una idea que tuve en el exilio, en Chile, derrotado Rosas ya no tenía sentido. Pero dígame, joven, ¿por qué anota tanto en esa libretita?

—Es que quiero publicar todo esto en “La Tribuna”...

—¡No me diga! Yo también.

El Reino, el Poder y la Gloria

Tienes tanto humor como fe.
Martín Lutero

Un silencio, como para pensar lo que Luciana había dicho. Luego siguió el tira y afloje. Frente a frente, y yo en calzoncillos. Un slip negro, recuerdo. Y Alejandra, achicada en un rincón.

Luciana, la joven dermatóloga, continuaba defendiendo la eficacia de las cosméticas pantallas solares, ante mis biológicos, físicos argumentos en contra. Ya había señalado con una lapicera y tomado fotos de las lesiones en mi espalda a las que sugería hacer biopsia. Yo esgrimía la confusión existente entre el ponerse colorado o quemarse, efecto de la radiación infrarroja solar, y el broncearse provocado por la ultravioleta, en la otra punta del espectro visible y responsable del cáncer de piel. Recordé la sugerencia del oncólogo: ¿navegar a vela? ¿remar? no mi amigo, vacaciones en el subte, ¿qué hace acá? usted tendría que vivir en Alemania. Risas. Ja ja. Otra dermatóloga había relativizado más tarde esas afirmaciones: en realidad, debía protegerme del sol, pero la mayor causa de mis problemas de piel era la acumulación de radiación desde la infancia.

Y claro, las navegadas en el Zonda, las vacaciones en Córdoba, los cruceros a la barra del San Juan, y después las caminatas por la playa. En blanco y negro, sentado en la arena al lado de un ancla más grande que yo. El curso de timonel, las escapadas a Colonia y el remo en las islas. Terminamos hablando de sombreros, mangas largas, la ropa con filtro UV, el sol del mediodía, el agujero de ozono y cosas así.

Cuando no lo esperaba, Luciana contraatacó.

—Lo peligroso es que algunas otras células de la piel con la misma acumulación, pueden recibir la suficiente radiación para también mutar hacia otro melanoma. Y tuviste suerte, el de la pierna lo agarraron a tiempo, porque lo normal es que te liquide en seis meses... Pero bueno, es tu cuerpo. ¿Cuántos años tenés?

Yo ya había escuchado algo parecido, antes de la operación, hacía más de cuatro años, y lo solía relatar con humor. Preparate para enviudar, le había dicho a Alejandra otra dermatóloga no tan joven de San Fernando. Ja ja.

La biopsia del lunar que me retiraron en ese entonces, indicaba que me había visitado la *Dama de Negro*, mote profesional para el melanoma. Grado cuatro, te liquida en seis meses. Aquel consejo dado a Alejandra, por fortuna me fue referido después de la exitosa intervención en el Instituto Oncológico Roffo, que amplió los márgenes del tumor, y me dejó dos largas cicatrices y tres ganglios menos en la ingle. Tomografías, ecografías, radiografías de control cada tres o cuatro meses. Y la extirpación en nariz y oreja de tumores menores, basocelulares los llaman. Todo gracias al sol. Y aquí estoy, vivo y coleando.

Porque lo normal es que te liquide en seis meses. Quizás el tono despertó alguna alerta interna, y me encontré pensando en la vida eterna, la resurrección de la carne y el perdón de los pecados, estimulado por los episodios de una serie sobre el poder y las intrigas dentro de la Iglesia Luterana en Dinamarca. Mis ancestros son luteranos, y algunos, daneses... Digo, no sé.

El Catecismo Menor de Martín Lutero (el mayor es para los pastores) las discusiones sobre si Jesús tuvo o no hermanos, si la hostia y el vino se transforman realmente en carne y sangre de Cristo, si no somos los verdaderos monoteístas frente al ejército de santos y vírgenes que adoran los católicos... Y si lo que salva es la Fe, más que las obras. Mi primer traje y la confirmación (equivalente de la comunión) a los trece años en la iglesia luterana de la calle Malaver, en Olivos. Y muchos invitados sorprendidos porque luego del *amén* de su Padrenuestro, proseguíamos *porque tuyo es el reino el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén*, ahora sí. Una de las diferencias entre *ellos* y *nosotros*.

Casi todos los domingos yo era el representante de mi holgazana familia, en la congregación "La Reforma". Todavía no me había decidido por la universidad, entonces tenía la idea de estudiar teología y ser pastor, cómo me iba a negar... Y entonces tantos domingos a las nueve y media tomar el ciento sesenta y ocho o el dos veintinueve hasta Malaver y Libertador. Y según la estación, subir por la vereda del sol pisando hojas secas o entre aroma de jazmines hasta

la iglesia que parece hecha por Le Corbusier. Y el alivio al terminar la misa y afuera el sol, descansar la vista en el verde de la Quinta Presidencial, y bajar hacia el Puerto de Olivos, el río y los queridos barcos, el río y el sol.

El sol. Suyo es el reino, el poder y la gloria. Por los siglos de los siglos.
Amén.



El cúter del marajá

*Nadie sabe qué hace metido en el barro de esa zanja
el casco con doble forro de teca de un cúter.
Su línea afilada sigue intacta, pero del tambucho de popa surge un ligustro
y en la cruceta del aparejo Marconi tiene su nido un hornero.
Entre firuletes de verdín se extingue el nombre del Marylú,
y la justicia de los hombres del río ensaya la única explicación posible:
-Era de un maharajá.
Claroscuro del Delta, Rodolfo Walsh.*

Pero ¿quién te creés que sos, el marajá de Kapurtala? Así respondía mi madre a pedidos que consideraba desubicados: las zapatillas de moda, unos Levy's en vez de los Far West de Alpargatas, o cocacola para la comida. Era un apelativo que también aplicaba a ciertos vecinos que aparentaban ser más de lo que eran. ¿Qué sería un marajá? ¿Dónde quedaría Kapurtala?

Entonces dejé de volar y volví a la amarillenta página de "Delta", el periódico fundado por Sandor Mikler. La nota era muy breve y lo sustancial era que un isleño de segunda sección, un viejo de pocas palabras y con el cuero muy grueso, según el cronista, había dicho "era de un marajá" al referirse a Marilú, un fantasmal velero que se pudría en algún recodo del laberinto islario, *ahicito nomás*.

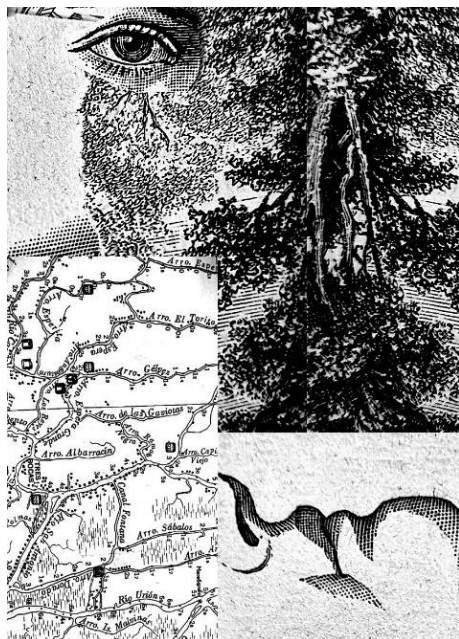
Kapurthala es un pequeño distrito del norte de la India, capital del principado del mismo nombre en el siglo pasado. Se han sucedido en el poder, nueve maharajás hasta la actualidad; muchos de los cuales se han caracterizado por el alto recambio de esposas. La razón por la que llegó a conocimiento de la madre, es la notoriedad que alcanzó el séptimo, Raja-i-Rajgan Majaraja Sir

Jagatjit Singh cuando en 1908 rompió la tradición y eligió, como quinta esposa a una extranjera: la española Anita Delgado, conocida cantante de cuplés. La boda, razón de estado para toda España, se celebró en París, lo que aumentó la probabilidad de que el personaje se instalara en la estructura cognitiva de mi madre. Y en la mía, como una sólida pista.

Más orientado, volví a Marilú. Luego de pasar páginas y páginas de varios años de registros de yates, en el *Lloyd's Register of Yachts* de 1930 encontré la referencia a un *cuter* de nombre *Marylou*, registrado en el *Royal Bombay Yacht Club*, ubicado en lo que hoy es Mumbai, India. Del dueño solo pude obtener un nombre: Rani Lakshmi Tara Kaur Sahiba, que resultó ser el de la esposa de un marajá. La búsqueda en la embajada de India no aportó gran cosa, pero sí en la británica, donde me permitieron hurgar en el archivo histórico colonial. De las polvorientas páginas de decenas de libros con los nombres de todos los marajás indios, solo obtuve una respuesta alérgica cercana al broncoespasmo, pero los periódicos de la época me brindaron un dato relevante: Rani etc. etc. fue el nombre indio asignado, como era costumbre, a la esposa de un marajá, María Luisa Castillo Valdés, una asturiana cantante de ópera, quien a diferencia de Anita Delgado eligió un perfil muy bajo que le asegurara una valiosa tranquilidad de vida, luego del explosivo momento de su enamoramiento. ¿Quién era el marajá? Esa información “no estaba disponible”. Algo encontré husmeando en viejas revistas, y así pude armar parte del rompecabezas.

Allá por los veinte, cierto deber protocolar había llevado al marajá de marras a asistir en lujoso carruaje, a una boda que unía la familia real española con la inglesa. María Luisa era parte de la concurrencia, una joven de veinte años que soñaba con ser cantante lírica. Encandilada por el fasto y el oropel de la delegación india, no esperaba más emociones hasta que vio al marajá dentro del vehículo. Un apuesto joven de tez mate, con su prolija barba recortada y profundos ojos negros. Un turbante de seda azul en la cabeza ostentaba una gema que sostenía una temblorosa pluma del ave de algún paraíso. Y los profundos ojos negros estaban clavados en ella, quien, antes de recomponerse, se encontró con indio, turbante y la temblorosa pluma descendidos del carruaje, frente a ella. Reaccionó a tiempo para responder al sutil pero inequívoco gesto de invitarla a acompañarlo, ante el silencio de la multitud boquiabierta. Así se inició una historia que podría haber sido novelesca si ellos lo hubieran deseado. Pero no.

Su boda se realizó en la India, y poco a poco dejó de interesar su aburrida -para el mundo de la farándula- vida sin escándalos, separaciones ni infidelidades. Cuando los deberes de estado y la ópera lo permitían, escapaban a navegar en un cúter que el marajá nombró *Marylou* en honor de su amada. Así



navegaron por el Índico, el Atlántico y el Mediterráneo, y solo los registraron aquellos interesados en la navegación a vela. Esta historia se fue diluyendo en la noche de los tiempos, hasta el relato del admirado Walsh y el viejo isleño. ¿Habrían viajado a la Argentina?

La curiosidad y la vocación me llevaron a investigar a fondo. Prefectura, policía de islas, pobladores... Las verdes islas del delta me encontraron ensayando distintos rumbos e interrogatorios. Doble forro de teca, afilada proa, de nombre Marilú *¿no lo habrá visto por acá?*

Una tarde, desembarcado en el fondeadero de Spinelli en el Honda, me encontraba ahogando la frustración en una caña Piragua, cuando me llamó la atención un pibito muy locuaz y baquiano, al que todos ponían a prueba con rebuscadas preguntas. El chico respondía con aciertos, siempre, lo que maravillaba a la audiencia de isleños y turistas. Al parecer, padre y abuelo, gente del Durazno, eran los responsables de esa valiosa educación no formal. *¿Por qué no hacer el intento?*

En el arroyo Ciego, entre el aguaje del Durazno, casi llegando al Estudiante, hay un barco de madera, viejo, acostado sobre una orilla y medio podrido. Ojo, que en esa parte, es una zanja con poca agua casi todo el tiempo ¿vio, don? No se puede llegar ni en canoa. Me parece que se llamaba Mari algo...

Con un choripán y una coca lo convencí de acompañarlo como guía, con la promesa de un premio. Así partimos hacia el aguaje. La fortuna del agua alta nos permitió llegar bastante cerca del lugar. Cuando no pudimos avanzar más, caminamos por el pajonal central de la isla, que de tierra firme solo tenía el aspecto. Con el agua hasta las rodillas y entre nubes de mosquitos y estentóreos gritos de invisibles aves, caminamos hasta un albardón real y firme. Desde allí se podían ver un poco mejor los alrededores.

Escorado, más bien acostado sobre estribor, en una zanja que alguna vez habría sido un arroyo, se encontraban los restos de un *cuter* al que le quedaba algo del verde inglés de su casco. Un nido de hornero en una cruceta, y enredaderas en el obenque que seguía firme. Una frenética rascada con un palo en el espejo, reveló en parte la elegante tipografía que se pudo traducir como “Marylou RBYC”. Del tambucho de popa surgía un tronco de ligustro, más grueso que un brazo.

Confirmado entonces, era evidente que había venido navegando a Argentina. Ya tenía la historia, solo me faltaba un buen final. ¿Pero cómo llegó hasta allí? ¿Y qué había pasado con el marajá y María Luisa?

Esa, amigos, es otra historia. (Ahí está el final).

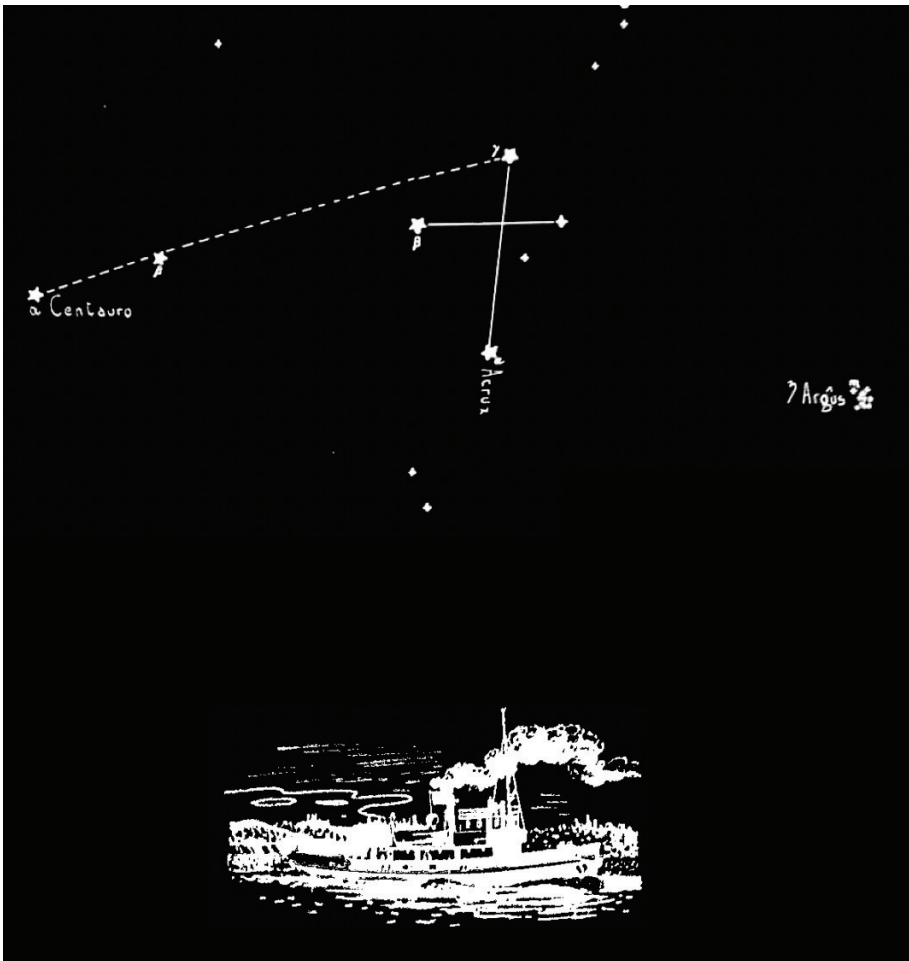
Como quien reza

*¡Allí estaba, completamente abierto ante mis ojos,
el desierto intacto que despierta tan extraños sentimientos en nosotros:
la antigua morada de los gigantes, cuyas pisadas impresas en la playa
asombraron a Magallanes y a su gente, y le valieron el nombre de Patagonia!
¡Finalmente, Patagonia! en “Días de ocio en la Patagonia” de W. H. Hudson.*

Sí, conocí la Patagonia, era un pibe, che. Pero me pasó algo que nunca olvidé aunque pasaron más de veinte años. Un naufragio, justo ahí. Estábamos empapados, muertos de frío, estirando el cogote para ver si había algún rancho, algún rastro de civilización. El viento había amainado y no llovía más, pero hacía mucho frío. Las primeras luces del alba iluminaban nubes vertiginosas. El horizonte era una plana desolación, pero a tiro de piedra había médanos, algunos muy grandes. Era el desierto, tal como me lo había contado Tatita. Los únicos seres vivos, unos cangrejos marrones y esas tristes plantitas de los médanos. Ni siquiera una gaviota. Era una depresión che, yo tenía ganas de volverme al barco encallado y meterme en el camarote hasta que alguien nos rescatara. Pero un tipo estaba con la boca abierta mirando el horizonte, embobado, como si estuviera viendo a la *Mistinguett*... *¡Oh my God, finally Patagonia!* le escuché decir, como quien reza... Miraba como si hubiera algo para ver, no estaba muy cuerdo.

Los otros dos pasajeros también eran gente de buena familia; y castañeteando los dientes me miraban como compartiendo mis pensamientos. Es que al principio del viaje, el tipo prometía. Wilson, Hutton... ¡Hudson! Eso, un naturalista, algo así como Darwin, un tipo culto, che, *very polite*. Cuando vimos que en plena tormenta salía a cubierta y se quedaba mirando quién

sabe qué a lo lejos, nos pareció que algo le fallaba. Y el resto del viaje, en vez de quedarse con nosotros jugando *gin rummy* y tomando un buen *scotch*, se la pasaba hablando con los marineros o en inglés con el piloto. Sí, yo también hablo inglés. Pero la primera vez, más que *nice to meet you*, *good morning* o *good evening* no le saqué. Y encima me refregó en la jeta su pronunciación, como lamentando *my west american one*. Y después se despachó en perfecto castellano, ahí me enteré de que había nacido en Quilmes, y que los padres eran de Boston.



No, yo tenía que ir, no tenía opción. Si no, el coronel me cortaba los víveres. Mi viejo, ¿quién va a ser? Sabés cómo me tenía con eso de la responsabilidad y tener una vida correcta y hacerme cargo del apellido y todo eso... Hasta me quería casar ¿te imaginás? Con Felicitas. Felicitas Costa, Acosta, no me acuerdo, no te rías, a vos ya te casaron. Con *ese*, con *zeta*, es lo mismo. En fin, alguien de la familia debía ir y tomar posesión de esas tierras ganadas a los salvajes. Qué se yo cuántos miles de hectáreas eran, y se las debíamos a Pariente. Sí, el abuelo, que fue ministro, o embajador de no sé quien. Yo, que estaba acostumbrado a viajar a Europa con la vaca para tener leche fresca tuve que subirme a esa lata con camarotes que parecían roperos, lo único que encontré para evitar el viaje por tierra... Confieso que cuando lo vi, me dije con esto no llegamos. Pero todo fue por el buen nombre de la familia. No le veo la gracia, che. Bueno sí, y por algunas otras cosas, necesarias para la subsistencia ¿no?

Lo que pasó es que primero el barco se subió a unas rocas cerca de la costa, durante la tormenta. Con el golpe me caí de mi litera, así que me vestí rapidísimo y salí a cubierta. No sé cómo no se hundió ahí mismo. Después corrió el rumor de que la tripulación se quiso tomar el espante con el único bote que había y que el piloto los paró a punta de pistola. Sí, parece una *nouvelle*, no se puede creer. El capitán estaba muy enfermo, no sé qué fue de él. Después, una gran ola sacó al barco de las rocas y pareció que volvía a navegar hasta que se frenó, pero con suavidad. Había encallado, pero en algo blando, arena, me di cuenta después. Y el barco comenzó a escorar cada vez más. Ahí me aterroricé. La costa tenía que estar cerca, así que apenas comenzó a amanecer, me tiré al agua con otros más y comencé a nadar. Si hago eso hoy, me quedo seco, che, lo que es la juventud. Enseguida hicimos pie y llegamos a la orilla, para darnos cuenta de que estábamos en medio de la nada. Y con el loco aquel, que se la pasaba mirando los yuyos, los pájaros y el horizonte.

Y nos pusimos a caminar por la costa con la idea de llegar a algún pueblo. Al sur, al norte ¿qué más da? la cosa era no morir de frío. Hasta que ya entrada la mañana, encontramos un rancho de pescadores. Nos dieron un mate cocido caliente que fue una gloria. Fijate, yo tomando mate cocido; no te rías, Toby, eran muy pobres, pero buena gente, che. Nos llevaron hasta Carmen de Patagones en un carretón, el resto es historia conocida. El tipo me saludó a las apuradas y no lo vi más.

No, no lo vi más. Esperá. Me hiciste acordar, en la librería de Ávila vi un libro de un tal Hudson sobre la Patagonia... ¿Será el loco aquel?... che, ¡qué sequía!

¡Mozo! Otra vuelta.

El Paraíso, con fondo de glaciar

Una crónica de viaje

Enero de 1989, Ushuaia. Me emponcho y salgo del único bar que no parece para turistas, en la parte alta de la ciudad; quería estar con lugareños. Con el garguero todavía caliente por la grappa Valleviejo, miro el puerto allá abajo, donde resalta el naranja del Bravo Uno (B1) Transporte Polar ARA Bahía Paraíso, que me llevará a la Antártida en dos o tres días. Construido en 1980 en Dock Sud, puerto de Buenos Aires, posee más de ciento treinta metros de eslora y veinte de manga, un helipuerto y hangar para los dos helicópteros Augusta a popa. Preparado para navegar entre los hielos polares, participó en la Guerra de Malvinas tomando Gritviken en la Isla San Pedro de las Georgias del Sur, y luego, ya como buque hospital colaboró con el rescate de los náufragos del Crucero General Belgrano. No es un rompehielos, como el Q5, ARA Almirante Irizar, sólo tiene el casco reforzado.

Mientras espero la orden de embarcar, decido hacer un viaje de poco menos de veinte kilómetros con mis compañeros, para conocer la Bahía Lapataia, en el Parque Nacional Ushuaia. Uno de los lugares más hermosos que visité. Lagos con extensas playas de cantos rodados y bosques de lengas, ñires, guindos y otras especies de *Notophagus*. Recuerdos imborrables: sentado en un viejo muelle, estoy mirando distraído las cristalinas aguas de la bahía, y del fondo surgen fantasmales medusas rojas que al llegar a la superficie vuelven a bajar. Un cartel ante un aparente descampado nos informa de la presencia de “plantas carnívoras”. Para observarlas hay que tirarse cuerpo a tierra en el sendero

de madera, las *Droseras* son rojas también, y casi microscópicas. Como a las medusas, logré fotografiarlas, aunque con lente de aumento. Caminando un poco, sin rumbo fijo y con la cámara en la mano, llego a la desembocadura de un arroyo donde se encuentra un blanco nicho de material con una virgencita ornada de flores secas. Una pequeña, insólita lamparita eléctrica la baña con suaves dorados. El fondo es el espejo sereno de las aguas de la Bahía Lapataia, y allá atrás, verdes montañas que ya pertenecen a Chile. Todo iluminado con los tonos pastel del crepúsculo austral. El sueño de un fotógrafo, por lo menos el que yo intentaba ser. Emocionado, tomo la cámara, enfoco y diafragma de tal manera de obtener la máxima profundidad de campo. Al no tener el trípode a mano, separo las piernas, me planto firme sobre el suelo, respiro hondo y disparo. No hay “clic”. ¡El rollo en la Miranda Reflex había llegado a su fin con la última foto de las *Droseras*! Y no tenía más de repuesto (advertencia de este Baby Boomer para lectores millennials y posteriores: la fotografía digital estaba en pañales aún). No pude hacer “la soñada” pero la imagen y el momento pasaron a formar parte de la categoría de recuerdos imborrables, y se me presentan cada vez que veo las fotos de las rojas medusas y *Droseras*.

Dos días después ya estoy a bordo, en la inusual calma del estrecho de Drake, con rumbo a la Península Antártica. Un viejo anhelo, conocer la Antártida, uno de mis tres grandes objetivos de vida. Los otros dos eran escalar el Aconcagua y cruzar el Atlántico en velero. A la famosa montaña sólo pude verla, ahí nomás, desde su base. Y crucé en velero... el Río de la Plata, eso sí, varias veces. Cuando al laboratorio de Fisiología Animal, donde yo trabajaba como investigador y docente, llegó la noticia de un acuerdo entre la Dirección Nacional del Antártico (DNA) y la Universidad de Buenos Aires, fui el primero en levantar la mano y proponerme. Así, fui incluido en un equipo de investigación en neurociencias para la campaña antártica de verano 88/89.

El Paraíso es un viaje de ida, era la broma que, premonitoria, corría entre los embarcados de la DNA. También hay turistas, que pagan muy bien por sus cómodos camarotes. Los investigadores no, a las dos cosas: yo duermo con un colega en la sala de los cabrestantes de proa, esas máquinas que bajan y suben el ancla. Así, todo arribo y zarpada nos despierta con estruendo de motores eléctricos y cadenas. La idea de usar los camarotes para turistas en vez de destinarlos a la dotación científica, tiene el objetivo de recaudar fondos para financiar la campaña. Nosotros, felices: acostumbrados a los viajes de investigación de campo y los campamentos de vacaciones, no necesitábamos lujos y disfrutábamos la aventura.

El destino es la base Jubany (hoy Carlini) en la isla 25 de Mayo (King George para otros). Antes tocaremos varias bases: Gurruchaga, Almirante Brown,

Teniente Cámara, Primavera, Decepción, la norteamericana Palmer y Esperanza... Y podemos bajar en todas, un inesperado paseo. Hay un sauna a bordo, que nos restaura de las corridas y preparativos, el viaje en el Hércules C-130 hasta Ushuaia y el transporte de los equipos de electrofisiología. Hemos embarcado y desembarcado pesados cajones, computadora, electroencefalógrafo, grabador de cinta abierta, y un televisor viejo que usamos como monitor (otro cajón más).

Cada tanto se goza de la visión panorámica que ofrece el puente de mando, el lugar más alto del barco. Si el tiempo es bueno se puede estar en la cubierta, donde los turistas observan intrigados la cebada de mate. Una costumbre rioplatense que no está bien vista en la camareta de oficiales, el lugar asignado para nuestras comidas. Allí solo se toma té o café. Entonces, las sobremesas solemos pasarlas en la de suboficiales, donde el mate sí pasa de mano en mano entre chacareras y zambas con guitarra y bombo. La vida a bordo transcurre plácida y nos sentimos un poco raros en compañía de tanto uniformado, a cinco años del fin de una terrible dictadura militar. El amable segundo comandante ha dado una bienvenida en la que resaltó la idea de que era hora de que civiles y militares conviviéramos en paz, trabajando juntos por el país... El tiempo demostraría que se encontraron otras formas distintas del golpe militar para imponer rumbos económicos antipopulares. Pero eso, eso ya es otra historia.

Algunos turistas intentan hacer en la cubierta un muñeco con los restos de nieve de la noche, pero la expresión seria del personal los disuade de inmediato: es de mala suerte. "Los de la DNA" (mote impuesto por los marinos) ya lo sabemos, y nos divertimos de otra forma, yendo bien a proa donde se puede ver como el barco se abre camino ya entre hielos, con ruido de metálicos timbales. Allí dejé atrás dos ideas sobre la Antártida: que es blanca y silenciosa. Se escuchan, lejos del ruido de los *Diesel Sulzer* que impulsan al barco, todo tipo de graznidos, rugidos y cantos de una invisible fauna. Y los bloques de hielo flotantes, de acuerdo a como les da el sol, ostentan una variada paleta de pasteles: turquesa, celeste, aguamarina, rosa, verde agua... Los marinos temen y evitan por su gran dureza a algunos pequeños, del tamaño de un auto e intenso azul traslúcido. Los llaman gruñones.

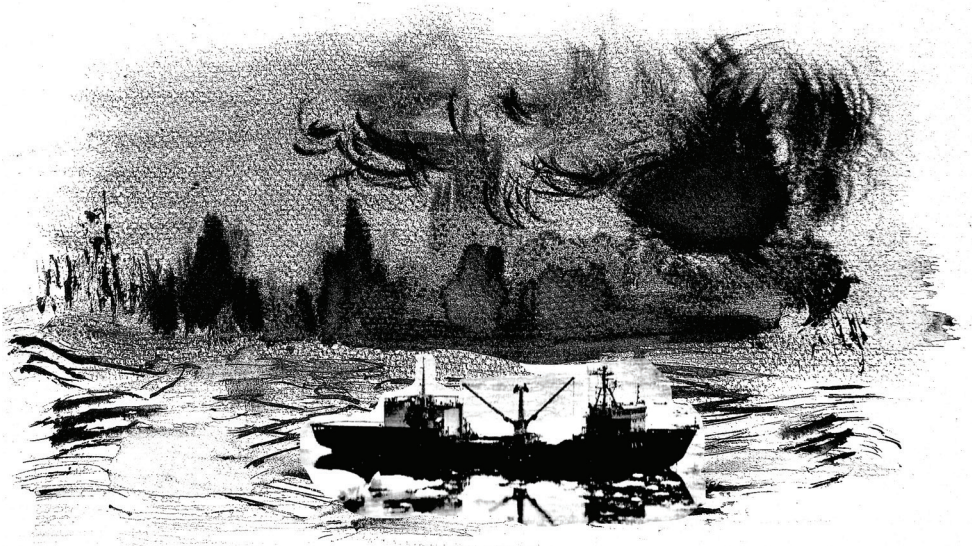
El viaje depara momentos inolvidables. Ballenas en una bahía, vistas desde la cima de un cerro en Almirante Brown, como quien ve vacas u ovejas allá abajo. La tensión en el puente de mando al atravesar los Fuelles de Neptuno, el estrecho acceso de quinientos metros a la isla Decepción, con una peligrosa roca a flor de agua en su punto medio. Cima de un volcán activo con fumarolas y surgentes de agua a 70°, la costa interna de la isla en forma de anillo, es negra y caliente. Bandadas de blanquinegros petreles damero volando a ras del agua

y a pocos metros del casco del barco. El parto de una elefante marina sobre un témpano. El sol del atardecer en un eterno crepúsculo que no termina de cambiar su gama de rojos a los oscuros azules de la noche. Una manifestación en la costa, llegando a la base Palmer: miles de pingüinos que desde el barco parecen hormigas, y más cerca, personas. Una rara montaña, que puede tener tres picos o dos, depende de donde se la mire, es el Cerro Tres Hermanas, al lado de la Base Jubany, nuestro destino.

Con un corto vuelo, un helicóptero nos deja en la base, en la orilla de la caleta Potter. Cada uno con una bolsa de dormir de los infantes de marina, gentileza del comandante del *Paraíso*, quien entrevió cierta imprevisión respecto de las plazas disponibles en la base. La partida del barco deja una sensación de desamparo: se acabó la comodidad de la navegación. Nos recibe el jefe de base, un médico, quien nos muestra el laboratorio, la cantina, los galpones y el lugar provisorio para dormir. La cena es con luz de día que ilumina al glaciar Buenos Aires, en la orilla de enfrente de la caleta.

Luego del café, salimos a conocer. Caminamos por el hielo, fotografiamos, nos arrojamamos bolas de nieve, y admiramos las raras formas de los bloques de hielo que la marea deja en la costa. Luego aprenderíamos que ese hielo produce en el vaso de whisky un sonido muy especial debido a sus burbujas de aire, a todo esto aire fósil, un tema de investigación para glaciólogos y paleoclimatólogos. Un bloque nunca faltará en nuestra puerta. Cortamos carámbanos que cuelgan de las rocas en la costa, trepamos y bajamos por pendientes de hielo. Y nos quedamos mirando el sol rojo del crepúsculo. Y comenzamos a bostezar, con gran cansancio. Sin entender, interrogamos a los relojes: 02:30 AM.

El dormitorio temporario es un poco fresco a pesar del fuego de la salamandra. Una carpintería con los vidrios rotos, que sería poco acogedora en el Delta del Paraná. Dentro de la verde bolsa de dormir del *Paraíso*, sin sacarme la ropa, cada tanto saco la cabeza y respiro: afuera se congela la nariz, adentro me ahogo. Así paso la fría y luminosa primera noche en tierra antártica. La mañana me encuentra conociendo lugares y los nombres alternativos con que se los ha bautizado: aquellos farallones a lo lejos son Punta Champán, el refugio a dos horas de caminata es el Putiklub y ese cono negro que sobresale del pequeño glaciar vecino es el Nunatak Florence. En los siguientes días “aparecieron” nuevos lugares donde dormir: es que las dobles literas eran usadas por una sola persona. Así que me tocó un dormitorio al lado del grupo electrógeno, un diesel enorme que ocupaba toda la habitación vecina, y abastecía a toda la base. Soñaba con locomotoras, pero nada de frío. Este nunca fue excesivo, durante el día las temperaturas podían ir de los 0° a los 10°, aunque un viento fuerte, algo frecuente, podía llevar la sensación térmica a -20°. Sin viento, el clima era agradable.



Mis compañeros científicos son biólogos como yo, y además hay geólogos, glaciólogos, climatólogos, médicos y psicólogos. Buena parte del personal restante son administrativos del Instituto Nacional del Antártico, dependiente de la DNA; gente premiada con el viaje por sus jefes, pues el cruce del paralelo 60° nos hace acreedores al suplemento antártico, a todos. Este sobresueldo, para dar una idea del valor, me permitió al regreso comprar un Peugeot 504 de diez años. Muchos de ellos realizan livianas tareas en la base, y marcan los días faltantes para el regreso, con una equis en el calendario, como los presos...

Otra idea que traía a este continente se desvaneció: el suelo no es hielo sobre tierra, sino rocas, rocas partidas de distintos tamaños por las diferencias de temperatura. Sin embargo, si miro hacia el horizonte me parece ver una verde pradera como si estuviese en Bariloche. Son líquenes, la única vida casi vegetal que hay en tierra, es decir las rocas. Digo casi, porque los líquenes son una simbiosis de algas con hongos. Las algas proporcionan la fotosíntesis, los hongos el medio acuoso, pero la unión es íntima, indistinguible. Los hay de todos los colores, negros como el carbón, rojos, plateados, pero predominan los verdes. Con lentes de aumento fotografié todas esas variedades para una compañera que los estudia. Mis fotos deben estar hoy en algún artículo científico de liquenología.

Hubo verdaderas plantas alguna vez, cuando esta placa tectónica se encontraba más cerca del Ecuador. Tuve el placer de corroborarlo colaborando en la búsqueda de fósiles dentro de las rocas. Con un martillo de geólogo, he partido varias, y una de ellas me regaló la perfecta imagen estampada de una

hoja intacta, como de laurel, con su nervaduras bien marcadas. Una hoja que volvió a ver la luz del sol, millones de años después.

Durante el tiempo libre hago largas caminatas por la costa, impresionado por el muy seco aire antártico (recuerdo que lo primero que me llamó la atención al regreso en Río Gallegos, fue la sensación de respirar aire húmedo). El blanquísimo esqueleto intacto de una ballena desplegado en una playa. Una foca leopardo, con la que mantuve una interesante conversación a prudente distancia. Alguna vez di la vuelta al cerro Tres Hermanas, solo y sin un medio de comunicación, un peligro. Pero al acercarme a una de sus paredes, recordé las clases de Geología y confirmé su origen volcánico. Enormes columnas de corte pentagonal típicas del basalto: esa montaña es lava enfriada dentro de un volcán que gracias a la erosión ya no existe. Con mis compañeros escalé sus trescientos metros solo para apropiarme del fantástico observatorio de su cima. Y sí, también trabajamos.

El objetivo es estudiar la poco conocida actividad bioeléctrica cerebral de aves antárticas, en este caso petreles antárticos (*Macronectes giganteus*) Algo así como hacerles un electroencefalograma. Estos, al acercarse alguien a sus nidos en las alturas rocosas, hacen vuelos rasantes sobre nuestras cabezas con sus dos metros de envergadura, susurrando un mensaje nada amistoso. Y los pichones se defienden de los intrusos vomitando a distancia el pescado predigerido de sus buches. Es así que con prudencia y humildad, decidimos dedicarnos a nuestro sujeto de investigación alternativo, cuya actividad bioeléctrica cerebral también era desconocida: tres especies de pingüinos: Barbijo, Adelia y Papúa: *Pygoscelis antarctica*, *P. adeliae* y *P. papua*, bichos que miden alrededor de setenta u ochenta centímetros de alto, y son un poco más amistosos. Si bien no son muy ágiles en tierra, caminan muy rápido, y para capturarlos hay que taclearlos. Una vez atrapados, hay que protegerse de las alas, no del pico, que es lo que en general se cree. Las alas están modificadas como aletas natatorias y son duras como una tablita de cortar pan. Esa es su arma: hay que imaginar un golpe seco de ellas sobre los dedos entumecidos por el frío... En las pingüineras, desde donde estamos parados hasta donde llega la vista, a los trescientos sesenta grados hay pingüinos, miles y miles de ellos haciendo sus vidas. La analogía humana es inevitable.

El registro de la actividad bioeléctrica es bastante más complejo que el electroencefalográfico humano. Hay que anestesiar, dejar el cráneo al descubierto, hacer pequeños orificios con un trépano y fijar con acrílico electrodos que toquen el cerebro. Luego se cose el pellejo, y los animales quedan con cuatro cablecitos que salen de su cabeza y terminan en una ficha que se conecta al aparato de registro. Terminado el registro, se retiran los cables, se vuelve a coser, y los pingüinos son devueltos a su ambiente. Hasta que la dotación no

científica de la base entendió esto, hubo que vigilar las jaulas con los animales capturados, pues manos anónimas los liberaban, *pobrecitos*.

El trabajo culminó, y también el registro de electroencefalogramas del personal de la base para compararlos con los de recién llegados. Y así estudiar el efecto del fotoperíodo antártico y el aislamiento sobre las personas; trabajos a publicar en “Contribuciones del Instituto Antártico”. En eso estábamos cuando se recibió con alegría la visita del *Paraíso*. Al volver a bordo, compré un whisky en la cantina y charlé con amigos que había hecho entre los tripulantes. De regreso en la base, luchando con el repentino fuerte viento, puse la *Miranda* en un trípode y le tomé una foto, fondeado en la caleta Potter, con fondo de glaciar iluminado por el eterno crepúsculo de la noche del verano antártico.

Tres días más tarde, una noticia nos helaba el corazón: el *Paraíso*, donde pasamos más de diez días navegando, la conexión con el hogar, había naufragado frente a la base Palmer. Pedían liberar un galpón para alojar a los naufragos.

Y ya sin *Paraíso*, que finalmente nos ofreció sólo un viaje de ida, nuestro regreso se reprogramó por la base de Fuerza Aérea Marambio, hacia El Palomar en un *Hércules*, con escala en Río Gallegos. El viaje hasta allí fue en el rompehielos *Irizar* y un gran e inolvidable tramo en helicóptero, a pocos metros del mar y los hielos. Así, luego de casi un mes de trabajo y aventura, volví a respirar el aire húmedo y caliente de Buenos Aires.

Conservo de recuerdo la verde bolsa de dormir del querido B1... El 28 de enero de 2019 se cumplieron treinta años de su naufragio, y ese día me sentí un poco naufrago, otra vez.



Foto GH

Alrededor de Banco Chinchorro

Historias con langosta y palo de tinte

*Se pone la vida a tres o cuatro dedos de la muerte,
que es el grueso de la tabla de un navío.*
(Instrucción náutica, Diego García de Palacio, 1587)

Chukwa, plebeyo del señorío de Kaan-Pech, caminando días y días siempre hacia el amanecer, llegó a otra costa, otro mar. Donde hay menos plantas de *ek*, pero más comida. Con su hacha de obsidiana cortará los rojos árboles, con los que podrá pagar el impuesto al Señor de Uaymil y construir muebles para su nueva vivienda en el poblado del que todavía no conoce el nombre. Con su madera, Ketzaly, su mujer, hará té medicinal, y también teñirá la ropa: la médula de *ek*, cocida con frutas ácidas y minerales dará amarillos, violetas, púrpuras y el difícil tinte negro.

Al mediodía, amontonará los troncos y decidirá que es buen momento para refrescarse en el mar y pescar algunas *chakay*. Buca y arponea cuatro o cinco, un buen alimento para su familia. Al salir a la superficie, se sobresaltará al ver una *cheem* de un tamaño tal que le tapa el sol. Algo le había advertido uno de sus nuevos vecinos, nunca vio algo así. Largos mástiles en los que la leve brisa hace ondear enormes telas de descolorida tristeza. De su interior salen grandes ruidos y las raras armaduras de sus ocupantes no son de algodón prensado, reflejan el sol. ¿Serán enviados divinos de Kukulcán?

El Niño rola con pereza en el calmón del mediodía mientras se arrían sus velas. Sus tripulantes aprovechan para afilar espadas, desabollar armaduras, y

parchar la cubierta y calafatear parte del casco con tablones y estopa. Sonidos que se suman a la cadena del fondeo que se sumerge lenta y ruidosa. A babor siguen espumando la mar los arrecifes que se acaban de rodear, y a estribor se despliega verde y salvaje la costa de lo que ahora llaman Yucatán, desde que Hernández de Córdoba preguntó a sus habitantes por el nombre de esas tierras y respondieron algo que así sonaba. De pronto, muchos se agolpan en la banda de estribor, un hombre en el agua les llama la atención...

Fernando descansa a la sombra de una gran ceiba solitaria de la playa. A su lado, en un recipiente con agua de mar se mueven varias langostas espinosas. Sus veinticinco años le permiten entrar al mar y bucear una y otra vez, donde esas rocas que solo él conoce. Ha aprendido que las langostas se conservan mejor si las captura vivas, en vez de arponearlas. En la Villa las vende muy bien, y así subsiste día a día.

A sus espaldas se despliega, en la costa oeste de la bahía, la Villa de San Cristóbal de La Habana, que todavía presenta escombros y maderas carbonizadas, las señales del último ataque de los piratas franceses. Fernando piensa que estos ataques no se repetirán, ahora que la Flota de Indias tiene como base a la bahía. Y con esa tranquilidad sobre su espalda, corre a sumergirse otra vez. Pero su pie derecho se topa en la arena, con algo duro. Es raro, en esa zona no debe haber rocas ni corales, solo arena: las rocas están más allá, pasando las rompientes. Cuando el agua se retira, descubre una gruesa botella de vidrio que sobresale. La desentierra y ve que tiene un tapón muy hermético, pues la botella no se ha llenado de agua. Ya en la playa, bajo la ceiba se dedica a tratar de abrirla, lo que logra con la ayuda de su cuchillo. El tapón es de madera y cera, y el pico está envuelto con un trozo de lona atado con firmeza.

En su interior hay un rollo de papeles escritos, también encerado. Acomoda su espalda en el tronco y comienza a leer... Algunas partes son ilegibles, pero entiende que es parte de un diario.

3 de octubre. Hace tres soles que con El Niño dexamos la flota encomendados a explorar el sur de la isla del Yucatán. Habíamos de ir de guerra y cargar indios de la isla para (...) de ellos por esclavos. Hemos navegado 50 millas por la cuarta del Sud Oeste dejando la isla de Cozumel a babor y otras tantas hacia el Sur, siempre a vista de costa. Anduvimos (...) a nuestra vía, cada tanto a la corda buscando un abra en la costa.

4 de octubre. En amaneciendo tuvimos mucha mar por proa. Al mediodía gran calmeria, la mar en bonanza y llana. Informado de las averías, discutimos por cual fazer. Dentre varias opiniones, el piloto salió el más verdadero, la que era

del gobernalle que se había partido. Parecióme razon de lo hacer luego y echamos el fondeo. En rezando La Salve (...) divisé con la lente un caserío de cal y canto, como aquel que en la Punta de Catoche llamaron Gran Cairo, pero mucho más pequeño. Cerca de la nave, un salvaje en su almadía que se echaba a la mar una y otra vez para volver con (...) pejes ensartados en su azagaya, maravillado de nuestra presencia, nos dio grandes voces señalando al cielo.

El salvaje era enjuto de carnes y seco de rostro, vestía un sencillo calzón, con mucha manera de vivos colores. Subido que hubo a bordo, nos entregó unas langostas asemejadas a las nuestras, pero más esbeltas y delgadas. Las nombraba chakay, y señalaba con gestos que era comida. Le mostramos el caserío (...) y nos indicó que le siguiéramos. Bajamos el batel y nos dirigimos a la costa, cargados de cuentas y cascabeles de vidrio (...) y otras cosas muchas de poco valor. Al llegar a la aldea no había habitante alguno (...) pero enviéndose más confiados, a deshora comenzaron a aparecer. Hubieron mucho placer y quedaron muy nuestros y maravillados con los regalos y nos dieron a cambio azagayas de madera y hueso (...) panes y frutas. Para nuestro pesar no poseían ni un anillo de oro en su nariz ni artículo de plata alguno. Como nos colmaron de maravilla los colores de sus telas, al preguntarles nos respondieron ek, ek, señalando (...) árboles.

5 de octubre. La del alba sería cuando nos dimos a la vela de priesa, antes de la virazón. Sin oro ni plata pero con indios para Cuba, que allá faltan, y rojos maderos de buena talla de los que llaman ek, con (...) salir bien aprovechados. Llevamos un batel con sus remos, hecho por los salvajes de un gran tronco de árbol, para mostrar al Adelantado (...) que en él caberían cuarenta personas. Temíamos de ver a tiro de lombarda, la restinga de piedras a flor de la mar, pero con la ayuda de Dios pasamos y pusimos proa al Este cuarta del Sudeste (...) virar a la cuarta del Noreste (...) la corriente hacia Cuba.

7 de octubre. La nave ha encallado en una restinga que apareció a deshora en la tarde del día seis. Al divisarla hemos puesto proa al centro, donde no se veían espumas. El viento no nos dejaba otra cosa por hacer así que por allí pasamos rasgando las piedras del fondo y cuando nos creíamos a salvo, encallamos en la arena y quedamos escorados a estribor, sobre un arrecife que golpeaba al casco. Los indios han huido y nuestro batel se ha arruinado. Algunos de los nuestros se arrojaron al agua y luego de nadar un trecho, han hecho pie, y caminando (...) un islote.

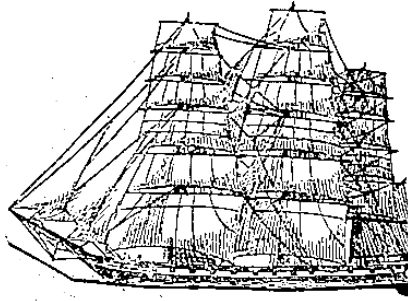
10 de octubre. Con restos de la nave hemos construido una choza en el islote, al que hemos llevado todos los bastimentos que pudimos transportar. Ansímesmo (...) reparar el batel.

15 de octubre. Se han acabado los bastimentos y solo nos alimentamos de pescado. Quedamos a la gracia y voluntad de Dios Nuestro Señor. He hecho la letura astronómica para indicar nuestra posición y la de esta colosal restinga que (...)

Quitásueños, a otros navegantes, para que puedan evitarla con ayuda de Dios. He buscado la botella más gruesa que encontré en la bodega, para que la fuerte corriente lleve al Norte las últimas páginas de (...) no se sale un punto de la verdad.

18° Norte a 12 millas al Este de la isla que llaman Yucatán. Año 1523 de Nuestro Señor.

Un bergantín de diez pies de eslora y tres de manga, que ha partido de Walix capea el repentino temporal que la aleja del rumbo a Catoche, en el Norte de Yucatán, para luego enfilarse a Plymouth, su destino inglés. Sus bodegas van repletas de palo de tinte, o palo de Campeche muy apreciado por la industria textil europea, pues con él se logran en las telas colores firmes como nunca antes. Desde que los ingleses han sido expulsados, los cortadores ilegales del palo tinto, han dejado la isla Del Carmen, en el NO de Yucatán, y el Golfo de México, por el Mar Caribe, repleto de arrecifes de coral.



El capitán lucha por ganar barlovento para alejarse de la costa, así como por mantener el mando de la tripulación que, al borde del motín, teme acabar en el armario de Davie Jones. La noche oscura en la que suele ampararse, hoy es un gran obstáculo y el piloto sigue a ciegas un rumbo que lo deje entre la costa y el temido North Triangle (Quitásueños o Banco Chinchorro para los locales) a menos de 15 millas al este. De pronto un relámpago provoca una fantasmagórica visión a proa. Un hervidero de blancas espumas, en el que el piloto cree ver una calavera. Aterrorizado, suelta la rueda del timón, que queda a la vía. El capitán se precipita sobre ella, devuelve el gobierno a la nave y la hace derivar con la idea de alejarla de los arrecifes coralinos. Un segundo relámpago le muestra a un descuartelar de estribor una posible entrada al banco, una zona oscura entre las espumas. Hace la señal de la cruz, y hacia ella se dirige, no tiene opción. Todos a bordo se paralizan en sus lugares, algunos rezan. El barco avanza sin problemas. Algunos comienzan a respirar aliviados, quizá se pueda atravesar el peligroso banco...

Pero el horrible ruido que comienza a escucharse les quita toda esperanza, a la vez que la brusca disminución de la velocidad los empuja a todos hacia proa. El barco comienza a hacer agua por toda la banda de estribor. Algunos logran llegar a los botes antes de que se dé la orden de abandonar la nave. Pero la nave los abandona antes...

Ella se encuentra muy quieta dentro de su pequeña cueva, a diez metros de profundidad. Solo salen al exterior sus largas y espinosas antenas, que aparentan ser ramas de una planta acuática, y las anténulas, un par de filamentos que pasarían por algas. En su parte ventral hay un parche blanquecino lleno de espermatozoides que le dejó un macho luego del apareamiento. Con ellos fecundará los millones de huevos, y unos pocos llegarán a transformarse en larvas y luego en ejemplares adultos de *chakay*, langosta espinosa adulta, pez rojo o pez diablo (*Panulirus argus*). Su caparazón tiene un color marrón rojizo con manchas amarillas y blancas, que la mimetiza con el ambiente.

Sus antenas le están informando de un pronunciado y constante movimiento de vaivén del agua, aunque movimientos más abruptos y menos sostenidos estarían indicando la presencia de grandes peces, sus principales predadores, pero no. No es este el caso. De pronto el patrón de movimientos cambia, lo que le activa el estado de alerta. Ni oleaje fuerte, ni predador cercano. Una fortísima corriente la empuja al interior de la cueva, donde permanece casi sin moverse, una de sus estrategias de supervivencia. Varias horas después, con el restablecimiento del rítmico vaivén anterior de las aguas, se asoma, detecta nuevas sustancias presentes en el medio. La luz del amanecer dibuja arabescos en el fondo arenoso, y su sencilla visión le muestra un panorama muy distinto. El ambiente ha cambiado, y hay ahora una infinidad de nuevas cuevas y recovecos en los que guarecerse. Salen flotando de allí grandes y descoloridos animales con largas extremidades que acompañan el vaivén. No revisten peligro. Y son comestibles.

Ángel camina lento por la playa de blanquísima arena, donde el agua es tan transparente que no se distingue la línea de costa. Está cansado, ha dormido poco y ha trasnochado mucho. Anoche han estrenado un televisor con antena satelital en el local comunitario de la Cooperativa, y en la pequeña comunidad de Cayo Centro se alteró la sencilla vida de pescadores. Pero igual debe salir al mar, a buscar langostas entre el coral y las rocas. Y los pecios, sus lugares favoritos, también para los molestos arqueólogos submarinos que espantan la pesca, pero han traído progreso para los tres cayos. Ya en su bote, navega casi una milla hasta el lugar que más pesca le rinde en esos días, poco antes del Cayo Lobos en el norte del banco. Al llegar echa el fondeo y se arroja al agua, toma una sola

bocanada de aire y a bucear a pulmón... Algo, quizá la vista del cayo, le recuerda aquel día lejano cuando encontró al barco. Inglés, dicen. O escocés ¿No es lo mismo?

A más de diez metros de profundidad, al remover un posible escondite, su mano se había topado con un elemento pesado e inusual, algo metálico. Cavando alrededor surgieron más trozos metálicos llenos de herrumbre e incrustaciones. Volviendo a la superficie creyó ver la silueta de una gran embarcación de más de treinta metros de eslora en el fondo. Luego, buzos deportivos desenterraron buena parte, buscando tesoros que no encontraron. El tiempo volvió a enterrarla, hasta que los arqueólogos comenzaron un inventario de los naufragios del banco. Y Ángel volvió a su barco, ya como un baquiano.

Auditorio improvisado en la Sala de Armas del Museo Naval de la Nación, en Tigre. Talleres Nacionales de Marina en el siglo XIX. A su espalda, entre torpedos diversos y baterías navales, se encuentra colgado del techo un Exocet, misil al que le guarda especial cariño y respeto; y visita con frecuencia. Pero hoy asiste a una charla sobre arqueología subacuática mexicana y conservación de pecios.

El Banco Chinchorro es un ovalado anillo coralino situado a quince millas de la costa este de Yucatán, de unas veinticinco millas de largo por cinco de ancho, dispuesto en dirección sudoeste – noroeste. Por él, solo los navegantes muy experimentados han entrado y salido indemnes. En su interior hay tres pequeños cayos: Norte, Centro y Lobos, donde viven pequeñas comunidades de pescadores. Sobre el anillo, más de sesenta pecios que van del siglo XVI al XX: *San Andrés, El Niño, Cuarenta Cañones, Daniel, El Imposible, Araceli, Despistada, Far Star, Ocho Almas, El Ángel, Sospechosa, Fuego, Ginger Soul...* El poético encanto de los nombres de las naves contrasta con el cúmulo de desgracias náuticas. La vida en los barcos, a tres o cuatro dedos de la muerte.

Los arqueólogos subacuáticos han encontrado en el pecio redescubierto en el sur de Banco Chinchorro un ancla almirantazgo y tablazón, que remiten a astilleros ingleses. Y algo que ayudó a datarlo, las placas de Muntz, el forro aleación de cobre y cinc que cubría el casco, elementos que se comenzaron a usar a mediados del siglo XVIII. También había largos elementos cilíndricos de madera en lo que sería la bodega, que se terminaron identificando como troncos de palos de Campeche, o palos de tinte (*Hematoxylum campechianum*). Un cargamento con seguridad ilegal, más considerando la posible bandera británica de la nave, rebautizada ahora como “El Ángel”.

Al dirigirse a la salida del museo pasa despacio por las distintas salas, acompañado por la historia naval del mundo y su país, y no deja de pensar



en los tres o cuatro dedos... De regreso por la costa del río Luján, su atención recae con otros ojos en el astillero de enfrente, en cada chata, lancha colectiva y buceta o canoa y sus tripulantes isleños. Cruzando el puente trata de imaginar la vida de Ángel, el pescador de langostas.

Esa noche sueña que Ángel cuenta historias a sus nietos en la noche caribeña. De escurridizas langostas, de aquella vez en que lo persiguió un tiburón, de los barcos hundidos que hay en el fondo del mar, de aquella sensación de que el aire no alcanza para llegar a la superficie, de algunos nombres mayas de las cosas, del oscuro silencio azul de las profundidades...

Y de piratas, como aquellos que apagaban la luz del faro del Cayo Norte, y ponían una lámpara sobre una balsa más al poniente para confundir a los barcos mercantes, que así encallaban en el Chinchorro, y quedaban listos para el abordaje.

De vuelta encontrada con la mufa

*Lo peor es la calma (...)
La calma en sí, ese terrible vacío.
Mis Viajes. Vito Dumas.*

En un club náutico cualquiera. En cualquier momento

No, imposible, amigo. De ninguna manera. Sí, lo entiendo perfectamente, estamos en el siglo XXI, pero la gente sigue creyendo en muchas pelotudeces... A un barco con ese nombre, el club no le puede dar una amarra. No, yo no creo en la mufa, y tengo un gran respeto por el tipo, pero nadie va a querer amarrar su barco acá, y los socios van a poner el grito en el cielo... ¿Por qué no le cambia el nombre, el otro lo escribe en una madera y la deja en la sentina? No, no es que yo crea que cambiarle el nombre a un barco trae mala suerte, pero es la costumbre, son las tradiciones ¿vivo?

Río de la Plata - Colonia, Pascua de 1974

Ya no le quedaba nada por vomitar, pero la náusea y el mareo seguían. Con medio cuerpo en la cucheta de proa y medio en la amura de estribor, los bandazos no eran una caricia, pero sus veintipico los soportaban, sabía que navegar tenía cierto componente de sufrimiento. Crujidos varios, recipientes que rodaban por el piso, el gualdrapeo de la vela, el silbido del viento en los

cables y las risas de los tripulantes. Uno de ellos, su amigo Kike, el que lo había invitado al crucero. *Te conviene acostarte adentro y cerrar los ojos*. El sabio consejo ante su malestar. Lástima, el viaje había empezado muy bien y gozaba de la navegación. Solo hubo un momento de tensión cuando habló de Vito Dumas, un comentario al pasar. Allí aprendió que era mufa, que no se lo debía mencionar a bordo, que traía desgracia, etc. Algunos propusieron exorcismos diversos que involucraban a diversas partes de su organismo, por fortuna dejados de lado.

Sus antecedentes en la náutica deportiva: la ritual lectura veraniega de *Mis viajes* de Vito Dumas y vagos recuerdos infantiles a bordo del *Zonda*, reforzados por fotografías en blanco y negro. El *Zonda*... un dibujo de Campos, un poco más grande que un grumete. En las islas Bikini frente al puerto de Olivos, sentado en la arena, al lado de un ancla más grande que él. Tirando con su hermanito del cabo de proa. Y el poder evocador del olfato, siempre: el olor a sentina, a velas húmedas, a barniz y trementina, a barro y pescado en el astillero del Tigre. Y un sueño recurrente: él a bordo del *Edy* con el padre de su padre. No lo conoció, solo tenía una foto del abuelo Fritz al timón, en la que se incluía.

Pero ahora estaba en el *Beachcomber*, yola de diecisiete metros de eslora, barco escuela prestado para el crucerito. Había que cuidarlo, única recomendación de Jorge Protta, su dueño y comodoro del Club Universitario de Buenos Aires... Por su parte no haría nada que lo pusiera en peligro. ¡Peligro! Repentinos gritos e imprecaciones, sumados a un brusco cambio en la escora, le quitaron el mareo –como si la adrenalina lo hubiese anulado– y salió al *coc-pit*. Se estaba tratando de virar, pero a pesar de los esfuerzos del timonel, el barco permanecía con la proa al viento, y se iba de costado hacia el paredón de un espigón, que se hacía cada vez más grande. Sin gobierno, la fuerte corriente lo había hecho derivar. Una distracción del timonel de turno, de allí las puteadas diversas. Ayudó a soltar por la borda las defensas de goma, mientras oía la orden de prepararse para evitar o amortiguar el golpe. Fueron ocho manos al encuentro con la pared, que recuerda llena de musgo y helechos, y que pasó veloz como las imágenes de su vida, a centímetros de la borda, hasta que se la dejó a popa y se pudo terminar la virada.

Luego del respiro y el análisis de los errores cometidos, se puso rumbo al puerto de Colonia. Navegación tranquila y tripulación concentrada, amable conversación sobre temas técnicos y comentarios sobre accidentes en el río y su relación con el Innombrable. Silencio y miradas acusatorias. Pero absorbía con avidez todo ese conocimiento y hacía preguntas. Ante una exposición sobre la tensión que debía darse a los obenques y estays, aprendió por ejemplo,

que pellizcados, debían dar un Fa sostenido. Un obstáculo, pues siempre se había llevado música a examen. Al entrar a puerto surgió un problema: no figuraba en el rol despachado en Prefectura, pues lo habían invitado a último momento. Debía esconderse para que no lo vieran las autoridades de puerto. Podía ser encarcelado... Así que la sugerencia fue quedarse en la conejera de proa, tapado con las velas y hasta nueva orden. Cada vez que asomaba la cabeza, le susurraban *jabajo, abajo!* Terminada la maniobra al crepúsculo, escuchó aliviado que había pasado el peligro y podía salir. No fue la única vez en que se rieron tanto de él.

Nunca más se mareó a bordo, hizo cursos de timonel, en los que la categoría de mufa de Vito Dumas, era un contenido más a enseñar. Tuvo la suerte de reforzar mucho de lo aprendido, a bordo del Bahía Paraíso y del Rompehielos Irizar, en dos campañas antárticas. Allí aprendió que no solo mencionar al Innombrable trae mala suerte, hacer un muñeco de nieve en la cubierta del buque, también.

San Fernando, 1984

Poco tiempo después compró con un amigo un pescador de cinco metros de eslora, que estuvo más tiempo en tierra que navegando. Los dos socios aprendieron (es un decir) las artes del calafateo con pabilo y brea. Corina, que así lo llamaron, era muy celoso, dijeron, así que le cambiaron el quillote por uno más grande y pesado, artesanal y de cemento. Era raro estar fratachando en un club náutico.

—¿Cómo va Corina?

—Bien, estamos terminando el revoque grueso, después le hacemos el fino y listo...

No estaban muy seguros de su fijación al casco, el momento era grande y se movía un poco... Y navegando se movería más. *Riostras, póngale riostras y chau*, dijo Torrielli, el encargado. Así que abulonaron dos flejes de acero: una punta al casco y otra al quillote. El accesorio, le daba al patacho un aspecto de alíscavo. La única vez que lo pudieron hacer navegar, en lo mejor, el socio se mareó y hubo que volver. Vivían reformándolo, arreglando detalles, aunque les gustaba el paseo a San Fernando, ir al Puerto de Frutos del Tigre, comer en alguna parrillita... Nunca habían mencionado al Innombrable, pero problemas económicos y de falta de tiempo lo hicieron naufragar dos o tres veces en la amarra más barata que consiguieron. Es muy difícil tener un barco en sociedad: al socio le interesaba más lo periférico de la náutica. ¿Y cuál es el problema? respondía ante la crítica.

Al final le cambió su parte por una *Miranda Reflex*. Quienes luego lo compraron, navegaron de maravilla. Cuando el ex socio mejoró su capacidad adquisitiva compró uno más grande y de plástico. Entonces logró sus objetivos mayores: ponerse una gorra de capitán, y comer fideos a bordo, siempre en la amarra y sin pronunciar el nombre fatídico. Siguió mareándose al navegar.

Luego de esta pobre experiencia, hubo varias salidas con amigos a la barra del San Juan y a Colonia, en las que ahora sí disfrutó la navegada. Y hubo una tarde gloriosa en que fue invitado a navegar en el *Fortuna* y tuvo el placer de timonearlo. Habrá sido la falta de costumbre con un timón de rueda, o la emoción, que le costaba bastante mantener el rumbo...

Yacht Club Argentino, Dársena Norte, abril de 1932

—¡Qué asco! ¡Cómo quedó todo! Nunca vi tanta gente junta en este lugar, parecía una manifestación radical —dijo Charly.

—¡Cruz diablo! ¡Gracias, Uriburu! Una chusma nunca vista aquí. Pero bueno, el tipo se mandó una linda navegada en solitario desde Arcachón, che. No es moco de pavo, ya es un ídolo popular, qué le vamos a hacer. ¡Antonio! Otra vuelta de gin tonic...

—Ahí están amarrando Freddy y Macoco, ¡para cuatro, Antonio! Che Tobi, ¿pudiste hablar con el tipo, cómo era?... Dumas.

—Casi nada. Es entre hosco y tímido. ¿Sabés que no tiene ni el bachillerato? No tiene nada que ver con los Dumas españoles, franceses, ni con los del campo, che. Parece que es chacarero, dijo que no navegaría más y que se iba a trabajar un campito en Capitán Sarmiento o algo así. Un campito... El tipo no es del ambiente. Acá navegó un poco con barcos del Club Belgrano. Se fue a Francia a cruzar el Canal de La Mancha a nado, y no le alcanzó la plata. Compró el ocho metros clase internacional que estaba en tierra hace rato y hacía agua por todos lados. Se jugó a cruzar desde Francia y le salió bien. Bueh, más o menos porque le pasó de todo...

—También, achicando con balde, sin comida casi, sin abrigo. Sabés el frío que debe haber pasado en el Golfo de Vizcaya... Atérmico como los locos. Es un chiflado.

—Estuve a bordo del LEHG... Nombre raro, ¿no? Vos sabés que tenía una cocinita sin suspensión cardánica, el compás magnético era de los viejos y no tenía bomba de achique. Por eso los baldes. Precioso el *ocho metros*, pero en

los pocos minutos que estuve a bordo vi como hacía agua. Y adentro había que estar casi en cuatro patas, es un barco de regatas... Yo no sé cómo se animó.

—Y, dice que a veces sacaba ochenta baldes por día... ¡Antonio!

—Aquí estoy, señor. Disculpe, es que hay mucha gente, no doy abasto. Cuatro *gin tonics*, servido.

—¿Pasó algo?

—Hay *reporters* de varios diarios, por lo de Dumas. El club acaba de nombrarlo socio honorario.

—¿Y Dumas dónde está?

—No sé, están tratando de ubicarlo. Usted ya vio como es...

Yacht Club Argentino, Dársena Norte, agosto de 1943

—Che, ¿y Tobi?

—Salió con Macoco y Freddy, Charly. Dijeron que venían para el copetín. Mientras, pidamos algo. ¡Antonio! ¿Dónde se metió este tipo?

—¿Señor?

—Traéme un mazagrán bien frapé, y un gin tonic para el señor. ¿Qué te pasa que tenés la cara de mate lavado?

—Tuve una discusión con la comisión directiva. Pedí aumento de sueldo y se niegan...

—Bueno, Antonio. Ya te aumentarán...

—A mí en el sindicato me dijeron que por el tiempo y tareas que tengo asignadas, debo cobrar más.

—¿Sindicato?

—Disculpe pero tengo que seguir atendiendo. Si me necesita me llama.

—¿Te das cuenta, Coco? Esta revolución no es como la de Uriburu. Le están metiendo cosas raras a estos negros en la cabeza. ¡Sindicato! Este país se va al tacho. Psss. Además, mirá la roña que hay, la sirvienta se está rascando, habría que rajarla y chaupinela. Encima con la mugre que dejaron. Che, cincuenta mil personas ¿puede ser? Digo en la recepción a Dumas...

—¡No lo nombres, pastenaca! Es mufa. *Yetattore*. Decí "Innombrable" o LEHG II, al menos el barco de Campos y Parodi se dio la vuelta al mundo. Cualquiera lo hace con ese barcazo. Y bien que pidió guita prestada desde Sudáfrica, y me dijeron que el club le mandó sin consultar a nadie... ¿Será cierto?



Yacht Club Argentino, Dársena Norte, agosto de 1949

—¡Esto es el acabóse! Un civil ignoto, de ninguna familia bien, es nombrado oficial por Perón...

—¿Civil?

—El Innombrable, nada menos. Teniente de Navío de la Reserva Auxiliar del Cuerpo de Marina de Guerra. Ayer vi el nombramiento, Orden General 238, del Ministerio de Marina, por su pericia náutica y vocación por el mar, etcétera, etcétera. El máximo cargo naval que se puede otorgar a un civil. ¿Entendés Coco?

—¿Y el almirante qué dice?

—¿Qué va a decir? Que le van a ofrecer además la conducción de una Escuela de Náutica Popular o Nacional, algo así, para lo que van a comprar un barco, una goleta, dicen. Adiviná qué nombre le pondrán.

—Y, seguro le ponen el de la Perona, o justicialista...

—No, “Juan Perón”. Si todo se llama igual... Pero los marinos están que trinan... Un tipo que en plena vuelta al mundo fue agasajado por un submarino nazi ¿Sabías? ¡Antooooonio! Y cuando, antes de llegar al Cabo, lo paró una patrulla inglesa y le preguntaron si había visto naves alemanas, les dijo que no. Por eso les gusta a estos nazis...

—Necesito algo fuerte. ¡Antooooonio!

—¿Señor?

—¿Y vos quién sos?

—El hijo de *Antonio*, pero todos me llaman Toño. Mi padre ha enviado el *dínero* del pasaje a Santiago del Estero. Allí nací, pues.

—¿Y tu padre?

—Está de *vacaciones*, porque se las debían. Yo lo reemplazo y si me porto bien, seré efectivo. ¿Qué se van a servir?

—¿De vacaciones?

—No sabe si va a Embalse o a Chapadmalal. Tienen convenio con el gremio. No tiene que pagar nada, pero igual ahorró parte del *águinaldo*...

—Águinaldo, sí. Traéme un whisky doble, del importado.

—Que sean dos, Toño. Esperá ¿que opinás del Innombrable? —preguntó, desanimado, Charly.

—No sé de quién habla, señor...

—Eh... nuestro navegante solitario.

—Vito Dumas.

—Ese—dijo Charly, mientras hacía cuernitos.

—Un héroe, un ídolo popular, como el Firpo, *ía*. Dio la vuelta al mundo por la ruta imposible...

—¿No sabés que es mufa? La última que te puedo contar es que el domingo un memo pronunció su nombre en el barco de Freddy, y la botavara del mesa-na se partió ipso facto.

—Señor, con todo respeto, el marinero me *hai* dicho que dijo de achicarle paño porque soplabá un viento *bástante* fresco, era peligroso para la botavara que estaba media media, y el señor Freddy se *hai négao*...

—Traé los whiskies, andá.



En algún club náutico, dentro de poco tiempo.

...Vea, yo no creo en esa pavada de la mufa, y tengo un gran respeto por el tipo, pero nadie va a querer amarrar su barco, los socios se van a quejar (...) ¿Le parece? (...) ¿Tanto cambió la cosa? No, no vi el documental de Petriz (...) Mire,

voy a averiguar un poco más y lo charlo con la Comisión Directiva. (...) No, gracias a usted... Nos vemos.

El secretario del club, cansado de lidiar con esta historia, se dedicó a leer y tomar notas sobre todo lo que había sobre Dumas. Sus libros “Solo rumbo a la Cruz del Sur”, “Mis viajes” y “Los 40 bramadores”. Los de quienes habían escrito sobre él, revistas de época, reportajes a sus conocidos... Así descubrió que la pavada de la mufa nació en Arcachón: sus compatriotas bromeaban con que lo rodeaba la mala suerte: no había tenido éxito en sus cruces a nado del Río de la Plata, y ni lo había podido intentar con el Canal de La Mancha. Ahora con ese barco viejo “no llegaría ni a salir de la Bahía de Arcachón...”. Pero ¡caracho! si era cierto lo de la suerte, jamás habría salido del Golfo de Vizcaya en el invierno europeo, ni habría podido dar la vuelta al mundo en plena Segunda Guerra, doblar el Cabo... Sólo Al Hansen había logrado doblar antes el Cabo de Hornos en solitario (y no salió vivo) y Chichester más de veinte años después. *Es la hazaña más inaudita que hombre alguno haya cumplido en el mar.* Lo decía Jean Merrien en su libro “En los límites de lo posible”. El libro le recordó un comentario de un egresado del Liceo. En la biblioteca del Liceo Naval *había cantidad de libros escritos por navegantes solitarios: Slocum, Gerbault, Chichester, Moitessier, Tabarly... Pero ninguno de Vito Dumas, pese a que tres de esos navegantes lo nombraban con admiración. Ningún profesor de vela o de navegación nos habló de él.*

Slocum, Joshua Slocum... el primer hombre que navegó solo en todo el mundo. *¿Y ahora me vengo a enterar de que el Primer Premio instituido en su honor se entregó en 1956 a Vito Dumas por sus cuatro viajes en solitario con el LEHG I, el LEHG II y el Sirio, entre 1931 y 1956?*

Claro, la historia de la mufa después se reforzó por la envidia de la aristocracia náutica y también por razones políticas. La Revolución Libertadora del '55 le haría pagar caro a Dumas, ser nombrado Teniente de Navío por Perón, y popularizar la náutica.

¿Y qué pasó con el LEHG II? Un documental reciente arrojó luz sobre el tema. Dumas le vendió el LEHG II a la Marina entre 1947 y 1949, poco después del primer viaje a Nueva York. Después pasó a Prefectura y cuando encalló estaba en poder de la Escuela Nacional de Náutica. El naufragio fue en el canal de entrada al puerto, de ahí lo sacan con una grúa y lo abandonan en los astilleros Río Santiago. Rodolfo Petriz, en su película “El navegante solitario” comenta que quien consiguió la financiación para la reparación, a cargo de un tal Carlos Perdomo, fue el mismo Manuel Campos. Pero el Teniente de Navío Dumas no llegó a ver su barco reparado: había muerto el 28 de marzo de 1965,

solo homenajeado por algunos amigos y vecinos de Vicente López, sin la bandera nacional sobre su féretro, aquella que había paseado por los mares del mundo. Y el LEHG II descansa ahora y en perfecto estado en el Museo Naval de la Nación. En Tigre, donde nació.

En el mismo club náutico. En un deseable y cercano futuro.

Vea amigo. Tuve una serie de reuniones con la Comisión Directiva, nos peleamos bastante, pero al final venció la razón sobre los tilingos y la superchería del ambiente. Se entendió que había que reparar esta injusticia. Por voto casi unánime, hemos decidido hacer punta en esta patriada y aceptar que amarre su barco aquí, y con el dignísimo nombre de Vito Dumas. Y al que no le guste, que se vaya. (...) No, por favor, gracias a usted. Lo esperamos.

Entre Traslasierra y Tigre,
con mi agradecimiento a Rodolfo Petriz
2020/21

Sudeste justiciero

In memoriam Haroldo Conti

El tipo está armando un cigarrillo mientras espera. Papel *Ombú* y tabaco *Puerto Rico*, lo que se consigue en la despensa de la isla. Cada tanto un relámpago ilumina su cara de cuero. Empieza a contar: uno, dos, tres... y se asoman unos pocos dientes cuando escucha el trueno... Otro relámpago deja ver su capa de lluvia, y bajo la capucha el brillo de sus ojos. Negros como sus botas buenas, las de ir al pueblo. Podría tener tanto treinta años como cincuenta; se guarece de las rachas del sudeste y la lluvia detrás de lo que fue alguna vez un rancho isleño. La marea tapa más de la mitad de la escalera. Por donde mira no ve tierra, solo agua, le parece que el viento sopla con menos fuerza que hace tres, cuatro horas, cuando se encontró con el punto. Escucha al bote golpear cada tanto contra la escalera, y los remos que se mueven adentro acompañan el lamento de las viejas maderas del muelle. El canto de los sapos resulta ensordecedor. A lo lejos aúlla un perro, le contestan varios. *Toco toco toco* se va acercando una chata, se nota el esfuerzo del motor contra la corriente. Una larga y lúgubre pitada se traga cualquier otro ruido: la chata se acerca al recodo. Muy cerca, gritan gallinetas, protestan por lo bajo pajaritos, vaya uno a saber dónde están metidos.

Tras el paso de la chata, el oleaje parece que va a tirar abajo el rancho; el bote, los remos, el muelle hacen los mismos ruidos pero más fuertes. Cuando el agua vuelve, descubre parte del terreno por un momento. En ese momento escucha ladridos cada vez más cercanos, como cuando se acercó al rancho. ¿Serán ellos? Pero no escuchó ningún motor. *No van a venir remando estos cafishios...* Pasos, un chapoteo, silencio, el *allegro* de las olitas en el casco del bote. Palpa el metal en su bolsillo. Frío, se pega a la pared.

Un gran perro negro comienza a subir la escalera, se queda paralizado cuando mira hacia arriba. Al momento comienza a mover la cola y sigue subiendo. Es uno de esos perros isleños que se ponen contentos con los visitantes, a quienes siguen hasta que se van. El tipo rebusca entre sus bolsillos, y encuentra el resto del enorme ságuiche de milanese que se había comprado en el canal. *Tomá negro*, el perro se lo traga de un bocado, y feliz se tumba a su lado, en la parte menos mojada del piso. El tipo, cansado de esperar, se deja caer apoyado en la pared y se sienta a su lado.

Había esperado, también bajo la lluvia, en una calle de San Fernando, una calle tranquila, cerca de la casa de la calle Garibaldi, donde secuestraron a Eichmann hace unos ¿quince, veinte años? La sudestada azotaba los plátanos y la lluvia hacía brillar el empedrado. Cada tanto, un relámpago iluminaba la noche, entonces comenzaba a contar: *uno, dos tres, cuatro, cinco* ¡bum! El trueno. El tronco de un árbol lo guarecía de la lluvia casi horizontal, se distraía mirando cómo las raíces habían levantado las baldosas. Putos plátanos, encima le daban asma. Se moría por fumar, pero estaba complicado para armarse un cigarrillo. Muy de tanto en tanto pasaba un auto. La campanilla de la barrera lo alertó: último tren a Tigre. Cuando vio aparecer viniendo del lado de la estación a un tipo alto, calvo, luchando con el paraguas y el viento, comenzó a caminar hacia él hasta que creyó reconocer esa cara que sólo había visto en una foto. Su mano derecha, adentro del bolsillo del impermeable, se apretó contra la culata de la *Mauser 6.35*. Le volvió a la boca el sabor de la caña *Palanca* con que se había calentado un rato antes. Movié la corredera con la mano izquierda sin sacar la pistola del bolsillo y verificó con un dedo la presencia de la bala en la recámara.

En el momento en que se cruzaban, le preguntó por la estación. Sin parar, la presa le respondió con un gesto de la mano en el momento en que un relámpago le iluminaba la cara mojada. Era él. Entonces comenzó a contar. *Uno...* le molestó verle un arito en la oreja; *dos*, un tatuaje indescriptible en el cuello, *tres*. Trató de retrasarlo un poco, y le preguntó si era la estación San Fernando, *cuatro*. Cuando le contestaba que no, que estaba más cerca de Virreyes, *cinco*, comenzó el trueno que tapó los dos disparos al medio del pecho. Un instante eterno. Una mirada de sorpresa y horror, el fognazo, las chispas, el humo. Un agónico movimiento del brazo derecho como queriendo asirlo.

Al doblar la esquina, con el rabillo del ojo vio a Larca Goyechea desplomarse sobre la vereda rota por las raíces del plátano. Bajo la luz de un farol miró la hora en el reloj: las doce y cuarto. Apuró el paso al escuchar una ventana que se cerraba, no paró hasta llegar al canal. Tal como esperaba, las calles se veían desiertas. Un relámpago iluminó el agua empujada por el sudeste que comenzaba a inundar la calle. *Uno*, guardó la pistola en otro bolsillo, y *dos*, le

dio un beso a la petaca, mientras, *tres*, con la mirada buscaba el bote. *Cuatro*, *pensé que sería más difícil*. *Cinco*, bum, el trueno, el bote estaba debajo del puente, con la amarra tensa por la creciente que lo empujaba hacia arriba, a punto de tocar las vigas. Bajó por la inclinada cubierta de ladrillos que protegía la costa, cobró el cabo y saltó al bote. Se sentó en la bancada, puso los remos en los toletes y comenzó a remar contra la corriente. Nadie en las orillas. Al llegar al Luján aflojó la remada y se dejó llevar río arriba.



El viento lo empujaba a la orilla de enfrente, por lo que tenía que darle más al remo de babor. ¿Qué habría hecho el punto que había liquidado? *Se quedó con un vuelto*. Única información. Mientras le pagaran el resto de lo prometido... Con eso en mente llegó hasta el viejo muelle indicado. *Esperá ahí...* le dijeron, *y no llevés a nadie*. Estaba en la costa de enfrente, esa parte despoblada que algunos llaman *la selva*.

El perro, abrigado del viento y la lluvia, se había quedado dormido. El tipo recordó a sus perros, que teniendo toda la isla para sus correrías, saltaban de contentos cuando lo veían salir a su trabajo. Lo seguían corriendo por la plantación un poco adelante, otro poco atrás, se acechaban, jugaban a perseguirse, espantaban a los teros, ladraban a los que iban por el río... Le gustaba que lo acom-

pañaran mientras revisaba los injertos, sacaba los yuyos, combatía la mosquita blanca... Había un suspenso en la espera de ese frío que necesitaban los naranjos para despuntar ramas, pero que no llegara a helar en primavera, porque se quemaba la flor de manzano. Después los cultivos se achicaron, fueron toneladas las frutas tiradas al río por los bajos precios. El Puerto de Frutos terminó vendiendo artesanías y él cortando pasto, cuidando casas, haciendo changas y algunas cagadas por la zona, que lo hicieron esconderse un tiempo de la Prefectura. Aceptó este trabajo porque era buena guita, le permitiría poner un almacén por el Boraso o por el Arroyón, que se estaban poblando lindo. Ya había amasijado a un par antes, pero conocidos, conocidos hijos de puta: uno que no le pagó nunca las manzanas que se llevó, otro que lo quiso afanar cuando volvía de vender fruta en el puerto. Lo de hoy fue distinto, por encargo, pero al final salió bien...

La ensoñación terminó abrupta. El perro se puso a chumbar muy enojado mientras miraba hacia el río. Él también miró, pero no vio nada. El viento había calmado. Ya casi no llovía. Los sapos se habían callado. En el silencio de algodón que trae la crecida comenzaron a escucharse ladridos. Cada vez más cercanos. Eran perros de la costa que le ladraban a algún bote. Se acercó lo más que pudo a la orilla. Vio a lo lejos una lucecita verde y una roja, con una blanca encima. Un crucerito o un velero chico, de veinte pies más o menos; recordó que le dijeron de pagarle con mercadería, que la iba a hacer guita rápido. Serían cosas choreadas, seguro... Venían con el fuera de borda regulando. Al acercarse al muelle apagaron todas las luces. Era uno de esos veleros nuevos, de plástico, a bordo iban el que lo había contratado y un morocho panzón, con pinta de cana.

—¡Flaco! Ahí va el cabo, amarrá al muelle.

Trató de agarrar el cabo con la izquierda, porque con la derecha empuñaba la *Mauser* en el bolsillo, pero no pudo y se le cayó al agua.

—¡Con las dos manos, marinero! —lo cargaron entre risas.

No muy convencido, les hizo caso y esperó el cabo mientras relojeaba las manos de ellos. El agua estaba muy quieta ahora, y la luna asomaba cada tanto entre nubes huidizas.

—¡Ahí va!

En el momento en que manoteaba el chicote, vio el movimiento del morocho: una mano que iba hacia el sobaco opuesto. Antes de ver el brillo metálico le pegó un tirón al cabo que hizo tambalear a los dos a bordo. Un fogonazo, un estampido, un golpe y un intenso ardor en la pierna derecha, sobre la que se apoyaba, así que antes de pensar en tirarse al agua se cayó solito. El Negro ladraba como loco. Y luego el silencio, el chillido bajo el agua de una lancha a lo lejos... Los insólitos, inoportunos recuerdos del apagado sonido de un membrillo que cae del árbol y de la luz del crepúsculo entre los naranjales.

Se las ingenió para salir a la superficie debajo del muelle. Uno de los tipos había desembarcado y se movía y gritaba como loco, tenía al Negro prendido de un brazo. Entre las rendijas de los tablones, sus siluetas contrastaban con las nubes y la luna mientras un chumbo caía al agua. Sabiendo que disponía de muy poco tiempo, metió la mano en el bolsillo y encontró aliviado que todavía tenía la *Mauser*, mientras divisaba al que había quedado en el barco: se movía por la cubierta con un *Colt* en la mano

— ¡Al perro, tirále al perro, boludo!

— ¡Quedate quieto o te voy a dar a vos!

Un fognazo, un estampido. Silencio y quietud en el muelle. Un cuerpo cae al agua.

El morocho en el muelle, perplejo. mira por las rendijas del piso y lo último que ve es una luz cegadora y un tablón podrido que se hace añicos. Y lo último que escucha, sobre los gruñidos del perro negro, es el sonido de dos disparos. Cosas de la física, como el rayo y el trueno: primero la luz y después el ruido.

El tipo ahora está a bordo del velero fumando unos importados que encontró en la cabina. El Negro come restos de una pizza que encontró arriba de una cucheta. Sobre la otra cucheta hay un prolijo montón de bultos muy compactos del tamaño de un paquete de yerba de medio kilo. En la otra cucheta, adentro de una elegante valija, hay una cantidad de fajos de billetes como nunca vio en su vida.

Unos días después, el tipo come los restos del asadito de la tarde en una casilla del Carapachay. La radio apenas se escucha por el ruido de la lluvia sobre el techo de chapa y la interferencia de la tormenta eléctrica, pero presta atención a una noticia sobre el hallazgo en San Fernando de un velero varado y sin tripulación: un H 20, de nombre *Blanca*, con una importante cantidad de ladrillos de cocaína. El Negro le toca dos o tres veces la pierna vendada con una pata y recibe a cambio una costilla repleta de carne.

Iluminada por un relámpago, se destaca, en un rincón de la casilla, una valija. El tipo empieza a contar. Uno, dos, tres... Unos pocos dientes se asoman, le sonríen al trueno.

Mención Premio Literario Mujica Láinez 2019

Publicado en Antología Premio Mujica Láinez XIII Edición Notanpuan cuentos

La canoa vieja se hace bicho

¿Usted cree que los barcos tienen alma?
Don Juan Luis Areco a Pablo Pereyra

Algo me llamó la atención en él. La ingenuidad, la inocencia, esa cosa de marinero de agua dulce que recién había aprendido qué era babor y estribor. Pero que no iba a terminar poniéndose gorra de capitán para comer fideos a bordo. No se daba cuenta, pero algo buscaba. Y lo iba a encontrar...

Un crepúsculo sucio de tormenta lo encontró en el Paraná. ¿Cómo llegó tan rápido?... ni recuerda en qué momento encaró por el Capitán, con la cabeza en cualquier lado. Ahora tenía que bajar hasta el Canal Honda y parar en el Fondeadero, un lugar recomendado. Trató de mantenerse pegado a la costa, porque la corriente río arriba era muy fuerte. La lejana orilla de enfrente subía y bajaba que daba miedo. Frío. Por el Capitán no se notaba tanto, pero ahora a río abierto el Sur-Sudeste le puso la carne de gallina. Y empujaba la lanchita hacia la otra orilla, donde las ondas de la creciente dejaban ver ahora sí, ahora no, la hilera de lucecitas costeras contra el cielo rojo. *Rosso di sera buon tempo si spera...* Parecía como si todo el Río de La Plata se quisiera meter en el Paraná con viento y todo. Buscando algo de abrigo adentro, encontró una vieja campera que había dejado de casualidad, la última vez que salió con ella. Todavía tenía su perfume; con frío en la cucheta, la había abrigado. Dicen que la felicidad son momentos, pensó, ese fue uno. Este no, pensó también. Sacó la cabeza al aire frío maldiciendo el recuerdo que había vuelto. Lo que vio le heló la sangre. Km 55,7 letras blancas en un cartel negro, una enorme boya a la que lo empujaban de costado la creciente y el viento, ahí nomás...

¡Scheiße! A ver cómo sale de esta...

De un manotazo aceleró el Mercury a fondo mientras daba una violenta virada a estribor, contra la creciente y el viento. Con un chillido que nunca le había escuchado al motor, la maniobra dejó a la boya vibrando en popa, ahí nomás. La imagen era la de una lucha entre la fuerza del agua y la cadena que la tendría fondeada a ¿cuántos, sesenta metros? de profundidad. Le parecía que estaba siempre a la misma distancia, hasta que se empezó a alejar poco a poco. En ese momento lamentó no haberle hecho al motor las revisiones del manual. Y darle más bola al curso de Prefectura. Y ¿che, no es muy poco 40 HP?... llegaba a plantarse y se estampaba contra la boya. Pero no. Aguantó y salieron. Sin darse cuenta había cruzado más de la mitad del río. Aminoró y se puso a favor de la corriente y el viento para llegar a la costa. A pesar de que iba regulando, avanzaba muy rápido. La orilla, cada vez más cerca y vertiginosa, apenas se veía por una llovizna cada vez más gruesa. *Buon tempo si spera...* ¡Ja ja! Una entrada, un arroyo donde meterse y parar un poco. ¿Quién me mandó? flor de bautismo para el dominguero, ahora entendía por qué le decían así... En el piso un cuadradito de papel. Una foto de ella, caída de la campera, seguro. En la proa, sonrisa al sol con fondo de sauces.

—Me cago en... en... en vez de irme a un bar y bajarme una botella, se me ocurre salir con la lanchita. Que si no fuera por ella, habría aprovechado el dólar uno a uno para comprar un velerito. “Ay no, mejor una lanchita, que es más cómoda, el velero es para sufrir...”

Natürlich. Tienes razón Pedrito, era mejor un schnapps, o más, pero ya estás en el baile, ahora debes bailar. Métete allí.

Apenas vio el arroyo se mandó. Y respiró. Menos frío, menos movimiento, menos viento. Una luz bien al fondo y botes amarrados. “La Espera”, Almacén de Ramos Generales. Comidas. Alojamiento. El agua clarísima a un escalón del muelle. Y desembarcó puteando otra vez por el olvido del biche-ro. Y el chaleco, y los elementos de seguridad. Si lo agarraba la Prefectura ... pero ni ellos salían hoy.

Del almacén salía un ruido de vajilla y vasos, alguna risotada y también una luz blanca por la puerta y las ventanas. ¿Dónde se estaba metiendo? Mejor que estar cagado de frío y abrazado a la boya ¿no? Abrió la puerta y entró. El murmullo y los otros ruidos cesaron, hubo un par de ladridos mientras todos los parroquianos le clavaban la mirada. El soplido de los faroles de gas a querosén. ¿Sol de noche, no? Le recordó la infancia en La Cumbreci-

ta. Saludó como si fuera algo de todos los días y recibió como respuesta un murmullo en el que adivinó un buenas noches. ¿Se cortó la luz, no? La única respuesta se la dieron las bombitas apagadas colgando de los cables.

En el mostrador, frascos carameleros y sifones. Campanas de vidrio con quesos y sandwiches. En las paredes, anaqueles de madera hasta el techo: latas, botellas, velas, botas, alpargatas, harina, fideos, boyitas blancas y rojas. Cañas de pescar y una gran cabeza de pescado con la boca abierta llena de dientes... ¿Será el famoso dorado? De un rincón del techo cuelgan jamones y ristras de salamines. Un gran afiche de Menem muy patilludo y con traje verde. Pensar que lo voté. Otro de Alfonsín con el escudo radical. Pensar que lo voté. De rancia estirpe, cigarrillos Clifton. Un león pregunta *¿Volete la salute? Bevete il FerroQuina Bisleri*. Una rubia invita: Pinal, el gran aperitivo. En breve daremos a conocer las bases del 2º Gran Concurso Futbolístico Temporada 1936 con 12.000\$ en estupendos premios. Conserve las etiquetas Pinal para participar. Un par de chapas circulares rojas con letras blancas. Con ella, todo va mejor.

Nos gusta mucho este lugar, no me equivoqué. Gut, sehr gut.

Luego de los raviolos, plato del día, se queda tomando cerveza en la mesa compartida. Pedro Olsen, mucho gusto, me dicen Peter. No, Piter no, Peter. Por la pinta distingue isleños de la gente de fin de semana, aunque se entremezclan en las mesas. En la de al lado, muy concurrida, dos morochos isleños llevan la voz cantante. El resto escucha con atención y respeto. Dos perros duermen bajo la mesa.

—... yo le vi una vé que ‘taba baja la agua. Parece que quedó media tapada con la -agua del río hasta la cintura. Que la - agua le tapó por mediocuerpo. Así parece la piedra. Áhi ‘tá la piedra vieja, la itá-guaimí, que dice. Un gente de ahí me contó.

—Cosa de no creer, don. Allá en mi Corrientes porá, si entra alguien que no lo quiere, la laguna Iberá, la laguna, crece y se enoja, la laguna digo. Dice, me dijo una vieja, dice que si se desagua la laguna se va a fundí Pellegrini. Por eso no se puede desaguá.

—¿Cómo que se va a fundir? —se animó a preguntar.

La intervención provocó más o menos lo mismo que su llegada... Uno sirvió más ginebra en los vasos. Largo silencio, miradas comprensivas de los fin de semana.

—... se funde, m’hijo, desaparece el pueblo, se muere, vea. Ante, sé que se contaba mácosa y se oía más cosas de la laguna, vea. Ara se oye meno. Lo viejo

sabe mucha cosa, pero no quiere contá. E un gran misterio la laguna Iberá. Solo nohotro, lo mariscadore viejo lo conocemo a la laguna. Hay que ser valiente pa dentrá y mariscá.

—Y dígame, don Zenón, ¿que es eso de que sangran a veces los botes? — preguntó una rubia de vaquero y botas amarillas.

—Había una vez unos mariscadores que estaba en una isla por tomar mate, en una ranchada. Había una canoa vieja, boca abajo, ahí. Y dice que en una de esas se sentó uno de los mariscadores sobre la canoa. Taba aburrido y sacó el cuchillo y empezó a sacar una astilla de la tabla y sangró la canoa, che. Se sorprendieron. Y di áhi vino otro y dijo por eso no más, vamos a disparar, che. Y todos dispararon nomás. La canoa vieja que anda mucho en el agua se hace bicho, tiene vida. Se hace bicho.

—¿Y las islas que cambian de lugar?

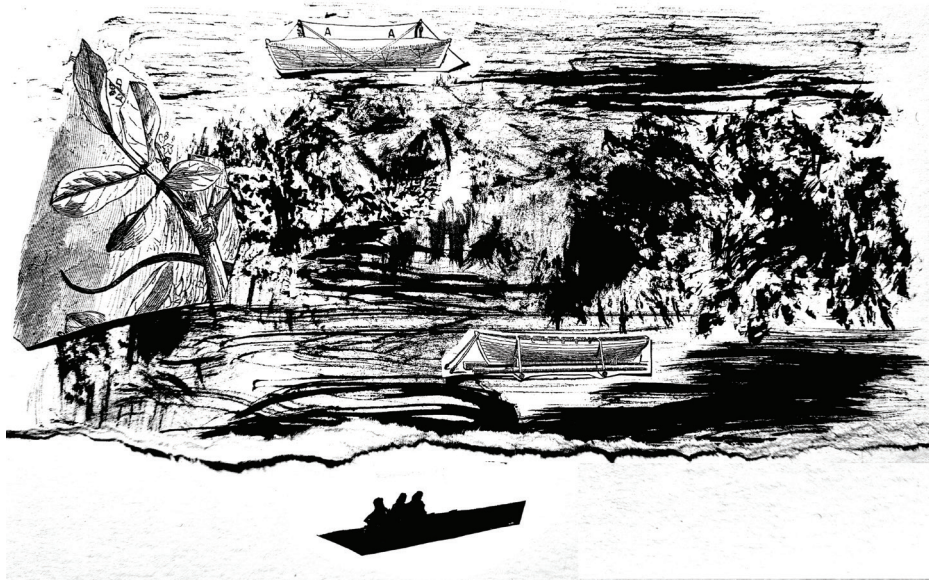
—Eso son lo embalsao. Pajonale que se entreveran con otras plantas y flotan. A vece tienen una ranchada encima, pero mejor no acercarse. Pasan cosas malas en algunos. Una vieja me dijo que en un embalsao donde aparecen uno burro blanco, hay una cadena de oro que ata un tesoro a un ambaí. Y mucho han tirado cuerda muy larga, pero no alcanzó. Es un embalsao muy grande y va de un lado a otro, siempre. El tesoro dice que tá - abajo, en la raíz. Con güeye, dice que no lo podían sacar el tesoro. Y tiene que ser eso, un encanto. Eso tiene que ser.

Y así siguieron entre ginebra y mate, hablando del Gran Moncholo, el Manguruyú, el Surubí -Yaguareté y los arroyos que desaparecen, y de los tesoros bajo una luz azul en la noche. Y cuidado con la luz roja que eso es el Tío, el Añá... Mientras, considerando el cansancio y que había empezado a llover fuerte, ya había decidido pasar allí la noche, para lo que encaró a la dueña del establecimiento.

En el momento en que iba a abrir la boca, un isleño flaco y con la piel curtida como cuero, que hasta ahora no había intervenido, preguntó en voz alta por el *sumarino* del *Durano*, por ahí ¡eh!. Un aullido lejano de perro, y la respuesta de los de adentro. El tipo se respondió a sí mismo.

—Yo le vi pues, de *mitã*. Tenía diez años.

Un relámpago iluminó el almacén.



Lo recuerdo perfectamente.

Y sonó el trueno, la tormenta estaba muy cerca. Después de un largo silencio, el ñato siguió contando, atento a la atención que había creado. Y Pedro, que había leído todo sobre la guerra naval, en especial la submarina, escuchó...

—Era una noche como hoy. Se había soltao la canoa grande y se la llevaba la creciente pa' dentro. Mi tata estaba subiendo las cosas pa' que no las agarre el agua y ahí nomá me dijo *garrala ante que se vaya má lejo...* Y ahí me tiré adentro' el bote, y el Tony atrás. Mi perro, que me seguía a todos lados. Metí lo remo en lo tolete y entré a darle como cuando le corría a lo morotí de enfrente. Siempre les ganaba. Cuando la alcancé, le amarré el cabo y empecé cinchar. No había luna y no se veía nada, che. Contra la corriente y con el peso que arrasaba era ma difícil, pero la ievaba, che, hasta que se atrancó en algo. Pensé que era un tronco, y empecé a cobrar el cabo. Ya la tenía cerca cuando el bote chocó con algo metálico que sonó como una campana. Era un casco enorme todo tapado con una red y plantas. Tenía pintada una "U" y un número que no me acuerdo. Cincuenta y pico... Quinientos, no sé. El Tony toreaba como loco. Y con un ruido de fierro que se golpeaban apareció una lú roja arriba, y ahí vi como un balcón de metal y aparecieron unos tipos muy barbudos, iluminados de abajo y que hablaban raro, menos uno. ¡*Amigos, amigos!* me dijo. Y yo me

quedé duro, agarrado del cabo, y no sé por qué no me dio miedo... Pero el Tony se metió abajo 'el banco...

El auditorio estaba absorto en la historia, menos algunos locales que se llevaban el dedo a la sien y le daban vueltas. Algunos pedían dejarlo hablar y otros se acercaron a la barra a pedir ginebra o cerveza. La cosa se fue diluyendo. Pero Pedro había escuchado a un marinero de la guardería contando una historia de un submarino en el Delta... El mismo que le dijo ayer, que no le convenía salir. De pronto la luz volvió. El flash de una foto eterna. El polvo y las telarañas, los afiches despegados de las paredes y las pisadas de barro seco en el piso. La mayoría empezó a ponerse sus capotes de lluvia y a buscar los remos. Los perros se desperezaban contentos y él se iba a dormir, pero cambió de idea y lo encaró.

— Buenas noches. Mi nombre es Pedro, Peter me dicen. Me pareció muy interesante lo que contó. ¿Cómo sigue la historia? si me permite preguntar...

— Ramón Amarilla, para servirle, señor. Sí, la historia sigue, pero nadie me cree.

— Yo le creo. Usted dijo que uno hablaba en castellano...

— Se llamaba Juan, los otros le decían Jans, pero era de Córdoba, y se había ido a pelear para los alemanes. Era descendiente de alemanes.

— Claro, la Segunda Guerra Mundial. ¿En qué año fue que le pasó?

— Y, yo ahora tengo cincuenta, sería el cuarenta y cinco.

— ¿Recuerda el mes?

— No, pero ya no hacía frío. Pa' mí era primavera. Cuestión que el que me habló, me dijo que me quedara tranquilo: "vení negro, somos buena gente", me dijo, "¿cómo te llamas?" Me daba un poco de gracia la tonadita, igual que la del cordobés Rearte que vivía al fondo 'el arroyo. Ahí me tiró un chocolate que estaba más bueno... Y después me tiraron un cabo. Y yo me subí, sabe, porque siempre me di cuenta si un gente es bueno o malo. El barco era todo de fierro como las chatas, y arriba tenía un balconcito donde había tres o cuatro gringos que me miraban como si yo fuera el Añá. Después bajé por una escalera de fierro. Adentro estaba lleno de gringos, y era un asco el olor. El cordobés me presentó a todos y me llevó a conocer el barco. Estaba lleno de lucecitas y chirimboles raros, y tenían camitas una arriba de las otras y un motor que parecía el de varias chatas juntas y salchichas y chorizos colgados, y todo con una luz roja.

— ¿La luz era roja?

— Sí, me acuerdo como si fuera hoy. Jans me dijo que era la mejor luz para acostumbrarse a salir ajuera y no encandilarte o para ver mejor en la oscuridad... Pero como no hacía falta, la cambiaron por una normal.

El efecto Purkinje. El tipo no lo estaba macaneando. Después siguió dando detalles que lo abrumaron. O había visto muchas de submarinos, cosa que parecía improbable, o era cierto lo que le contaba... Después Hans le pidió petróleo, dísel, gasoil, kerosén... Así que les llevó unas damajuanas de diez litros que afaná del almacén. Después de jurar que no iba a decirle nada a nadie. Para poder cargar las baterías, le dijo.

—Es que tenían dos motores, uno gasolero y otro eléctrico...

—¿Y con eso solo iban a cargar las baterías?

—No, espere, me dijo algo de que aprovechaban cuando había mucha corriente y el eléctrico y la hélice y qué se yo...

Ingeniosos. Desconectaron los diesel de los motores, embragaron el motor eléctrico y cargaron las baterías con la hélice. Si había corriente para moverla, se cargaban. El tipo no macaneaba. Después le contó que entre ellos había algo así como dos bandos, y que discutían mucho. Y que los fue a ver durante tres días. En una ocasión lo subió al Tony y le dieron una salchicha gorda. Después no se quería bajar.

—¿Y no contó nada en su casa?

—Cuando volví la última vez mi vieja taba preocupada porque mi viejo no aparecía. Al otro día lo encontraron ahogado en el Canal Honda... No fui más, después pasé por el lugar, pero ya no estaban. No sé cómo habrán salido. Pa' mí que aprovecharon la última creciente. Dígame ¿usted cree que la canoa vieja se hace bicho?

—¿Eh?

—¿Qué puede sangrar un bote y todo eso? Que los barcos tienen alma...

El sudeste hacía silbar las ramas de los sauces, iluminadas por la luna. El mosquitero medio suelto pegaba cada tanto contra el vidrio de la ventana. La madera de la habitación crujía, y se escuchaban pasos en las habitaciones vecinas. Un espiral para mosquitos sahumaba la estancia, y Pedro empezaba a ver distintas cosas en las volutas del humito azul, mientras se arrebujaba en el camastro y dejaba atrás los sucesos del día.

El silbido se hacía cada vez más fuerte y se transformaba en un aullido. Era la enorme boya, que tanto vibraba. La inscripción en letras blancas se hacía cada vez más grande. U 57,5. La corriente era fortísima, y no había oleaje pero sí enormes ondas. ¡Todo a estribor! Un claro en la orilla oscura, la desembocadura de un ancho río. Menos frío, menos movimiento, menos viento. Tranquilidad. El humo azul vira a rojo por la luz de la sala de mando. Olor a gasoil, a fruta podrida, a letrina, a tabaco de pipa. Un par de explosiones y el motor se

para. El barco visto desde arriba surcando el río oscuro. Parece *El corazón de las tinieblas*. Vivimos como soñamos... solos, decía Conrad.

—No tan solos...

Habíamos decidido no caer en manos europeas o yanquis, y venir a rendirnos a Argentina. Ese era el objetivo principal, creímos algunos. Pero lo ocurrido antes con el U 530 y el U 977 nos hizo cambiar de idea. El país aceptó su rendición, pero las presiones norteamericanas hicieron que el personal de ambas naves fuera enviado a EEUU. No no no. Entonces se nos ocurrió entrar en el Río de Plata y tratar de llegar al Paraná y por allí lo más lejos posible, abandonar el buque desmantelado y mezclarnos con la población. Confiaríamos en Hans, que conocía el territorio. Hasta que Schultz, el corresponsal naval, y Kreitlin, el comisario político, mostraron los dientes.

Tendríamos que habernos dado cuenta antes. Los dos eran de la idea de matar al chico. Pero los convencimos de que no era necesario. Ahora, con poco combustible y las baterías medio cargadas, la idea era remontar el Paraná hasta donde la crecida que nos sacaría de la varadura, nos llevara. Cuando llegó esa ocasión, el comandante ordenó volver al Río de La Plata. El proyecto era delirante: ubicar un proveedor y robar combustible con el bote inflable. Había uno en el Canal Honda. Repostar y volver al mar. Al encontrarse con la resistencia de los oficiales y resto de la tripulación, aparecieron aquellos dos, armados y nos ordenaron obedecer, a la vez que nos alertaron de que entre la tripulación había propia tropa y de incógnito. Cuidado con intentar nada. Parece que habían recibido una comunicación con nuevas órdenes, y el hecho de que ya no hubiese un Alto Mando a quien obedecer, no parecía importarles.

Nosotros, algunos nada y otros muy poco nazis, como era común en la Kriegsmarine, ya no queríamos saber nada con la guerra y la vida dentro de una lata. El comandante jugó una última carta e intentó explicarnos. “Entrar al estuario fue para hacer tiempo y recibir nuevas órdenes. Y éstas fueron hacerse a la mar como sea y llegar a un punto de la costa patagónica, que da a la estancia de una familia alemana. Desde la costa nos guiarán por radio, nos harán señales y desembarcaremos en los botes inflables. Eso es lo que intentaron hacer los comandantes Vermuth con el 530 y Shäffer con el 977. No sabemos cómo les fue”. Nosotros, al parecer también llevábamos una carga valiosa que había que desembarcar y no debía caer en manos del enemigo: personas, valores y documentos.

Decidimos obedecer, ¿qué otra cosa? Pero mientras esperábamos la crecida y aprovechando la intimidación que dan los aprontes del equipo y motores, logramos identificar a los pasajeros “valiosos”. Funcionarios de segunda y tercera que no resistieron la revisión que hicieron los oficiales junto con la tripulación conocida.

Seguro intentaban evitar los juicios por crímenes de guerra. Fueron reducidos, nos quedamos con sus Lugers y ya con las espaldas cubiertas, atacamos.

Los oficiales se ocuparon primero del comandante, quien se rindió con cara de resignación y cansancio. El ingeniero jefe y el cocinero lograron interceptar al corresponsal cuando se dirigía a la radio. Un forcejeo, un disparo. La única baja fue una weisse wurst ahumada que colgaba arriba de la radio... Por suerte los rebotes de la bala no le pegaron a nadie. Solo faltaba el comisario. Kreitlin se había escondido en algún rincón de la nave, que recorrimos de proa a popa sin encontrarlo. ¿Cómo era posible, con su gorda barriga cervecera? Alguien alertó sobre la escotilla abierta. Yo corrí haciaaaa ella.

—¿Quién cuenta ahora?

—Perdón. Ahora soy Hans. A veces somos todos juntos con la nave, y todos quieren hablar.

—¡Claro! Por supuesto.

—...corrí hacia ella y subí hacia la torreta. Había saltado hacia la costa, estaban las pisadas marcadas en el barro. Las seguí con cuidado hasta que lo encontré tapando un pozo con una pala. Pisé algo que crujió y reparó en mi presencia, sacó la pistola y disparó hacia donde yo estaba, pero yo ya me había protegido tras un grueso nogal de la isla, el piso estaba lleno de nueces ovaladas. Fuera de sí, disparó seis tiros más. Le quedaba uno. Le ordené que se rindiera y me contestó que ya nada tenía sentido en un mundo que no fuera nacional socialista. Y que además nunca íbamos a poder salir en reversa de ese río. Cuando le iba a contestar se metió la última bala de la Luger en la caapocho.

Luego, con los camaradas sacamos a la luz lo enterrado. Una mochila de lona con un pesado cofre de metal envuelto en varias capas de goma. Adentro había tres lingotes de oro, de fundición casera, joyas diversas, como de la bolsa de un ladrón de casas, y una buena cantidad de piezas dentales de oro. La rapiña previa a la internación y eliminación en los KonzentrationLager, algo en lo que muchos de nosotros no creíamos o no queríamos creer. Después de mucho debatir, entendimos que Kreitlin nos había dado una buena idea. No podíamos llevarnos todo pues sería decomisado si éramos descubiertos. Debíamos tomar lo más pequeño y fácil de ocultar en nuestras ropas y dejar los lingotes en el cofre enterrado con buena nota de su posición: muy cerca de la desembocadura del Durazno, dijo Hans que se llamaba. Al pie de un gran nogal de la isla, el único en ese lugar, el resto eran todos sauces

Cuando escuchó el silbido del viento en los sauces, la luna ya se había puesto. Por la ventana solo divisaba sombras, que por momentos tomaban la forma de un submarino. Y la historia siguió.

A pesar de lo que pensaba Kreitlin pudimos salir en reversa, gracias a una gran crecida, mayor que la que nos había dejado allí, en una noche sin luna como la de hoy. Con lo poco que quedaba de diesel y de carga en las baterías, salimos al Paraná y navegamos a profundidad de periscopio hasta donde pudimos llegar, la desembocadura de no sé qué río. No, era un canal. Canal Arias. Sí, gracias Hans. Y ahí mismo decidimos separarnos: algunos bajamos a tierra y caminamos hasta Escobar, otros hasta Dique Luján, y el resto en dos botes inflables remamos hasta Campana. Todos con los bolsillos llenos de nueces pecan y piccitas de oro.

Cada uno vendió el oro como pudo e hizo su vida. Nadie volvió a buscar el cofre. Todos pensábamos que alguno había vuelto al lugar, pero no. Algunos se quedaron en Escobar o Campana. La mayoría se fue a Córdoba y yo terminé en La Cumbrecita, me casé con tu abuela, nació Peter, tu padre, y después naciste vos en Alta Gracia y viniste a visitarnos muchos veranos.

Me sobresalté, aunque algo dentro de mí no se sorprendía.

—Peterlein: date una vuelta por la margen derecha del Paycarabí, a mitad de camino entre el Durazno y el Paraná de las Palmas, y llevá una pala, haceme caso... Buscá un nogal pecanero grande, el más grande calculo. Vale la pena un poco de trabajo, y vas a poder comprarte el veleerito, y llevar a navegar a mis bisnietos.

—Esperá. Esperen... ¿Y el submarino?

—El comandante no aceptó desembarcar, y se quedó en el buque. Nos deseó suerte y nos saludó desde la torreta con el brazo levantado y un sonoro ¡Heil Hitler! Poco después la nave realizó su última inmersión. Nunca vamos a olvidar la sensación al ver el burbujeo, de partirnos, hasta que, como ya habrás visto, volvimos a ser uno, todos los tripulantes y la nave, una sola alma. Danke schön. Gracias a vos.

Es de mañana, sol radiante. Peter está sentado en una mesa cerca de una ventana. La bajante en el arroyo arrastraba veloces camalotes, maderas, bolsas de basura... El café le trajo el denso recuerdo de la noche. Y también la idea de ubicar a Ramón Amarilla, y conseguir un par de palas.

Don Guillermo y el Bonito

...y a veces sabe andar un perro sin cabeza caminando sobre el mar. Otras veces se oye llorar al marinero muerto porque no pudo volver a su casa; y algunas noches todavía se ve pila de luces azules entre los fierros, y si te acercás ¡te siguen, eh!

Hace una dramática pausa en el relato, que es invadida por el sonido de la rompiente y el susurro arenal. Una ola pega en los restos del barco encallado y suena una campana afónica, algún chapón flojo. El sol poniente pinta de rosado la escena: él, la pareja de turistas, los niños y los fierros oxidados del Don Guillermo, varado en la Playa de la Calavera desde 1952.

—Pero si ven tres palomitas blancas, estarán protegidos, no les pasará nada.

Siempre andan volando juntas, cuidan a los pescadores y a los loberos, los curan o les avisan de cosas que van a pasar...

—Gracias señor...

—...Calimaris, Bonifacio Calimaris, Bonito para los amigos.

—Muchas gracias por contarnos esta historia. Mire, los chiquilines se han quedado mudos...

—Ta. Merece.

—Si no se ofende, le dejamos un refuerzo, es de jamón y queso. Nosotros seguimos caminando, para no llegar de noche al Cabo.

—¡Cómo no! Agradecido. Si escurece tienen la luz del faro.

—¡Gracias otra vez!

—Ta, tá.

Don Bonifacio, Boni, el Bonito, los mira alejarse y comienza a caminar hasta su rancho, ahí nomás, donde no llega la marea alta. Una casilla construida

con la madera que llevaba en sus bodegas el Vinho Castelo, naufragado en 1957. Mañana será otro día, y entonces cortará ese chapón medio suelto y algún bronce para vender en el pueblo. Caminará kilómetros por la playa, descalzo como siempre, no conoce de champions.

¿*Dónde está la caldera?* se pregunta mientras prende el Bram Metal nº 5. La pared lateral ostenta tres carteles de lata; la publicidad de Vacunas Cooper aporta más estructura que adorno. *En un rancho tan chico no se puede perder... ahijuna, te encontré.* La llena de agua y pone a calentar, mientras se come el sandwich. Casi todos los días tiene algo para comer y una caña Ancap, o alguna otra botella. A veces los turistas; otras, sus vecinos del Polonio, o de Valizas. Se sienta en el banco de madera mirando la puerta abierta que da al mar, y ceba mate con su thermos, apoyando la espalda en la pared trasera. Una pared como las otras, hecha de maderas que encontró playeando.

La playada, playeada. Una actividad ancestral del hombre, que camina mirando lo que el mar dejó, todos lo hacemos cuando caminamos por una playa. Pero en ese lugar donde la brújula enloquece y las tormentas empujan los barcos hacia la rompiente, hay mucho para encontrar en la resaca. Y un madero, un cacharro, un mástil pueden ser valiosos para quien no tiene nada más que un ranchito y sus artes de pesca. Y no hablar de un baúl o un cajón con ropa o utensilios... Hay que levantarse más temprano que los demás y caminar, más después de un temporal. Lo que se encuentra se clava vertical en la arena, o se marca de alguna manera, a la vuelta se levanta. Nadie lo toca, así es el código de la playada.

1952. Un jueves 24 de abril, el capitán Alejandro Skeletti comanda el carguero Don Guillermo en las cercanías de La Paloma, con muy mal tiempo. Con diecisiete tripulantes lleva una carga de madera –así dice el manifiesto– desde Buenos Aires a Porto Alegre. Va remolcando la chata María Josefina, con cinco tripulantes. El Don Guillermo es una barcaza de transporte de tropas y tanques, una de las quinientas cincuenta y ocho *landing ship medium* construidas en el astillero Brown Shipbuilder de Houston en 1944. Luego de cumplir su función en Normandía, fue radiada del servicio y de alguna manera llegó a la argentina Compañía Rioplatense de Navegación, convertida en carguero, a pesar de su fondo plano, especial para desembarcos en playas. Cerca del Cabo Polonio se corta el cable del remolque, y luego de los intentos infructuosos de recuperar la chata, se decide fondear, pero se pierde el ancla y luego la propulsión de los dos *Fairbanks Morse*. Los destellos cada doce segundos de la llama de aceite de lobo marino del faro, le anuncian la fatal proximidad de la costa.



La nave encallará al día siguiente en la Playa de la Calavera, un par de kilómetros al norte del Cabo Polonio. La chata aparecerá cinco días después en Río Grande do Sul.

El 25 de abril, Bonifacio sale de Valizas para ir a pescar. Mirando hacia el Polonio lo sorprende la imagen de un barco de más de cincuenta metros de eslora, bastante lejos del mar... Ya ha visto naufragios y barcos varados en la costa, el Governor Brooks, el Bisley, el Austria, la chata Cáceres, y el Juan Traverso ahí nomás... Pero nunca vio algo así. A pesar de la temprana hora, el barco ya está rodeado de lugareños curiosos... e interesados en la carga. Todos los ranchos de la zona están construidos o equipados con elementos conseguidos de los naufragios, y esta es otra gran oportunidad. No duró mucho la felicidad: enseguida llegaron los dueños del barco y pusieron orden. Bonifacio, el más



rápido y corajudo saqueador de naufragios, fue contratado junto con algunos compañeros para ayudar a bajar la carga, y luego le ofrecieron ser el vigilador.

—¿Nombre?

—Calimaris, Bonifacio Calimaris

—¿Lugar y fecha de nacimiento?

—Cabo Polonio, 16 de junio de 1905

—¿Domicilio?

—Barra de Valizas

—¿Calle y número?

—No hay calles, somos diez familias, Calimaris y Veigas. Pregunte por el Bonito, ¡eh! Mi sobrino es el farero del Polonio, ¡eh!

—¿Ocupación?

—Pescador. En verano trabajo en la lobería, en el Polonio y en la isla de Lobos.

—¿Estado civil?

—Casado

—¿Nombre de su esposa?

—Juana Eduardina Veiga.

—Muchas gracias.

—Merece. Bonifacio pasó entonces de ser lobero y pescador, a vigilador del barco, donde tenía destinado un camarote. Se ocupaba también del acarreo de agua y víveres. El respeto que los lugareños le tenían, impidió los saqueos.

Y acá salen buenos pejes, corvina, sardina, burra, anchoa... Sabiendo pescar no se pasa hambre. Y la gente me deja siempre algo, una botella, algunas latas. Estoy bien. En el barco estaba mejor, pero se lo comía la sal, se caía a pedazos, era un peligro seguir ahí.

No, le explico, era una barcaza militar de desembarco, dicen que estuvo en la guerra, en Normandía, no sé dónde es eso... Ese barco le dio trabajo a mucha gente. Sí, lo quisieron reflotar, cavamos un zanjón enorme, tiraron con dos remolcadores, y casi sale porque quedó flotando, pero no pudieron arrancar los motores porque no tenía combustible. ¿Mala suerte? No sé, medio abombáus los gurises. Si tenía fondo plano, adaptado para embicar en la playa... O no querían que salga a flote, por lo del seguro. Siempre fue muy oscuro todo el asunto. Decían que la carga era madera, pero sé que había motores, fierros, que los fueron descargando siempre de noche... Nosotros nos teníamos que ir, no podíamos mirar. Traían unos reflectores que iluminaban a día. Y tenían una parte de la bodega cerrada con soldadura. Y hay quien dice que llevaban armas, no sé si en el barco o en la chata. No, para Brasil no, para Argentina, para una revolución, un golpe contra el gobierno. De Perón, sí. Es que no pudieron desembarcarlas en Buenos Aires. ¿Qué sé yo? No pudieron, y tuvieron que seguir viaje y acá los agarró el sifonazo.

Me pagaron los primeros meses, y después no aparecieron más. Vendí cosas del barco, y ahora cada tanto le corto un pedazo y lo llevo a vender. Caminando por la playa, ¿cómo si no? De paso playeo. Y sí, me acostumbé a andar descalzo y se me hizo cuero en las patas, no me puedo poner un tamango, ni champiñones. No, pa' que voy a cerrar el rancho, si alguien lo necesita, que lo use, que deje todo como está, eso sí. Ta. Cuando me voy al pueblo pongo un cartel que dice más o menos: Por favor cuidar las cosas y no llevarlas. Limpiar y dejar todo en orden. Y algo más sobre el respeto y la comprensión, y bienvenidos, eso.

Al principio me quedaba mucho, pasaba un ratito por mi casa y me volvía enseguida al barco, estaba hasta dos semanas sin volver. Le tenía cariño a la costa y al barco también, porque me parecía que eran míos... Y me quedaba varios días solo, muy solo. Como estaba cerca de mi casa, mi señora venía a visitarme cada tanto, en el día no tenía tiempo de pensar mucho, pero en la noche ahí si me la pasaba pensando, caminando, pescando, recorriendo la costa, nunca tuve miedo. La tormenta más grande fue cuando encalló el Río Chubut, el barco argentino, fue la más brava, lluvia y viento también. La mar esa noche me llegó al rancho. En esa época hice muy buenas playadas, salían buenas maderas, tanques de aceite, cigarros en paquetes, yerba en barricas y cajones de manzanas. No es como ahora que lo único que trae el mar es espu-maplast. Sí, ustedes le dicen tergotop. Eh, telgotop ¡eso! Y también me encon-

tré con contrabandistas a caballo, y hasta tupamaros que les presté el rancho y se quedaron. Iban camino al Polonio, eran tres chiquilinas y dos varones, venían de Aguas Dulces y los agarró la noche. Creían que era más cerca y se habían perdido. Dos se fueron antes. No sé qué fue de ellos, pero en el Polonio se comentó.

Yo dejé la lobería para venir a cuidar este barco, y sí, duró poco la paga, pero no me arrepiento, acá soy libre, esto es poco pero es mío. No, la lobería era un trabajo que no extraño. Había que madrugar en invierno, soñando con el verano. Todo el día muerto de frío, sin comer nada caliente, remando en la ballenera o corriendo lobos por las rocas.

Nos poníamos unas medias de lana o nos envolvíamos los pies con arpillera para no patinar. Después mejoró, pero igual, prefiero esto.

Cosas que cuenta la gente. Para mí son simples pajaritos. Son tres palomas blancas que dicen que hace doscientos años que andan por la isla Encantada, que le pusieron así por ellas. Dicen que acompañan y protegen. Mi amigo Aquiles me contó que lo mataba el dolor de garganta, y una de las palomas le pasó rozando el cogote y se curó. Yo las vi muchas veces, es una alegría verlas, eso sí. Uno me dijo que vienen de la Antártida, que siempre andan donde hay lobos. Ah, la dama de blanco. Una señora muy paqueta, con un vestido blanco, solía venir cuando el barco todavía estaba entero.

Llegaba por marzo, abril y se instalaba en el Polonio dos o tres días. Daba vueltas por el barco, se quedaba mirando horas, después me saludaba y se iba. En el cabo decían que era la viuda de Skeletti. No sé, nunca me dijo una palabra más que para saludar ¡eh!

Igualmente, el gusto ha sido mío. De vez en cuando es bueno tener compañía en la caminata. Merece.

Atrás en la arena, solo quedan las huellas de sus grandes pies. Sigue caminando.

Un día igual a todos los otros días, el Bonito salió del rancho, vio el sol salir sobre el mar y respiró el aire fresco y salado. El Don Guillermo, treinta años después, era apenas un montón de chapas oscuras que emergían de la espuma. Sobre una de ellas se habían posado tres palomitas blancas. Se quedó un largo rato mirándolas, hasta que echaron a volar, le pasaron por encima de la cabeza y se posaron en el techo del rancho. Dieron unas vueltas y se fueron hacia el norte, volando sobre la orilla, confundidas con la espuma. Bonifacio volvió a entrar con decisión, salió con el cartel y lo clavó en la puerta.

Por favor cuidar las cosas y no llevarlas. Gracias. Limpiar cuando se retiren y dejar todo en orden. Las puertas se abren mas fácil siendo personas responsables que ser ingratas la amistad es respeto proteccion gratitud confianza seguridad y comprensión. Asi lo interpreto yo.

Bonifacio Calimaris.

Miró al Don Guillermo por última vez, comenzó a caminar con sus grandes pies descalzos hacia Valizas. Y no volvió más.

Gracias a:

Escribano Juan Antonio Varese por “De Naufragios y leyendas en las costas de Rocha”
Lic. Mabel Moreno de Bosch por “Leyendas, creencias y supersticiones de Cabo Polonio”

<https://www.histarmar.com.ar/> Histarmar (Historia y arqueología marítima)

<https://guambia.wordpress.com/2017/07/09/el-don-guillermo/>

Amanecer en el Delta (óleo)

Es de noche aún. Una fresca brisa del sur hace caer las últimas hojas de un sauce inclinado sobre el río. En la orilla de enfrente, un farolito de kerosén rescata de la oscuridad la popa de una chata muy quieta en su anguilera. De este lado se entrevé un pequeño puente sobre una zanja y más allá un grupo de árboles. El murmullo del río compite con el lamento marino de las casuarinas. A su espalda, el ritmo de los remos golpeando dentro del bote amarrado.

Arma su atril a pasos de la orilla y prepara sus lápices, la paleta y tubos de pintura. Y espera. Espera la luz. Y mira hacia donde tiene que aparecer esa línea que separe al río del cielo. Un bostezo. Un trino tímido de un pájaro. Un chapoteo. Otro bostezo. Calma. La brisa cesó.

¡Y allí está! El horizonte sobre el río, y negras siluetas de las islas. Nubes rosadas y una claridad que comienza a reflejarse en las aguas. La orilla de enfrente se ilumina, y de este lado ya se ve el puente y el caminado sendero que se pierde entre la masa oscura de los árboles. Casuarinas y cipreses calvos.

En la penumbra traza una débil línea de horizonte en el tercio superior de la tela, que es saludada por el grito estentóreo de las ipaca-à. Tira una diagonal de abajo a la derecha hacia la izquierda para la línea de costa y otra paralela más chica para la orilla de enfrente. El sauce inclinado corta las dos líneas, y también la entrada de la zanja protegida por empalizada. Ahora el puente paralelo a las orillas. La orilla de enfrente está cortada por la chata subida a la costa. En la toldilla de popa tiembla la luz del farolito, a la que va matando el amanecer. Y luego los árboles de esta orilla que se confunden con el monte del fondo.



Amanecer en el Delta. Bonifacio Famuceno Oroquieta



Toma el pincel y mezcla amarillos, rojos y blancos con los que pinta el luminoso horizonte, y por encima rosados nubarrones que se oscurecen con la altura. Resalta al puente luminoso sobre la zanja oscura, y pone rojo en el oxidado casco de la chata. Con distintos tonos de marrón le da relieve y tridimensión a los troncos de los árboles y de la empalizada. El agua del río ya tiene el color del amanecer en el horizonte, y se va oscureciendo hacia el primer plano, solo interrumpida por trazos cortos de pincel, el movimiento del agua.

Con marrones y apagados verdes, aparece el suelo con algo de vegetación donde no hay sendero, y el follaje de casuarinas y cipreses del fondo. Unos toques de verdes más claros iluminan la orilla de enfrente. Le lleva un poco más de tiempo el detalle de ramas y hojas cercanas. Se limpia las manos con un trapo empapado en solvente. Se aleja y aprecia su obra.

El amanecer en la isla está pintado. Ya es solo un recuerdo, como la luz del farolito en la popa de la chata.

El Turbio

(Muerte en la Hidrovía)

*“En una vuelta de campana
no se tiene tiempo a nada,
ni a respirar,
no hay punto de encuentro,
sino que cada uno corre por su vida.”*
Un testigo de la causa

La brillante mitad de la luna del 12 de mayo de 2012 ilumina el río Paraná. Faltan pocos minutos para las cuatro de la nítida madrugada. Dos barcos se acercan a la Vuelta del Este, entre Zárate y Campana. El Río Turbio, cargado con 2200 toneladas de arena, ya ha dejado atrás el puente Zárate Brazo Largo y baja corriente a favor a 8,8 nudos, preparándose para tomar la peligrosa curva de noventa grados, ese codo del río que abrupto tuerce al sudeste el rumbo sudoeste de las aguas. Al mando se encuentra el primer oficial Ramón Rodríguez. El capitán se encuentra descansando.

Contra la corriente, el remolcador de bandera paraguaya Ava Payagua empuja hacia Asunción la barcaza PAR6001, de ochenta y cinco metros de largo por veinticuatro de ancho, cargada con casi doscientos contenedores. Su capitán es Tomás Galeano y al mando se encuentra el práctico de zona sur Rubén Servian Armoa, quien antes de encarar la curva que lo obligará a tomar un rumbo noreste, lleva la nave más a estribor, hacia la margen izquierda del río.

En el canal de VHF por el que acordaron la maniobra de franqueo, mano con mano, cada uno por su mano, de pronto se escuchan los gritos de Rodríguez.

—Ava Payagua, no tenés espacio para pasar.

—Turbio, está todo bien, está todo bien...

—¡Ava Payagua, Ava Payagua! ¡habíamos quedado mano con mano, mano con mano, mano con mano!

Luego, los pitidos de emergencia de las dos naves y el llamado de Prefectura que no tuvo respuesta del Río Turbio, pero sí del Ava Payagua.

—...se me ha desgobernado el barco.

El Río Turbio era un LST, landing ship tank, buque de desembarco de tanques, construido en 1944 en un astillero de EEUU. Su eslora superaba los cien metros, su manga los quince y lo impulsaban dos motores diesel General Motors. Terminada la guerra fue comprado por un armador argentino y luego por la Armada, que lo denominó BDT8. En 1952, reacondicionado en el Arsenal Naval Buenos Aires, luego TANDANOR, pasó a transportar carbón desde Río Turbio, de allí su nombre actual. Su fondo plano era ideal para varar en las costas patagónicas. Luego de pasar por varias manos y reparaciones, fue vendido en 1965 a la Arenera Puerto Nuevo.

Con este barco, ahora con dos motores Man de casi 800 HP, la empresa extraerá arena del Paraná Guazú para transportarla al Puerto de Buenos Aires, dársena F, donde se encuentran sus oficinas. Como las normas obligan a naves de más de cien metros de eslora a operar con remolcadores, lo que encarece en gran medida la operación, se decidió acortarlo. Así, corte laser mediante, se le quitó una sección central de dieciséis metros, por lo que su eslora se redujo a poco más de ochenta.

Los payaguás eran guaycurúes del Chaco paraguayo. Ferozes, y grandes navegantes fluviales, ese no era su real nombre, sino el mote despectivo de piratas, con que los denominaban sus enemigos, los guaraníes. Una costumbre muy común de estos, que también llamaban querandíes (cuerpo con grasa) a los pampas. De todas maneras, payagua-ý (río de los payaguás) terminó nombrando al Paraguay, y mucho después al remolcador mencionado: Ava Payaguá significa “indio payaguá”. Construido en Malasia en 2009, tiene una eslora de treinta y un metros y una manga que no llega a los diez. En el Paraná, su nombre perdió la tilde final.

Horas después del accidente, un grupo espera en un pequeño muelle: familiares, amigos, compañeros... Un pesado silencio los envuelve, hasta que uno comienza a hablar, como continuando una conversación.

¿Sabe lo que pasó?, dijo sin dejar de mirar el corazón del río. ¿Vio lo que hacen en el rally? Cuando el auto está llegando a una curva cerrada a ciento cincuenta, lo cruzan al camino con un volantazo y el freno de mano, así llegan a la curva derrapando y ya enfilados, y ahí le dan para adelante.

Ni esperó a que alguien de los que estaban mirando allá lejos, hiciera un comentario. Y siguió, siempre con la vista perdida en el río, allá donde los buzos

tácticos hacían su triste trabajo a ciegas, a seis, ocho metros de profundidad en el barco varado de costado en el fondo barroso...

Es que el paraguayo, en vez de tirarse más al medio del río ¿vio?... y tener espacio para enfrentar la corriente, caer a estribor y enfilarse, se acercó más a la orilla. Eso es por no saber. Cuando la proa asomó a la curva, la corriente lo puso de proa al Turbio, y no tenía lugar para virar. No hay golpe de timón ni reversa que evite el choque. Por no saber, ¿vio? Yo no sé qué examen les toman a esos prácticos. Acá, si no sabés, no pasás...

Y se fue, moviendo la cabeza en un gesto de cansada resignación.

Yo estaba en la sala de máquinas, de pronto escuché el telégrafo que daba alguna orden, ahí nomás sentí las pitadas desesperadas del barco, no era normal. Y ahí mismo el choque, un ruidazo, un impacto terrible. Me tiró sobre una bomba, sentí que se partía todo. Cuando me fui para arriba ya se me venía el agua, y el barco se escoraba a babor, yo subía ya apoyado en el mamparo del costado. Abrí la puerta estanca. Todavía no sé como hice. Cuando estoy saliendo, miro hacia atrás y veo como si fuera un edificio de departamentos, una ciudad, una torre. ¿Contra qué chocamos? No entendía nada. Eran los contenedores apilados, y la torre del remolcador. Fui caminando por los mamparos, porque el barco estaba muy escorado, así llegué hasta popa, siempre por afuera, no vi nada adentro. Ahí el barco dio el campanazo, y algo me empujó al agua. No tuve tiempo ni de agarrar un salvavidas. El agua me llevaba de un lado a otro como un papel, y la succión me chupaba para abajo. Después vi un salvavidas circular, y ahí me aguanté. Hacía mucho frío, no vi a nadie en el agua, nadie gritaba. Solo veía al remolcador que me alumbraba de lejos, y escucho ¡ya te vimos, tranquilo! Se acercaron con un fuera de borda y me subieron. Hicimos un recorrido, gritando, buscando gente en el agua. Después me pasaron a la lancha de Prefectura, donde hicimos lo mismo. Nadie, no había nadie en el agua. Ahí empecé a sentir la hipotermia, me dieron mantas, llamaron a la ambulancia... Fue muy rápido, no rápido, muy violento, volcó mal, mirá que el Turbio era un buen barco. Yo estaba en el peor lugar para salvarme. Yo le voy a pedir a mi hija, a ver (...) Fue bravo.

El video de Conductores Navales, realizado a un año de la tragedia, termina con las lágrimas del único sobreviviente, Héctor Bogado, segundo oficial del Río Turbio, y escenas de una manifestación popular, cuyas pancartas reclaman...

¡POR UNA NAVEGACIÓN SEGURA EN LA HIDROVÍA!

¡BASTA DE MUERTES!

Sindicato de conductores navales

(...) al acercarse a dicha curva, a la altura del kilómetro 100.2, el imputado Servián Armoa, con gran impericia, llevó el buque aún más hacia la margen izquierda del río (teniendo en cuenta su nacimiento), de modo que alcanzar la baliza del kilómetro 100.6, donde se encontraba la punta de la costa en plena curva cerrada, y pese a sus intentos de girar a estribor, la enorme embarcación comienza a recibir la fuerte correntada que existe en esa zona, lo que provocó que mantuviese una trayectoria casi recta hasta la margen derecha del río, ocupando la zona de navegación (derrota) del buque arenero (...)

(...) tras el impacto, la velocidad del buque Ava Payagua se redujo a 0,0 nudos (fs. 2478 vta.). En relación a la mecánica de la colisión, el a quo concluyó que el impacto produjo la escoriación del buque argentino, resultando una avería de forma irregular de unos 15 metros de largo en sentido de la eslora por 2,5 metros de ancho medidos en sentido del puntal, todos bajo la línea de flotación. (...) produciéndose una vuelta de campana del buque Río Turbio en un tiempo aproximado de tres a cuatro minutos. La inhábil maniobra del imputado [Servián Armoa], al mando de una enorme embarcación de 116 metros de eslora, cargado de contenedores, puso en inmediato y claro riesgo de muerte a los tripulantes del Río Turbio, precisamente por la violencia del impacto (...)

(...) ...los pocos segundos transcurridos desde que el baqueano Rodríguez advirtió el peligro de abordaje y el enorme daño causado por un convoy de enormes dimensiones y peso (...) sobre un buque cargado, caracterizado por la circunstancia de que entre la cubierta y el agua haya pocos centímetros, a lo que se añade el hecho de que la barcaza no solo provocó daños, sino que montó su gigantesca estructura y peso sobre él (...) iniciando la escora del buque arenero (...)

...CONDENAR a TOMÁS EDMUNDO GALEANO MIRANDA a la pena de tres (3) años de prisión en suspenso y dos (2) años de inhabilitación especial, accesorias legales y costas, por resultar autor penalmente responsable del delito de naufragio culposo agravado (arts. 45; 20bis, inc.3; 29, inc. 3 y 196, segundo párrafo del C.P.)

Reflotado y reparado, hoy el Río Turbio continúa su pesca de arena en el Paraná Guazú y transporte hasta la Dársena F de Puerto Nuevo. Los gremios relacionados con la actividad, solicitaron en 2012 que se eliminara el privilegio de los buques de bandera paraguaya, de navegar por nuestras aguas sin embarcar práctico argentino.

El 22 de noviembre de 2019 entró en vigor el nuevo Régimen de la Navegación Marítima, Fluvial y Lacustre, conocido como REGINAVE, aprobado por Decreto Nro. 770/2019 del Poder Ejecutivo Nacional. En él se regulan las

condiciones de navegación de las embarcaciones de bandera paraguaya, equiparando las exigencias con las de los buques de bandera argentina, con énfasis en lo referente a la obligatoriedad de cumplir con las normas de practica y baquía.

Una historia más de la navegación por el río que los guaraníes llamaron Padre del Mar y los españoles La Bajada. La Hidrovía, para los capitales extranjeros.

El río Paraná, para nosotros.

In Memoriam

Capitán Gustavo Caracciolo.

Contramaestre José de la Fuente Sequeira.

1º oficial Ramón Rodríguez.

Jefe de máquinas Felipe Aguirre.

Marinero/cocinero Marcelo Córdoba.

Marinero Cristian Marmet.

Marinero Luciano Luna.

Algodón egipcio

Para J. B. Duizeide

El encuentro había cortado mi insensato ritual de ir y venir sin rumbo, como buscando una respuesta en la noche, algo. Algo que me hiciera olvidar una innecesaria mentira de meses. Porque a cualquiera puede envejecerle el amor y aparece de pronto otro rozagante y promisorio. Pero ¿por qué mentir tanto tiempo? De pronto me había encontrado con que el único refugio era mi viejo Ford Falcon. Con él di varias vueltas alrededor de una oscura rotonda sin saber cuál de las salidas tomar, no por ignorancia vial. Una de ellas me llevaba a cincuenta kilómetros, a la casa familiar que ya no era mía. De día es otra cosa, el problema es esa hora del regreso a casita... Luego de decidirme por una de las salidas, que había tomado sobre la base de un criterio tan válido como cualquier otro, me había arrepentido y había vuelto para encontrarme con la misma rotonda, en la que esta vez tomé la salida al centro comercial, ahí nomás, ir al locutorio a mandar un mail ¿a quién? A un par de amigos que siguen mi separeta, a una compañera de trabajo de hace años que apareció de la nada en mi memoria. Botellas al mar en una noche de preguntas sin respuesta.

El hambre me llevó a una de esas hamburgueserías impersonales, meta de sabatinos adolescentes. Luego de que me envolvieron un sánguche muy distinto al de la foto publicitaria, y de negar enfático la oferta de agregarle variados artículos por unas pocas monedas más, me senté a comer en un banco circular, que rodeaba a un cantero en el que dormía un gato y se marchitaban plantas de interior. Al segundo mordisco registré la presencia cercana de un tipo sentado a mi lado que me miraba fijo. Antes de que pudiera dar rienda suelta al racionalismo que me caracteriza, se levantó y abordó a un hombre que pasaba,

maletín en mano. El penoso fracaso de su objetivo lo reinstaló a mi lado, para volver a fijar su mirada en mí. Corté un pesado silencio ofreciéndole parte de mi bocadillo, hasta hice ademán de comprarle uno.

—No tengo hambre. No tengo otra cosa que hacer, no sé qué hacer...—me dijo. Había conseguido mi atención.

—¿En qué lo puedo ayudar?

—Dígame quién soy.

¿En qué categoría superior a *había conseguido mi atención*, debería clasificar la situación?

—¿Por qué me miraba así?— le pregunté.

—Disculpe, usted se me parece, pienso que es el único que me puede ayudar, un semejante. ¿Piensa usted que esos colegiales que toman coca cola para bajar esa atrocidad culinaria pueden ayudarme?

—Y no, la verdad...— le contesté mientras me daba cuenta de que no era muy distinto del loco suelto que era yo.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy docente, a veces escribo textos para editoriales escolares.

—¿Es maestro?

—Biólogo, profesor de biología. ¿Y usted?

—No sé quién soy ni qué hago ni dónde vivo... estoy tratando de averiguarlo, pero cuando pido ayuda me toman por loco. Usted es el único que me respondió de alguna manera.

—¿No tiene una billetera, documentos, algún papel en el bolsillo?

—Tengo una billetera con algo de dinero, pero no tiene tarjetas ni documento alguno. Nada más. ¡Espere! Tengo un papelito con una dirección...

San Martín y Belgrano. Cientos de esquinas así en el país, pero era un dato.

—Y ¿hace cuánto que se encuentra en esta situación?

—No sé, de pronto me encontré aquí, me acerqué a gente para pedir ayuda, pero ¿qué puedo decir? Usted fue el primero que me prestó atención.

—¿Y qué piensa hacer?

—¿Qué me sugiere?

Justo a mí me preguntaba eso...

—¿Vamos a una comisaría? Seguro que ellos...

—¡Ni se le ocurra! —me dijo tajante y nervioso.

Problemas con la cana, me dije. Pero no tenía pinta de chorro, en realidad no tenía pinta de nada. ¿Y yo? ¿De qué tenía pinta?

Y hablando de pinta... Se acercó el punto de seguridad y encaró al tipo, mientras me relojeaba de costado.

—Ni se le ocurra que va a dormir acá, ¿me entendió?

El tipo lo miró como quien mira televisión sin ver. Y luego me miró a mí.

—Vamos al auto y vemos qué hacemos –dijo alguien desde adentro de mí.

El tipo accedió y me siguió hasta el Falcon. Prendí el motor, con la idea de tener un poco de calefacción. Se sentó, cerró la puerta, se puso el cinturón de seguridad y miró hacia adelante como quien se prepara a viajar.

—Rumbo uno ocho cero –dijo muy resuelto.

—¿Qué dijo?

—¿Cuándo?

—Recién, mencionó algo así como rumbo y unos números...

—No sé, cada tanto me salen palabras que no sé qué significan. ¿Qué dije?

—Espere... Dijo rumbo uno ocho cero. Eso en un barco significa que el destino es el Sur, Tierra del Fuego, Antártida, yo fui un par de veces y lo escuché otras tantas.

—Es cómodo este auto, grande... Pero tiene olor a sentina.

—¿Cómo?

—Sentina, el fondo de los barcos, mezcla de agua sucia, combustible, olor a cerrado y a pintura, es un olor muy particular.

—Sí, entendí, ya sé lo que es una sentina... Es que ando por caminos de barro, y un par de veces patiné y me metí en zanjas llenas de agua. Tiene razón, es ese olor. ¿Le molesta?

—No amigo, al contrario.

—A mí tampoco. Serán esas ganas de tener un barquito.

—Yo tuve uno por un tiempo, era un viejo pescador, que usaban a motor, pero le acomodé un quillote y le puse unas velas viejas que tenía...

—¡No me diga que las velas eran de algodón egipcio!

—Sí, ¿cómo lo supo?

—Se me ocurrió que, si eran viejas, tenían que ser de algodón egipcio, mi padre navegaba también.

La charla continuó mientras el Falcon nos llevaba por la ruta 197 a un lugar dictado por rincones de mi memoria, activados por el extraño personaje. Talar, Pacheco, el acceso Tigre, la avenida Libertador. Hacía muy poco que había descubierto que Don Torcuato, donde enseñaba en un colegio, pertenecía al partido de Tigre. *El Tigre*, donde yo iba a pasear con mis viejos y aprendí a remar. Después de un rato recordé que tenía una guía Filcar y se la di para ver si lo ayudaba a ubicarse. La miró con exagerada atención mientras hablaba del barquito... ¡Barquito!

—¿Dónde lo tiene amarrado?

—Lo tenía, por San Fernando, pero se me hundió dos veces en la amarra, por no poder ocuparme, al final cambié mi parte por una cámara, una Miranda reflex.

—¿Tenía un socio?

—Sí, lo compré a medias con un amigo. Pero resultó ser uno de esos que tienen barco para comer fideos a bordo en la amarra, con una gorra de capitán... Y además se mareaba en el río.

—Sí está lleno de esos... Mi viejo tenía su velero acá en Olivos, en el YCO. Era un dibujo de Campos. Vamos al puerto un rato, y vemos el río.

—Déle. ¡Qué cosa! Ahora que miro bien, yo viví por acá, en esa panadería comprábamos pan y facturas cuando iba a navegar con mi viejo.

—¿También tuvo un barco acá?

—Sí, pero yo era muy chico. Lo vendió cuando yo tendría seis o siete años.

—Pero recuerda bastante...

—Sí, al salir de puerto, quedaba la escollera a estribor, y había un momento de tensión: embocar la manga para cargar agua. Ahí nomás había unos bajos que llamaban islas Bikini, donde parábamos y nos bañábamos. Decían que las había hecho Perón. Otras veces llegábamos hasta el Pajarito. Linda época.

—Igual que nosotros, supongo que muchos harían lo mismo. De chico iba con mis amigos a caminar por la escollera y tirar piedras, hacer sapitos hasta que nos rajaba la Prefectura. A veces me iba solo a la playa detrás del Centro Lucense a tomar sol y escuchar al negro Martinheitz en la Hitachi a pilas. Así descubrí a Serrat, cuando cantaba *se equivocó la paloma*.



Y entre risas y recuerdos llegamos al Puerto de Olivos. La luna sobre los barcos fondeados, y la música de las drizas golpeando en los mástiles. El imponente edificio del Yacht Club Olivos, que supo ser la *boite* Fantasio en época de mi abuelo. *La Nelly*, parrilla eterna. Las areneras. El aviso Gaviota fondeado para hacer de club náutico popular. Y un agujero en las amarras: el Zonda no estaba, hacía muchos años que mi viejo lo había vendido, yo era muy chico, pero me quedó el olor de la sentina y la humedad de las velas de algodón egipcio.

En ese momento se me ocurrió que no sabía su nombre, y cuando me volvía para preguntarle, alguien me golpeó el vidrio.

—Buenas noches. Disculpe, no puede estacionar aquí, está reservado para Prefectura —me dijo un uniformado de *beige*.

—Ya nos íbamos, solo paramos por un momento, estábamos recordando viejas épocas...

—¿Con quién?

—Con el señor... —que ya no estaba a mi lado.

—Bueno, vaya, vaya, tranquilo, está todo bien, pero deje libre este lugar.

—Sí, déme un minuto.

Me bajé del auto y miré alrededor. ¿Dónde se había ido? Ni siquiera sabía su nombre. Me puse a mirar las amarras... Solo había una luz de farolito en un pequeño pescador que levantaba velas. Por un instante, una racha movió al pescador y el farolito iluminó un barco muy parecido al Zonda.

Me fui del puerto con las ventanillas cerradas, gozando del olor a sentina del Falcon.

Rumbo uno ocho cero.

Carrizo y junquillo

(Diario de Soledad)

Para Verónica Williams.

14 de abril

Ha dejado de llover, el viento fresco promete un otoño en serio y las *ypaca-á* gritan cada vez más cerca. Ahora, una de esas gallinas locas voló hasta la veranda y está en la silla mía. Espera que le tire migas. *Aramides ypecaha es el nombre científico, primero mayúscula y luego minúscula, género y especie.*

Las colectivas ya dejaron de roncar, y si alguien bajó en el muelle, ya tendría que estar llegando...

Nadie llegó. Las *ypaca-á* no gritan más. Como la luz se cortó, prendí el sol de noche. ¡Pof! se hizo la luz, y también el oscuro y húmedo silencio de la isla. Afuera, apenas lamidas por el farol, las sillas resaltan contra el monte. De tanto estar afuera están cada vez más pálidas.

15 de abril

Pasó el domingo y no creo que venga en la semana. A esperar hasta el sábado, otra vez.

“El celular está apagado o fuera del área de cobertura...”

17 de abril

Muero de cansancio. Un día fatal. El Villa no arrancó y tuve que ir a la escuela remando. Los pibes estaban insoportables, creo que yo también. Estuve todo el tiempo mirando el reloj y esperando que termine la hora. Además la



dire me llamó la atención por el desorden de mis cursos en el día de hoy. Intenté justificarme; que el motor, que la guita y lo demás. Pero los chicos no tienen la culpa y los problemas se dejan afuera del aula y el compromiso con.

Por suerte volví con corriente a favor. Pasé por el arroyo donde le había ayudado a recolectar yuyos, especies herbáceas. *Hay tres estratos de vegetación en el monte: arbóreo, arbustivo y herbáceo ¿entendés?* En esos días el monte era luminoso allí, y me encantaba aprender cosas de mi isla. Pero ahora el arroyo es fantasmal y triste.

Hace una hora que amarré el bote y estoy en la silla mía. No hago nada, solo escribo algo cada tanto. La otra silla, la vacía, me resulta patética, como mi vida.

El rocío y los mosquitos me hicieron entrar. Prendí un espiral que me trajo olor a una de esas noches de verano, una interminable noche de amor. Nos des-

perió el sol de las diez de la mañana, la mañana de un día perfecto con asado al mediodía, mate a la tardecita en la veranda y cena con restos del almuerzo. Un día que parecía un comienzo, resultó ser el final.

18 de abril

Noche. Releo las páginas de marzo. Nada que decir.

19 de abril

Noche. “El celular está apagado o fuera del área de cobertura...” Una y otra vez.

22 de abril

Noche. Me pongo a corregir los trabajos sobre Juan L. Ortiz. Pero me voy con él...

*Era yo un río en el anochecer,
y suspiraban en mí los árboles,
y el sendero y las hierbas se apagaban en mí.
¡Me atravesaba un río, me atravesaba un río!*

Medianoche. Juanele me empujó al muelle. La niebla flotaba pesada sobre el arroyo crecido, y exploraba rincones de la costa. El agua corría límpida por encima del primer escalón. Un motor agujereó el espeso silencio de la marea, un chillido cada vez más cercano. Un Yumpa en una canoa isleña. Una mirada furtiva a mi farolito. Un amistoso saludo con la mano. Y el bote del vecino se alejó arrastrando remolinos de niebla por la popa. Por un momento, a pesar de todo me sentí feliz en mi barrio isleño. La isla me abraza.

23 de abril

Llueve desde la mañana. Día de limpieza. Dando vuelta unos almohadones aparecieron unas plantitas secas aplastadas entre papeles. *Así se hace un herbario ¿ves? se ponen las plantas entre dos hojas para que se sequen.* Ramitas secas, semillitas negras como perdigones, otras como pequeñas lentejitas. En el mismo papel estaban escritos los raros nombres. *Hymenachne grumosa* y *Juncus imbricatus*. El carrizo y el junquillo (algo aprendí) Algunas partes habían quedado pegadas al papel, otras habían dejado un bajo relieve. ¿Qué hago con esto? No me siento muy bien, algo que comí... Me quedo mirando por la ventana. Las sillas ni se ven...

30 de abril

De mañana. Sigo con molestias, me voy a la salita del Capitán, a la vuelta haré unas compras.

10 de mayo

Recién ahora puedo abrir el diario otra vez. Todavía estoy en blanco, como cuando volví de la salita, pero con diez días más de embarazo...

Noche. Preparando las cosas para la escuela, aparecieron el carrizo y el junquillo. Los metí en la salamandra, que sirvan para algo.

11 de mayo

Una hermosa y fría mañana de otoño. Abrí la salamandra para prenderla. Ahí están, carrizo y junquillo, aplastados en el papel... "El celular está apagado o fuera del área de cobertura..."

Noche. Enmarqué el carrizo y el junquillo de tal forma que quedaran los nombres científicos a la vista, y los colgué en la pared, al lado de la ventana. Quedaron preciosos.

Afuera, las sillas resplandecen a la luz de la luna.

Infierno y virada

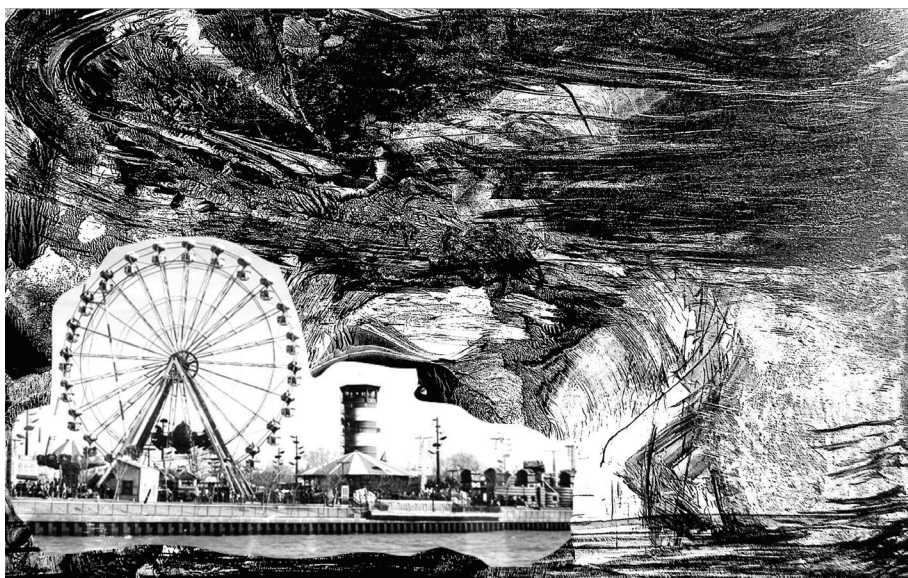
Sí, el fuego había llegado a la ciudad. Su perfil ya no es el mismo, la aguja de San Isidro no existe más. ¿Dónde están los edificios de Puerto Madero? Todo es una humeante meseta de escombros con pequeños fuegos aislados. Lo mismo que entrevió de noche en La Plata. La radio sigue muda. Solo hay algunas velas en el río, y flotan restos de plástico quemado. Las primeras luces hacen aparecer canoas y botecitos, con gente desencajada que ha dejado de remar y se deja llevar por la corriente. A dos o tres veleritos de vuelta encontrada les cede el paso, atento a lo que puedan ser esos oscuros caños que empuñan sus tripulantes. No ve grandes veleros, cruceros, ni lanchas con motores fuera de borda.

La virada le muestra una panorámica del noroeste, que despide al cielo densas columnas de humo gris. El contorno de las islas ya no es verde. A un descuartelar ahora, amurado a babor y rogando que no encalme, de refilón ve el humo que sale de Colonia.

Rumbo 120, vuelve al mar, origen de la vida. Y final. La brisa amaga virar al Sudeste. Ojalá, un viento fresco que se lleve este infierno.

Coda

El Abad se tomó un momento antes de encarar el documento encontrado en la torre. Necesitaba un poco de aire. Salió al balcón que rodeaba al edificio y descansó la vista en el vasto paisaje del río, que el crepúsculo comenzaba a teñir. En un largo y negro bote llegaba el Inquisidor, un remero lo impulsaba desde un costado con un largo remo. La forma abananada de la embarcación compensaba el rumbo originado por la remada lateral. Había sido encontrada en un galpón cercano, un museo quizá; reparada y calafateada se podía utilizar en aguas tranquilas. Entonces fue destinada a la autoridad; el Historiador dijo que se llamaba gándola o algo así.



Afuera se sentía más el calor, pero necesitaba salir y estar solo un momento. Abajo, las olas lamían las ventanas de la planta baja, y allá a lo lejos, entre metálicas y extrañas estructuras aéreas, el testigo más importante del pasado de la región, una oxidada *vuelta al mundo*. Así la llaman desde siempre, de seguro una diversión, una gran rueda de fierro de cuarenta metros de altura con asientos colgantes. La parte sumergida no resistiría mucho más el peso del resto, y la marea alta traía agua salada... De los asientos solo quedan unos pocos, y uno de ellos, bastante entero, está arriba de todo, simbólico e inalcanzable. En la lejana costa de enfrente, el casillaje de dos grandes barcas varadas lucha contra el óxido y la podredumbre. De sus aberturas sale una mortecina luz. Una decena de veleros grandes y chicos, entra y sale de puerto. Al suroeste columnas de humo de infinidad de fogones señalan las ruinas que emergen del agua. El resto de los puntos cardinales, agua y más agua del dilatado estuario.

Cuando volvió adentro encontró una acalorada discusión sobre la antigüedad y origen del documento, entre el Sátrapa, el Historiador y el recién llegado Inquisidor. Era seguida con atención por los monjes, que no se atrevían a opinar. Más atrás, apretados en una esquina, el cocinero, sirvientes y demás integrantes del personal, rodeaban a uno de ellos, el vigía Francisco, quien había encontrado el histórico material.

—Escuchadme, por favor. Trataré de contestar todas cuestiones. Primo, Francisco, nos contará detalles del descuberto.

Francisco se acercó sudando más que los demás, intimidado por las inusuales presencias de la autoridad, y procedió a dar la información con su pobre vocabulario. Para los que no conocían el lugar, primero describió su puesto. En lo alto de la torre, en un pequeño cuarto rodeado de ventanas, tiene un camastro y un brasero. Una cadena cuelga del techo, con la que repica la campana para dar alarma. En un antiguo armario metálico están sus pocas pertenencias. Hecha la descripción, fue al grano. Al guardar los enseres del almuerzo, observó con el rabillo del ojo y por la ventana del norte, intrusos en el río. Al prestar atención, notó que no eran de la zona, a juzgar por sus embarcaciones. Apurado por tocar la campana, tiró todo al fondo del armario y lo cerró. Pasado el peligro, descubrió que el fondo oxidado había cedido y revelado un compartimiento oculto. Allí se encontraba un sobre hermético con inscripciones...

—PNA, *Delta, isla*, —dijo el abad—. Grazie, filio.

—Eh, y en el fondo del armario vide un gravado de dois remos cruzate con las parolas... *Ruder Verein Teutonia* —agregó Francisco.

—Credo que puede aportar algo a la comprenzione del documento, ¿no es así Historiador Torfari? —preguntó el Abad.

—Veramente, mi Señor. Esas inscripciones, sem sombra de dúvida nos hablan de la función que cumplía esta construção durante séculos pasados. Ruder es “remo” en doiche, lo cual se apoya en el diseño. Verein es societé o algo así, y Teutonia remite a la mitología sajona. Con respecto a los acrónimos, ainda no sé... Isla podría referir a la Martín Garzía, aunque tengo pra meu, que respecte a las islas del tigre, o delta, que hubo antes del novo nivel das aguas. Estamos falando de mais de due centi anni.

—¿Y el sobre?

—Es feito de una tela impermeable, un material que no conozco, mais res-guardó intacto el conteúdo.

—¿Habéis podido leer qualcuna cosa?

—Con muito cuidado, pues se desfacen con facilidad, son cincuenta folias muito finas, feitas de un papir delicado, imprimidas con alguna das máquinas da época.

Torfari siguió hablando mientras el crepúsculo enrojecía el río y se encendían los candiles de aceite de pescado. Por las ventanas comenzó a entrar una brisa que alivió un poco el calor de julio. Todavía quedaba agosto, el último mes fresco del año...

—¿Y de qué falan esos papira? ¡por Deus! —preguntó el Sátrapa, ya un poco aburrido, y concentrado en los agujeros de la apolillada alfombra.

Torfari iba a contestar al Sátrapa, cuando estalló el Inquisidor.

—Nihil buono. ¡Falan más de Satanás que de Deus!

Torfari se paralizó, pero ante el visto bueno del Abad, prosiguió, con la mirada llameante del Inquisidor clavada en su persona.

—... Eh, eh, es una crónica de algunos habitantes de esas islas que he referido, feita depois de cierta gran epidemia onírica, a su dezir, cuando las aguas baixas antes da grande mudanza climática y el colapso energético. Son textos escritos en clave por muitas personas, porái en el marco de una luta de irregulari contra el Novo Ordine. Muitos referidos a naos, fauna y flora, mareas, fuegos, problemas con el aria. Hay referidos cartográficos que pueden ser útiles pra comprenzione da época y lugar. También falan de pestes varias en los cultivos y peces, barros con veneno, y virus. Y me estraña que distingan virus de veneno, que son la misma cosa...

—Sátrapa, os mando, si estáis de acuerdo —interrumpió el Abad con gravedad y mirando al Inquisidor— que ya el Historiador complete la interpretação, llevéis los documentos al Palacio in Terra y se los entreguéis en mano a nuestro Sátrapa Mayor. Él sabrá qué fazer.

El aburrido Sátrapa, aliviado por lo que entreveía como el fin de la reunión, asintió con una inclinación de cabeza.

—Sí Señoría. Como Vuestra Excelencia mande.

—Podéis llevaros la nao oficial de la Abadesa, y sus remeros. Ite, missa est.

—Deo gratia —todos a coro.

Ya en soledad, el Abad volvió al extenso balcón y observó el brillo de la luna en el estuario inmensurable. Un lejano y tembloroso candil iluminaba apenas una vela triangular en el río. Las fogatas en las ruinas, las únicas luces que rompían la oscuridad.

A modo de epílogo

Dígame quién soy (Uno no termina de conocerse)

Prendí la computadora, y mientras esperaba la carga, miré por la ventana la explosión del verano en mi quieto jardín cordobés. Exóticos ligustros y *crataegus* avanzaban sobre el terreno y le quitaban metros cuadrados al fondo, y sol a los algarrobos y espinillos, autóctonos ellos. Presagiaban duros días de motosierra y machete. Estaba acostumbrado, la imposibilidad de viajar más seguido, me enfrentaba con estas discontinuidades ambientales. Mientras, la casa propia crecía de a poco, como el alquiler de la tigrense, a metros del río. La jubilación definiría la fecha de la ansiada mudanza a mi casa mediterránea.

La pantalla me reveló los capítulos para la editorial escolar que me permitieron sobrevivir ese invierno, una nueva era glacial de inestabilidad laboral. Genética y Evolución en la helada Traslasierra de julio. Envíos por el locutorio del pueblo o la conexión de un vecino.

Hay algo raro en el encuentro con un alter ego de meses atrás. Ya había cobrado por ese trabajo, y era historia. Pero entre los borradores de los capítulos había un archivo cuyo nombre insólito y largo me llamó la atención. *El encuentro había cortado mi insensato ritual de ir y venir sin rumbo.doc*. Lo abrí y leí. Me encontraba dando vueltas con el auto en una rotonda, hasta que me encontraba con alguien... perdido también, pero en cuanto a la geografía. En mi intento de ayudarlo, había respondido a mis preguntas con un "dígame quién soy". Nada más.

La valija esperaba, la garrafa vacía también. Ligustros y *crataegus* callaban y se hacían los giles. Ringo, el perro del vecino, contento por nuestro regreso, ya se había echado a dormir a mis pies, bajo el escritorio. Dígame quién soy.

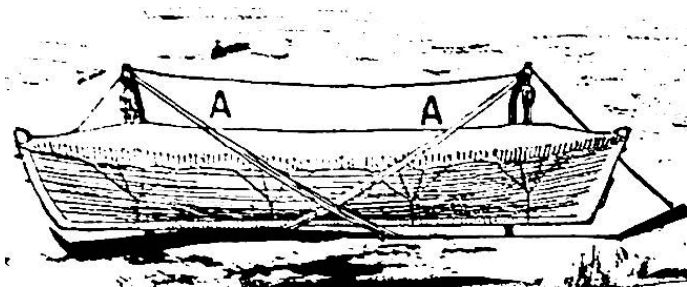
Entonces me dediqué a continuar esas líneas, que de un tirón se transformaron en un cuento que llamé “Algodón egipcio” por el material con que se hacían las velas de los yates. Recuerdos del puerto de Olivos, el Zonda, un velero de mi infancia, y Corina, el pequeño pescador que compré en efímera sociedad. Los cruces a Colonia, a la barra del San Juan. El Tigre, el remo y los botes; el carné de timonel. A la Antártida en el Bahía Paraíso y el rompehielos Irizar. La alegría de volver a Tigre, cerca del agua. Dígame quién soy.

El cáncer de piel, las operaciones y los controles. Basta de sol. Caminar por la sombra, mangas largas y sombrero. Sombra, sombrero, sombrío consejo médico, *vacaciones en el subte, ja ja* . Nada de botes ni veleros. Dígame quién soy.

Escribí el final con un toque náutico y un nudo en la garganta. Releí el texto, con nudo incluido, cuando llegó Ale. Pensé en leerle, como siempre, pero no. Dígame quién soy. Un tipo que no llora, apenas unas lágrimas con la muerte de sus padres. De niño sí era medio llorón, pero luego nunca más. Un tema de charla con Ale, a quien llorar no le cuesta nada.

A la mañana siguiente se lo leí, pensando que. Apenas pude terminarlo porque, para su asombro, solté -esa es la palabra- un llanto copioso e incontenible. Toda una novedad, a mis años.

Dígame quién soy.



Apuntes finales

Este libro soy yo. Y no solo por lo autobiográfico, que encarnó en *Mar de fondo*; *A bordo del Edy*; *Lejos del agua dura*; *El Reino, el Poder y la Gloria*; *El Paraíso...*; algo de *De vuelta encontrada...*; *Algodón egipcio* y *Dígame quien soy*.

¡*Pampero!*; *El bronce y el mimbre*; *Sudeste Justiciero* y *Carrizo y Junquillo*, si bien son ficciones, tienen mucho de las islas del Delta, mi refugio de juventud y luego lugar de trabajo. El resto, como dice Petriz, forma parte de mi universo...

El cúter del marajá y *Como quien reza* quieren ser homenajes a Walsh y Hudson. El *Banco Chinchorro* existe tal como se lo describe, con todos sus pecios, cada uno con su historia; y también la comunidad de Cayo Centro, Ángel y la Cooperativa.

Con respecto a *La canoa vieja...* debo decir que la leyenda de un submarino alemán en el Delta es bastante vieja y varía de isla en isla. Los casos de submarinos alemanes en costas argentinas, en los que se basa la ficción, son reales. Por otra parte, los temas de la charla de los parroquianos en el Almacén de Ramos Generales, está tomada del tomo VII de *Cuentos y Leyendas populares de la Argentina* de Berta Vidal de Battini, obra que consta de diez tomos y fue una maravillosa iniciativa de protección del patrimonio cultural argentino.

Al “*Bonito*” Calimaris lo conocí personalmente en la playa de la Calavera, durante un paseo desde Cabo Polonio hacia Punta del Diablo (ROU) allá por los ‘70. Todos los datos son ciertos y enriquecidos por las fuentes mencionadas al final del texto. Después de tantos años, fue un placer imaginar el resto.

El naufragio del *Turbio* fue un hecho dolorosamente real, del cual obtuve detalles del expediente y de alguien que sufrió la pérdida de todas esas vidas. Y hoy, la “*Hidrovia*” sigue siendo un tema de actualidad, uno de tantos en la lucha de nuestro país por la soberanía.

Por último y con respecto a *Coda*, para quienes no conozcan Tigre... La acción transcurre en la confluencia del río Tigre con el Luján, en un edificio que supo ser sede del Club de Remo Teutonia; actualmente Prefectura Naval Argentina, zona Delta; y en algún futuro una distópica abadía...

Villa de las Rosas, Córdoba, mayo de 2024.



La Fundación de Historia Natural Félix de Azara (Fundación Azara) –creada el 13 de noviembre del año 2000– es hoy una de las instituciones dedicadas al estudio y conservación de la naturaleza más importantes de América Latina. Con origen en la Argentina, sus actividades crecen en Chile, Paraguay, Bolivia, Uruguay y sur de Brasil, además de algunas incursiones en Ecuador y Cuba.

En sus años de vida, la institución alcanzó, con actividades de exploración, estudio y popularización de las ciencias naturales, ambientales y antropológicas, logros y una proyección internacional casi sin antecedentes para las entidades latinoamericanas de su tipo.

Sus investigadores han aportado 161 especies nuevas para la ciencia, tanto fósiles (94) como vivientes (67), desde diminutas plantas hasta enormes dinosaurios. Desde sus laboratorios y gabinetes se publican anualmente más de ciento cincuenta artículos científicos, aceptados por las revistas más prestigiosas, incluyendo en la nómina *Nature* o *Science*.

Su importante producción científica –cerca de un millar de artículos, un centenar de libros y de informes técnicos y una veintena de tesis de grado y posgrado– es el reflejo del trabajo comprometido y vocacional de setenta científicos y naturalistas de campo, algunos de los cuales son referentes mundiales de su especialidad.

La Fundación Azara desarrolló y apoyó más de doscientos proyectos propios de investigación y conservación, una veintena en cooperación con investigadores e instituciones de otros países. Brindó apoyo a proyectos de más de cuatrocientos investigadores y naturalistas externos y pertenecientes a diversas universidades, centros de investigación y otras organizaciones no gubernamentales de América Latina. Y firmó, además, un centenar de convenios de cooperación, algunos de ellos, para integrar recientemente consorcios con algunas de las universidades e instituciones científicas más importantes del mundo.

Con un equipo humano cuyo denominador común es la vocación, logró, en materia de conservación y manejo de la fauna silvestre, rescatar y atender siete mil animales víctimas principalmente de accidentes viales y del tráfico ilegal.

La Fundación se destaca por su labor en la creación e implementación de reservas naturales, así como en la creación, puesta en valor y gestión de museos regionales de ciencias naturales y antropología, centros de interpretación, geoparques, sitios paleontológicos y arqueológicos, habiendo sumado ciento cincuenta mil hectáreas en áreas naturales protegidas provinciales, municipales y privadas.

En la Argentina propició, entre muchos otros proyectos, la refuncionalización del Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, en Puerto Iguazú, provincia de Misiones, con el Ministerio de Ecología de esa provincia; la creación del Paisaje Protegido “Delta Terra” (hoy transformado en una reserva natural municipal del partido de Tigre) y su pequeño Centro de Rescate de Fauna Silvestre Rioplatense, en la primera sección de islas del delta del Paraná, provincia de Buenos Aires; la creación de un Centro de Investigación en Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas con la Universidad Maimónides, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; la puesta en valor del sitio arqueológico incaico “El Shincal de Quimivil”, en Londres, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Ministerio de Turismo de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio de Londres; la creación del Centro de Información de Fauna Marina del Golfo San Matías, en Las Grutas, provincia de Río Negro y la restauración de la “Casa Jacobacci” para su inauguración como Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas de la Costa Patagónica “Ing. Guido Jacobacci”, en San Antonio Oeste, provincia de Río Negro, en ambos casos con el Municipio

de San Antonio Oeste; la creación del Museo Folklórico de Londres, en la provincia de Catamarca, con el Municipio local; la puesta en valor del Parque Arqueológico “La Tunita” en Ancasti, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio local; la reinauguración del Museo de Ciencias Naturales y Arqueología “Prof. Manuel Almeida”, en Gualaguaychú, provincia de Entre Ríos; la creación del nuevo Museo de Ciencias Naturales de Miramar “Punta Hermengo” y de la Estación Científica de Centinela del Mar “Dr. Eduardo P. Tonni” en la provincia de Buenos Aires, con el Municipio de General Alvarado; y la creación del Museo de Historia Natural de San Martín de los Andes en la provincia de Neuquén.

En el año 2004 creó, en la Argentina, los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realiza cada dos años. Organizó además decenas de congresos nacionales y latinoamericanos en otras especialidades.

En su red de colecciones científicas —abiertas a la consulta de investigadores de todo el mundo— resguarda doscientos mil objetos de geología, paleontología, botánica, zoología, arqueología y etnografía.

La divulgación de la ciencia ha sido también un área de trabajo clave de la institución que apoyó importantes documentales como “*Jane y Payne*”, filmado en la Patagonia Argentina, junto con los defensores del ambiente de reconocimiento mundial, Jane Goodall y Roger Payne. Ha coproducido distintas series audiovisuales con señales educativas, por ejemplo: “*Naturalistas viajeros*” y “*Creando bestias prehistóricas*”. Ha desarrollado material didáctico para establecimientos escolares y organizado o auspiciado exhibiciones itinerantes de temática científica que recibieron la visita de más de diez millones de personas en Chile, Bolivia, Ecuador, Perú, Uruguay, Brasil, Colombia, Costa Rica, Estados Unidos, España, Países Bajos, Grecia, Rusia, Bulgaria, Singapur, Estonia, Tailandia, Israel, Hungría y desde luego, la Argentina.

Quinientos mil jóvenes participaron de sus diferentes actividades educativas (talleres, charlas, visitas guiadas, clubes de ciencia). Unos cuatrocientos estudiantes de doce universidades latinoamericanas fueron pasantes y voluntarios en sus actividades científicas y de extensión.

Su denominación rinde homenaje a Félix de Azara, un auténtico ilustrado español del siglo XVIII, precursor de los naturalistas sudamericanos, que se mostró deseoso de adquirir conocimientos y mejorar el mundo que lo rodeaba, como lo manifestó durante su actuación en la región rioplatense entre 1782 y 1801.

El campo de acción de la Fundación Azara en las ciencias naturales, ambientales y antropológicas es concebido de manera integral y con una mirada actual: incluye la exploración, investigación, gestión y conservación de una parte importante del patrimonio natural y cultural latinoamericano. Su objeto de trabajo es la diversidad natural y cultural de uno de los lugares más atractivos de nuestro planeta, el extremo sur de América, el mismo al que Félix de Azara le dedicara casi veinte años de su vida.

<https://fundacionazara.org.ar>
secretaria@fundacionazara.org.ar

 VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

DELIVERY de LIBROS:

Comprá online el libro que quieras y recíbelo cómodamente en tu domicilio. Envíos a todo el mundo.

www.vmeditores.com.ar



Estos relatos tienen como común denominador las embarcaciones y el agua sobre las que flotan. Y también, por qué no, el barro donde descansan o las costas donde naufragaron.

Haut hilvana una docena de atrapantes cuentos que tienen protagonistas de lo más variopintos. Marajás de Kapurthala, cupleras, canoas que sangran, marinos alemanes, pescadores de langostas, oligarcas snobs, el naturalista Guillermo Hudson e historiadores del futuro se suceden en relatos en los que resuenan ecos de Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Joseph Conrad, o el mismísimo Vito Dumas, que supo narrar como nadie sus aventuras en el mar. Y también de Werner Herzog y su alter ego Fitzcarraldo.

En sus líneas hay embarcaciones de todo tipo: botes de remo, galeones españoles, veleros, remolcadores y hasta U-Boote alemanes. A bordo de ellos Haut nos invita a seguir un derrotero que incluye lugares tan disímiles como los arroyos del Delta, los hielos del continente blanco y las suaves arenas del mar Caribe, entre otros destinos visitados en persona por el autor y revividos a través de sus palabras.

Todas historias que concluyen en un final post-apocalíptico, en donde los resultados de la catástrofe medioambiental hacia la que se dirige el planeta Tierra si la humanidad no toma medidas a tiempo, son padecidos y observados desde el centro geográfico del universo de Haut, el delta del Paraná en cercanías de Tigre.

La canoa vieja se hace bicho es un libro puesto “a son de mar”, en el que cada oración ocupa el mejor lugar posible. Ya está listo para salir a navegar. Le deseo, y auguro también, los mejores vientos.

Rodolfo Petriz